CYNTHIA RIMSKY

Los perplejos



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Los perplejos
Créditos

No se trata de los que han emprendido decidida y resueltamente un camino falso, sino de los errantes, de los que, por estar inseguros o inciertos del camino a emprender, se hallan fluctuantes, dudosos, perplejos, irresolutos y a quienes la prolongación de este estado llega a poner inquietos, temerosos y, finalmente, oprimidos de ánimo y dolidos de corazón, conturbados, contristados. La vida admite la transición por la perplejidad, pero no la persistencia en ella: resolución o suspensión.

JESÚS PELÁEZ,
comentario a la *Guía de perplejos*

Córdoba

¿Qué hago en este Congreso de Filosofía Medieval en el que me encuentro extraviada en Córdoba? Más bien, ¿qué voy a hacer hoy?, ¿y mañana? En mi departamento en Santiago de Chile no se me ocurrió pensar qué era materialmente un congreso de Filosofía Medieval. Todo partió a raíz de una beca que me dio el Consejo Nacional del Libro y la Lectura para investigar y escribir una novela basada en Maimónides, proyecto que presenté para paliar una cesantía crónica.

Me pareció natural consultar con algún profesor de filosofía o historia de la universidad. Hubo dos que se mostraron interesados en la novela que necesitaba empezar; incluso llegaron a confesar que les hubiese gustado escribir una ficción sobre un personaje histórico. Lamentablemente, no encontraban el tiempo para la novela o para recibirme. Al de Historia le costaba un poco más desentenderse de personas como yo, que acudían a preguntarle lo que no entendemos, y logré una cita de media hora en la facultad. La puerta de su oficina estaba semiabierta. Adentro, ni el loro. La biblioteca enchapada en madera oscura, igual a todos los muebles de la escuela, cubría la pared detrás de su escritorio. La única ventana, al fondo del cuarto, daba a la calle que llevaba al estacionamiento; tras el vidrio esmerilado pasaban todo el tiempo sombras.

Los libros no parecían a gusto en la biblioteca demasiado brillosa y, por contraste, lucían abatidos y ladeados, con demasiado espacio entre ellos, en un lugar que supuestamente iba a ser de tránsito y en el que el profesor no había conseguido tiempo para

reacomodarlos. Reconocí los nombres de los autores citados en las biografías que leí de Maimónides. La *Metafísica*, Averroes, Tomás de Aquino; se trataba de ediciones corrientes, sin referencias críticas o notas al pie. Sobre el escritorio se acopiaban pacientes las tesis de grado. En la bandeja metálica usada para los documentos que entraban, había una invitación a un congreso de Filosofía Medieval en Córdoba, y la carta de una agencia que ofrecía un paquete de dos noches en Madrid, cuatro en Córdoba y dos en Granada, más una visita sin costo al palacio de la Alhambra. Me robé la invitación y dejé la carta de la agencia.

La idea de escribir esta novela se me reveló en la casa de unos amigos que me pidieron que alimentara a su conejo mientras ellos estaban de viaje: el tedio veraniego, la curiosidad que despierta una casa ajena... me llevaron a revisar la biblioteca del subsuelo donde encontré una biografía de Maimónides, filósofo cordobés cuya *Guía de perplejos* me regaló hace muchos años Ortuzio –únicamente el tercer tomo, que encontró en una feria persa del cerro Achupallas– en la eventualidad «de que un día vaya a servirte». La muerte de Ortuzio, el hallazgo casual de la biografía de Maimónides en el subsuelo, me despertaron el deseo de conocerlo; curiosidad que me propuse saciar llevando la biografía a la piscina. En la piscina había un ratón que intentaba desesperadamente salir del agua a la que había caído por accidente. Si el asco me impedía ayudarlo, un dudoso sentido humanitario me impedía abandonarlo, y mi primer contacto con la escritura de esta novela que me llevaría a Córdoba y más lejos fue un ratón que se ahogaba.

Cuando se hizo evidente que las no entrevistas con académicos chilenos y la investigación bibliográfica no me llevaban a ninguna parte, decidí escribir al correo que aparecía en la invitación al

Congreso de Filosofía Medieval en Córdoba; les conté del libro que Ortuzio encontró en la feria de Achupallas, de su enigmática profecía, del encuentro inesperado con el ratón en la piscina, la frase «sin valor comercial» en la portadilla del tercer tomo de la *Guía*... Al otro lado del Atlántico, alguien tuvo que preguntarse qué iba a hacer una mujer perdida como yo en un congreso medieval. ¿Por qué no se atrevió a rechazar mi inscripción? Acaso miró la caja medio vacía de la organización, o si intentó decirme que en ese congreso no iba a encontrar respuestas a las preguntas que Maimónides no se hizo en la Edad Media, yo no le entendí y, como le pareció una tarea superior sacarme de la piscina, prefirió cobrarme la cuota con un descuento. Una vez en Córdoba me di cuenta de que la mayoría de los asistentes eran personas como yo, que habían saltado al vacío y en la caída chocaron con el Congreso de Filosofía Medieval.

Las calles de la ciudad antigua de Córdoba son estrechas y el sol no las alcanza a entibiar. Anoto: preguntarle a algún académico del Congreso de Filosofía cómo se calentaban e iluminaban las casas en el Medioevo.

En el mapa figura una placita y una columna con el busto de Maimónides. Junto al busto encuentro a un equipo de italianos que intenta filmar una entrevista a un profesor cordobés de porte atlético, con parches de cuero en los codos de la chaqueta y pantalón de corderoy, como los intelectuales chilenos que en los años ochenta repartían panfletos contra la dictadura en Citroneta y ahora cruzan las congestionadas calles en autos a doble tracción. La periodista le pide que camine desde el fondo de la calle, se detenga ante el busto y diga a cámara que estamos en la ciudad natal de Maimónides. El apuesto profesor, poco acostumbrado a las exigencias de la televisión, lo considera una tontería. De todas formas, se detiene junto al busto y habla a cámara. La periodista no queda satisfecha. Él le advierte que le quedan diez minutos. Acuerdan grabar la escena desde el busto, ahorrándose la caminata,

algo ocurre y es necesario repetir. El profesor alcanza a decir que esa es la ciudad natal de Maimónides, y se tiene que ir.

Mois toma el sendero que se aleja del río y de la ciudad, sube por la colina de los Quemados, levanta la parte inferior de su sayo para que no se enrede en los matorrales. La niebla desciende hasta el suelo; introduce la cabeza, los hombros, los brazos, del otro lado escucha el tintineo de la campana de la cabra guía. Sigue el sonido hasta que choca de frente con el Centro de Traductores.

El examen para los estudiantes que aspiran a convertirse en correctores se toma en mesas corridas de la primera planta. A cada uno le corresponde un alto de páginas.

–Buscarán los errores. Como las posibilidades son muchas y variadas, cada uno pesquisará uno solo.

El corrector jefe reparte un muestrario con los signos que deberán marcar.

–Por esta vez no podrán borrar, así que piénsenlo.

Mois le pregunta a qué libro corresponde.

–Eso no debe importarte, un corrector no lee o se dejaría influir por la materia y se despreocuparía de la forma, que es lo que debe interesarles.

Mois avanza más rápido y seguro que sus compañeros, pero es incapaz de cerrar sus oídos al llamado de las palabras. Bajo la atenta observación del corrector jefe solo alcanza a detenerse en una por línea. Cuando lleva cinco líneas, vuelve atrás y lanza un vistazo general: «Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber». ¡La *Metafísica* de Aristóteles! Ha escuchado que se está preparando una nueva traducción, muy distinta a la del antiguo Bahir. Si Mois tuviese la facultad de leer sin los ojos como le aconsejó el Juez, su padre, cuando siendo un niño le confesó que no entendía las Escrituras Sagradas, y el Juez le respondió que también se podía leer con el corazón. El corrector jefe se asoma a la ventana.

Mois aprovecha para detener la vista un segundo. El autor de la nueva traducción debe ser Nasi, el renombrado filósofo y médico musulmán. Solo él se atrevería a poner por escrito lo que muchos ya piensan, entre ellos Mois, que Bahir tergiversó a Aristóteles, y sí se pueden conocer los primeros principios y las primeras causas a través de la razón sin poner en duda la fe. ¿Cuántas veces soñó Mois con hacer eso?

¡La campana! El tiempo para el ejercicio se terminó. Los ayudantes dejan lo que utilizaron sobre la mesa corrida.

–Después de la merienda se comunicará el resultado –les informa el corrector jefe.

Mois entrega el muestrario, la pluma, el frasco con tinta. No recuerda haberlos utilizado. En el patio los aspirantes desenvuelven los paños blancos que mantienen tibia la merienda. Mois mira a sus compañeros, se pregunta si Aristóteles habrá entrado en ellos como hizo con él. Permanece bajo la sombra de la escalera que lleva a los pisos superiores. Los sabios suben hasta allí al final de la tarde cuando ya no queda nadie. Mois ve a dos personas que vienen de arriba. En su excitación repara únicamente en el que va a la izquierda. Solo en los sabios extranjeros que excepcionalmente visitan la casa del Juez, vio una inteligencia como la de esos ojos.

–Nadie sabe lo que puede llegar a ocurrir –va diciendo el sabio a su compañero.

Mois se oculta detrás de la escalera. El acompañante lleva el turbante que usan los comerciantes adinerados; debe ser amigo y patrocinador del sabio.

–Por ahora acaban de tomar el poder y están vacilantes sobre cómo proceder, puede que se queden así o que a última hora comiencen a prohibir todo lo relacionado con la filosofía.

–Antes de eso tenemos que encontrar una forma para llegar a ellos y convencerlos de que la nueva traducción no se opone a sus ideas.

¡Es Nasi! El gran filósofo, el traductor de la nueva versión de la *Metafísica* que tuvo delante de sus ojos hace unos minutos.

–Si nos acercamos, los académicos que están con ellos nos van a usar como carnada para permanecer en el poder –contesta Nasi.

–Como precaución mandamos dos copias de la traducción a direcciones opuestas –le cuenta el comerciante.

Los dos temen que la nueva traducción de la *Metafísica* sea prohibida por las nuevas autoridades. Es como Mois pensó, la traducción de Nasi entra en contradicción con la ortodoxia. A Aristóteles también lo acusaron de herejía y tuvo que huir de Atenas. ¡Nuevamente la campana! El corrector jefe les devuelve los exámenes. Mois obtuvo la calificación máxima. Encontró todos los errores, involuntariamente, ¡mientras leía!

Santiago

El Centro de Estudios Judaicos se había trasladado desde el campus Macul a una céntrica y desolada casa de piedra en una calle atiborrada de micros en el centro de Santiago. La relación de la bibliotecaria con el judaísmo alcanzaba hasta su nombre: Judith. Sobrepasada por el trabajo de desembalar los libros de las cajas, me invitó a entrar a una salita llena de viejas estanterías metálicas en las que dormían los numerosos libros donados por las viudas de los inmigrantes alemanes, polacos, españoles y rusos que coleccionaban en sus casas y talleres, como el de corte y confección del esposo de Moira en la calle Coquimbo; eran las lecturas que los formaron como judíos apegados a la ley.

A las dificultades que ya tenía para conversar con algún profesor de filosofía e historia, se sumó una ola de calor nunca antes sentida en Santiago. La penumbrosa salita con sus estanterías metálicas pasó a ser el lugar más fresco para capear el verano. En la habitación contigua Judith, la bibliotecaria agnóstica, intentaba catalogar las donaciones.

Al final de una de esas tardes me reuní con Verónica San Juan para ir a una tienda que ella había descubierto en San Diego, barrio que albergó a los primeros inmigrantes judíos que establecieron allí sus talleres de peletería y confección –impregnados por la acidez de los pepinos en escabeche y el olor a la col agria hirviendo en el caldo que cocinaban sus esposas–, a pocas cuadras de la avenida más antigua y otrora principal de la ciudad, la Alameda. Por allí paseaban los habitantes de Santiago, los más ricos en coche y los pobres a pie, las señoritas con sombrillas y las empleadas de tienda con

sombrero. Ahora que reproduzco lo que leí en las novelas de los autores chilenos obligatorios de la materia de castellano –que muy pronto reemplacé por clásicos rusos y europeos que sacaba de a tres, cada quince días, de la biblioteca de Providencia–, noto que la imagen de la sombrilla de Blest Gana corresponde a la de Balzac o a *La dama del perrito* de Chéjov y no a la sombrilla de una mujer chilena que paseaba por la Alameda. Recién cuando la palabra leída se deja escribir, percibo que existe una gran probabilidad de que fueran los inmigrantes judíos quienes confeccionaron las sombrillas y sombreros para damas y varones. Muchos de ellos aprendieron el oficio de sus padres o de tíos que permanecieron en Europa mientras los más jóvenes vinieron a América en barco, y los que no tenían un pariente rico en Argentina o Brasil cruzaron la cordillera de los Andes hacia este país, que debió parecerles un callejón sin salida. Desde la mesa junto a la ventana, para aprovechar la última gota de luz natural, con la sola compañía de las ollas que la esposa manipulaba en la cocina, estos inmigrantes recuperaron las imágenes de la avenida principal de Odesa, Cracovia, Berlín o Praga; de los ricos señoritos que paseaban distinguidos, mientras en el campo la guardia incendiaba las aldeas y los sobrevivientes se veían obligados a emigrar a los barrios periféricos de las grandes ciudades para ocultar su identidad entre las masas de obreros, pero, a diferencia de estos, con la firme idea de emigrar a América, donde tuvieron el importante papel de confeccionar las sombrillas y sombreros que las niñas ricas y las empleadas de tienda lucían en la Alameda, antes de que la actividad comercial se desplazara desde San Diego hacia el lado norte, donde se asentaron las reparticiones públicas, los bancos, la Bolsa, y en la calle San Diego comenzó un decaimiento que dura hasta hoy, con tiendas como la que encontró Verónica San Juan al fondo de un pasaje, sin luz natural, donde un anciano polaco que estuvo en un campo de concentración ruso tomó la decisión tantas veces pospuesta de rematar todas las existencias. Y sobre estas existencias San Juan me escribió el día anterior a nuestra visita: «En la vitrina, algunos pañuelos bordados; en unas cajas, trozos de género; en un rincón, vestidos aterciopelados; en el perchero, un abrigo de astracán. Algunos colchones de cuna,

almohadas ennegrecidas. En el mostrador, un viejo solitario. En El Progreso han sacado toda la mercadería de la bodega. Toda. Hasta la que tenían atascada hace treinta años. Nos vamos, cuenta el polaco envolviendo dos piezas de género. Miro la mercadería apilada, pienso en el barco que lo trajo. El polaco me regala sus últimas cajas de pañuelos».

Córdoba

En el piso superior del Centro de Traductores se celebra una reunión secreta. Mois fue escogido por el corrector jefe para llevar la copia de la *Metafísica* traducida por Nasi a la sala; aprovechando la confusión, decide colarse en la habitación confiando en que no advertirán su presencia. Entre los asistentes divisa a su antiguo profesor de lógica de la escuela. Un estudiante extranjero alcanza a pasar antes de que el comerciante protector del filósofo cierre la puerta y se ubica junto a Mois en la última fila. Un silencio reverencial indica que va a comenzar. Nasi saca un par de lentes del bolsillo interior de su túnica. A Mois le parece que busca ganar tiempo, no entiende por qué. Nasi comienza a contar la vida en Atenas en la época de Aristóteles: describe la casa, el camino que el filósofo emprendía diariamente, los personajes que encontraba. Mois observa a su exprofesor de lógica; considerado un intelectual promisorio, nunca llegó a escribir la traducción de Aristóteles de la que tanto habló. Ahora se encuentra con que un filósofo más joven que él lo consiguió y, a pesar de que reconoce en el método de Nasi más ciencia que en su antecesor Bahir, con esta vuelta de página, su sueño de ser el autor se ha esfumado. El estudiante extranjero sentado a su lado abre las piernas y echa el cuerpo hacia delante, entregado por completo a la belleza de la traducción. Da la impresión de que a la siguiente frase no podrá contenerse y correrá a postrarse ante el filósofo.

El comerciante que protege a Nasi declara abierto el debate.

–Vaya, qué bien, estamos todos de acuerdo –los azuza.

El estudiante extranjero le cuenta a Mois en voz baja que viene de

Constantinopla con una recomendación para convertirse en discípulo de Nasi.

–Deseo felicitar a Nasi, ya que su traducción continúa el camino de los grandes filósofos que desde Bahir tradujeron a Aristóteles –dice por compromiso un invitado.

Nasi quita una hebra de sus vestiduras. A Mois se le ocurre que, en esta nueva traducción de la *Metafísica*, Nasi intentó limpiar del pensamiento de Aristóteles las pelusas que dejaron caer los discípulos de Platón en su lectura.

–Sin duda es un aporte que será leído y discutido con gran interés... –comienza otro.

–Ah, ¿sí? ¿Un aporte? –se burla el comerciante–. ¿Y por qué no una traición? –Mira a Nasi.

–Cualquier traducción comienza como una traición. –Se levanta el profesor de lógica.

Los participantes se acomodan.

–En esa época –continúa el profesor–, no era posible saber qué libros escribió Aristóteles y cuáles sus discípulos. Bahir hizo un gran trabajo al conciliar el pensamiento de Platón y el de Aristóteles. Hoy surge entre nosotros un hombre de tanto mérito como Bahir, que al negarse a buscar una síntesis...

–Esto se pone interesante –lo interrumpe el comerciante–. Así que usted duda de la veracidad de la nueva traducción escrita por Nasi y su equipo de diez investigadores, entre los que se cuentan los hombres más sabios de Córdoba.

Los asistentes se pelean la palabra para defender a Nasi.

–Yo no dije que la traducción sea falsa –farfulla el profesor de lógica.

–Espere su turno.

La estrategia consigue su objetivo. Los estudiosos elogian en bloque los puntos donde existe acuerdo, sin rozar los conflictivos o los que podrían causar rechazo. Nasi guarda las lentes. No está satisfecho. El profesor de lógica escribe garabatos en un papel. En su impaciencia por hablar, interrumpe a todos. Los participantes cuchichean en voz baja. Se ve obligado a levantar la voz y confunde los términos:

–En vez de borrar la confrontación, la traducción, los puntos sensibles.

Advirtiendo que sus colegas no le prestan atención, se vuelve al público:

–El método científico que Nasi y su equipo han...

–Señores, una pausa –lo interrumpe el comerciante.

Los sirvientes proceden a vestir con manteles la mesa donde se expusieron las nuevas ideas. El profesor de lógica parece desconcertado. Las fuentes con carnes asadas, pescados, legumbres, pasteles de trigo, vino, agua y frutas hacen desaparecer el conocimiento. Los que se mostraron favorables a las ideas de Nasi escancian el vino y comen. Los sirvientes abren las ventanas para disipar los olores del festín. El profesor de lógica se mantiene, al igual que el estudiante extranjero y Mois, apartado de la gula.

–Nasi es un gran racionalista, el mayor de los racionalistas –le dice el profesor de lógica a Mois.

–Es un hombre de religión, un verdadero religioso –lo contradice el estudiante extranjero, palpando el bolsillo de su túnica–. Un conocedor del Corán y heredero de la jurisprudencia de los sabios de la Ley.

El profesor de lógica se dirige a Mois.

–¿Viste lo que ocurrió aquí?

Mois se disculpa por su ceguera.

–Los hombres que protegen a Nasi convertirán sus palabras en un muro impenetrable –le dice.

–Nasi es uno de los filósofos más inteligentes del islam, por amor a Alá se atreve a transitar por el camino de la razón. No ha renunciado, como acusan sus enemigos, al camino sagrado. Se levanta más temprano que los demás –lo defiende el joven extranjero.

A continuación, va y se arroja a los pies de Nasi. La admiración juvenil resalta la envidia que los demás buscan aplacar con la comida, la bebida y la charla insulsa. Ningún estudioso está dispuesto a reconocer que Nasi y su traducción pasarán a la historia mientras que de ellos no quedará huella. Nasi le pide al estudiante que se levante, le pregunta por su familia y estudios; guarda la carta

de recomendación en el bolsillo de su túnica, junto a los lentes, y abandona la habitación.

–¿Verdaderamente cree que la traducción de Nasi contradice la religión? –le pregunta Mois al profesor de lógica.

–Existe la sospecha de que la verdadera intención de Nasi sea leer la religión desde la filosofía –contesta él en voz baja.

Hasta ahora siempre se estudiaron por separado. Mois dedica las mañanas al estudio de la religión y las tardes, a la ciencia.

–¿Te has preguntado qué ocurrirá si logramos explicar a Dios por medio de la razón? –le pregunta el profesor.

El aliento que emana de su boca es agrio.

–Nadie, ni siquiera Nasi, sabe lo que se encuentra al final de ese camino –lo amenaza.

Mois siente que le tiran de la manga de la túnica.

–Ven, le hablé de ti, nos va a recibir –lo urge el estudiante extranjero.

Notando su indecisión, el profesor de lógica se hace a un lado:

–No se deja esperando a un maestro.

–Vamos –lo apura el estudiante.

En el último momento Mois siente los dedos del profesor de lógica alrededor de su brazo:

–Si llega a triunfar la razón, será el fin del misterio.

La escalera de caracol que va por fuera del edificio de los Traductores está expuesta a la fuerza arrasadora del viento que sopla desde las montañas y obliga a los jóvenes a sujetarse de la baranda con ambas manos para llegar a la torre iluminada donde se refugió el pequeño grupo de incondicionales a Nasi. Con el viento en contra los jóvenes necesitan la ayuda de los que están dentro para abrir la puerta del salón.

La calma que encuentran en el interior contrasta con el exterior, donde gobiernan fuerzas inmanejables. El mobiliario rico en

alfombras, cojines y mesas octogonales acoge a cinco personas. Nasi prepara una infusión en servicio de plata.

–No la aceptaron, lo leí en sus rostros –dice contrito.

–Saben que es lo mejor que se ha escrito, pero prefieren esperar a que algún otro se arriesgue a refrendarla en público –lo retruca el comerciante.

–La historia se encargará de dejarlos como ignorantes –afirma otro.

–Mi obra no fue concebida para quienes tienen la mente ya moldeada, sino para las generaciones que no alcanzaré a conocer –explica Nasi.

El joven extranjero aprovecha para decir que en su país ya se habla de la nueva traducción.

–En Constantinopla hay maestros de gran sabiduría. No es posible que atiendan lo que sucede aquí –opone Nasi con modestia.

–Pero lo hacen –insiste el joven.

–No estaría mal emprender un viaje para difundir la traducción y aunar apoyos –propone el comerciante.

–Tal vez más adelante.

–La comunidad de sabios de Constantinopla está de su parte –insiste el estudiante.

–Qué bien, cuando los de acá se enteren de que en Constantinopla están de acuerdo con Nasi, no se atreverán a prohibir la traducción –hace notar el comerciante.

–La situación política en Córdoba es frágil, no me puedo alejar en estos momentos –lamenta Nasi.

Y cruza el cuarto para dirigirse al asiento donde Mois cree que pasa inadvertido.

–En una ocasión tuve oportunidad de comprobar que la sabiduría que le atribuyen a vuestro padre es menor de la que posee. ¿Estudias con él? –le pregunta.

–Los libros sagrados.

–He escuchado que no tiene discípulos.

–Solo a mí me enseña.

Nasi comprende lo que eso significa. Mois siente que se ruboriza. Puede que esta sea su única oportunidad.

–Me gustaría preguntarle al maestro sobre qué nuevos antecedentes está planteada su traducción.

Nasi describe para todos los presentes los encuentros que tuvo con los comerciantes alrededor del Mediterráneo. Como el dinero que llevaba en el bolso era insuficiente, se ofrecía a clasificar los manuscritos para ellos y, cuando no entraban clientes, los comerciantes y el filósofo bebían té. Nasi los interrogaba acerca de cómo habían llegado a su poder.

–Los comerciantes adoran contar sus pesquisas y la intimidad de sus confesiones no tardó en transformarse en amistad; el día de mi partida me entregaron el original a un precio menor del que hubiesen obtenido de un coleccionista privado.

La voz de Nasi trasluce la nostalgia de aquellos viajes. Debió haber sido al comienzo de su carrera, sus ideas pesaban lo que un estudiante gasta en alimentos, y las expresaba sin temor. Ahora sus pensamientos necesitan de un círculo que los proteja.

–Al cabo de diez años logré reunir un cuerpo razonable y comencé la traducción, sin perder de vista lo que hizo Bahir.

¿Y si dentro de cien o doscientos años se descubre que los manuscritos encontrados por Nasi no son originales? De la biblioteca del pueblo de Mois han desaparecido muchos libros, pero nunca se creyó en la posibilidad de una falsificación, simplemente porque no se puede escribir de Dios sin verdad.

–¿Qué viene ahora, maestro? –pregunta el estudiante extranjero.

Nasi abre la puerta que da al balcón. El comerciante intenta colocar un manto bordado en oro sobre sus hombros. El filósofo lo rechaza. Habiendo disipado las nubes que velaban el cielo, el viento, sin trabajo que hacer, se ha retirado. Nasi abre los brazos para recibir la noche:

–Nos adentramos en una era donde la razón y la ciencia no conocerán límites.

Mois mira la figura solitaria recortada contra las montañas. Nasi ha ido más lejos que ningún otro pensador al imaginar un mundo científico. Su mirada abarca las ciudades y los ríos, las montañas y los valles de esta época y de las anteriores. Se pregunta si desde esa altura alcanzará a distinguir el pueblo que está a sus pies, si es

posible que exista un guía separado de su rebaño, si el filósofo puede seguir pensando mientras su pueblo queda atrás.

El primer día en el Congreso de Filosofía Medieval conquistó mi atención una silenciosa profesora que volvió a la sala de conferencias con el durazno de la colación y, como después de comerlo no halló dónde tirar el cuesco, lo mantuvo apretado en la palma de la mano. Hoy volvió a aparecer con el durazno de la colación en la sala, pero fue más precavida y trajo un pañuelo desechable donde poner el cuesco.

Los asistentes escuchan con atención a un profesor de aspecto y habla extravagantes que, desde las butacas, defiende sin puntos ni comas a un filósofo (muerto) con una postura más liberal que la escogida por el conferencista para defender su teoría sobre el Medioevo. Con su insistencia el profesor logra que el conferencista admita que una interpretación como esa es posible, aunque marginal al problema de fondo. Al finalizar el debate recibe un aplauso de todos los que nos sentimos felices de que haya acorralado al petulante orador, quien sale discretamente de la sala por el costado.

Este héroe es profesor en una pequeña ciudad del sur de España y está aquí gracias a una conquista del gremio que obliga a los directores de instituto a subsidiar a sus profesores algunas horas de capacitación al año. Sumando algo de dinero, el profesor trajo a su esposa y aprovecharán para pasear por Córdoba. Por él me entero de que la mayoría de los asistentes al congreso no son especialistas en filosofía medieval, sino profesores de historia, castellano y hasta de matemáticas que aprovechan el subsidio estatal. Quien estuvo el año pasado en el congreso de Navarra conoce al que fue a Valencia, y se encuentran en el de Córdoba.

El libro que el profesor tan enérgicamente defendió ante el conferencista lo encontró en un mercado persa al que fue con su esposa mientras participaba en un congreso de filosofía en Almería.

El problema es que los lectores aún no están preparados para comprender a mi autor, me confiesa, y concuerda conmigo en la ausencia de pasión y riesgo de los conferencistas que participan en el Congreso de Filosofía Medieval, aunque él cree que es posible convencerlos de que incluyan en sus investigaciones a autores como el que él descubrió en el mercado de Almería. Es el motivo que lo anima a asistir a estos congresos, y, si no lo hace con más frecuencia, se debe a que no gana lo suficiente, me dice al despedirse para ir a pasear con su esposa.

La Facultad de Lingüística de la Universidad de Córdoba se encuentra lejos de la sede de la conferencia. Se trata de una construcción moderna pintada de blanco. Las oficinas tienen, como en las escuelas de Historia y Filosofía en Chile, el nombre de los académicos en una placa acrílica. Busco al especialista en Maimónides que contacté por correo electrónico desde Santiago una vez que confirmaron mi asistencia al congreso. Me extraña que no esté entre los conferencistas. Mis reiterados golpes a la puerta de su oficina consiguen que del otro lado una silla se deslice con desgano, unos pasos se acerquen y abran la puerta. En el reducido espacio se enfrentan dos escritorios. El de la derecha lo ocupa el profesor que estaba de pie junto al busto de Maimónides en la plaza del mismo nombre. Sorprendido por mi visita y en plena escritura de un artículo que le encargó una importante revista, me cita para pasado mañana. Cuando le pregunto por qué no participa en el congreso, me dice que el verdadero congreso con verdaderos especialistas en el verdadero pensamiento del filósofo medieval tuvo lugar hace un mes en Madrid, y él fue uno de los organizadores.

Hoy no tengo deseos de asistir al congreso. Me aburro, siento que pierdo el tiempo, mientras que en las calles bien podría encontrar

algo para comenzar esta novela. Si tan solo supiera lo que busco. Mis pasos me llevan a la antigua explanada del mercado. La rodean edificios de cuatro pisos unidos por un largo balcón. Durante cien años funcionó aquí el mercado de la ciudad, hasta que alguna autoridad decidió que había que modernizarlo y destinó los locales de la planta baja al turismo. Los turistas nunca llegaron y, como los vecinos acomodados prefieren hacer sus compras en el bulevar, a La Corredera vienen ancianos, niños, estudiantes y homosexuales.

El café que recibe el sol desde más temprano saca antes sus mesas a la explanada. Los demás locales aguardan hasta el mediodía. Como recompensa el sol se quedará hasta más tarde donde los rezagados. Un joven espigado con aire extranjero, el cabello rojo peinado en una majestuosa cola de caballo y un abrigo negro bajo las rodillas, se detiene a conversar con quien encuentra a su paso y a los que están lejos les hace un gesto. Distingo a un camarero, dos bebedores de orujo, un guitarrista de pelo largo, un vendedor que atiende el local de antigüedades.

Desde dos mesas distintas piden al mozo tostadas con aceite de oliva. El hombre tiene aspecto de haber viajado desde el campo, acuciado por un trámite o para traer sus productos al mercado. La mujer vive en la ciudad, en vez de desayunar en su casa o en la oficina, pasa al café. El garzón les trae las tostadas al mismo tiempo. El campesino desplaza la aceitera de manera lenta y sinuosa, como siembra su tierra, mostrándose especialmente generoso en los bordes; eleva el botellín para cerciorarse de que no quedan lugares sin rociar, busca en el bolsillo de su chaqueta un diente de ajo, lo corta en lonjas y lo distribuye sobre el pan. La mujer de ciudad practica pequeñas incisiones en la superficie del pan para aumentar el poder de absorción, rocía el aceite con movimientos cortos y veloces, espera a que la miga lo absorba, presiona con el cuchillo y vuelve a regar; entonces, esparce la sal.

El joven pelirrojo se reúne en una mesa con una mujer joven y otra que parece su madre. Con esta comparte la piel blanca, los ojos claros, el aire extranjero y el cabello largo, aunque la madre se lo peina en dos largas trenzas entremezcladas con hebras grises. A pesar de que no se ven desde hace tiempo, el pelirrojo prodiga sus

atenciones a la joven morena ubicada a su izquierda; le acerca el pan y escoge para ella los camarones más grandes. La morena evita tocarlo y no hace esfuerzos por comunicarse en inglés con la madre. A esta no parece disgustarle la falta de atención de su hijo. Disfruta las frituras y los mariscos. Cada tanto levanta la vista y contempla embelesada al hermoso ser que salió de su vientre y que ahora obedece el mandato natural de encontrar pareja. Imagino que, siendo niño, el pelirrojo admiró el cabello largo y rubio de su madre, la forma en que lo lavaba y peinaba. Cuando tuvo edad, dejó crecer el suyo. Concluido el almuerzo, el pelirrojo invita a su madre y a la joven a tomar orujo. En el trayecto no se priva de ningún saludo y, mientras estrecha manos, se vuelve orgulloso hacia su madre.

Los bebedores saludan tímidamente a la mujer que visita al hijo desde la tierra de origen. El pelirrojo encarga una ronda general, desea mostrar a su madre que, como ella le enseñó, a todos sabe apreciar. En su ansiedad por pertenecer no advierte que los bebedores apresuran el orujo para que pague una nueva ronda, tal como no advierte que las personas agrandan sus penas para despertar su compasión y, tal vez, su bolsillo. No importa que hable perfectamente español o que beba a la velocidad de los amigos que todas las mañanas esperan su llegada, siempre será el que vino de afuera. Es más, si volviera al país de su madre, también lo tomarían por el que vive afuera.

A las ocho de la mañana espero ante la oficina del verdadero académico que organizó el verdadero congreso de Maimónides en Madrid. Como los libros y papeles no dejan espacio a una tercera silla, me invita a un bar donde saluda al camarero, al cajero y a dos hombres que beben café en otra mesa. El profesor pide una tostada con aceite de oliva y café.

–Tenemos veinte minutos –me dice, regando la tostada con abundante aceite y sal.

Le doy a entender que el Congreso de Filosofía Medieval no es lo

que esperaba:

–La mayoría de los profesores que escuchaste ignoran el idioma en el que Maimónides y Averroes escribieron sus obras, no solo eso, los autores que citan en sus ponencias tampoco entienden hebreo o árabe antiguo.

Una gota de oliva resbala por su mano, le pasa la lengua y continúa con su idea:

–Es imposible que alguien pueda entender a estos filósofos si no conoce la lengua en la que escribieron. La verdad del pensamiento se encuentra en el lenguaje.

Muero por una tostada con aceite, pero, temiendo mancharme, pido solo café. El académico me cuenta que universidades de todo el mundo recurren a él para autentificar textos antiguos que resultan falsos. Las consultas son tan numerosas que no le dejan espacio para escribir. A él, que sí conoce la lengua materna de los filósofos cordobeses, no le alcanza el tiempo. Las migas van cayendo en el mantel, las reúne bajo su mano y, untando sus yemas con saliva, se las traga.

–Eso quiere decir que no solo el pensamiento de los filósofos cordobeses es falso. La historia entera es...

–¡Una fábula!

Y coge la chaqueta con parches en los codos.

Las piedras de la calle en forma de huevillos me impiden ir tras el profesor con dignidad. Tengo la sensación de que podría sacar más provecho de nuestra conversación, pero entre la angustia de que se termina el tiempo, la sensación de que llevo dos años en la oscuridad y de que la luz está por desaparecer para siempre, no me sale la voz.

–Me llama la atención que en las biografías no aparezcan las dos esposas y el hijo de Maimónides –balbuceo.

El académico mira su reloj. Otro tiempo que se cumple y no alcanza a decir lo sustancial:

–Lo que se ha escrito sobre él corresponde a la vida que llevaban los judíos en aquella época y no necesariamente a la suya.

–En la novela que escribo, el personaje siente afecto por una joven y renuncia a ella porque le teme a sus dudas.

El profesor está por atravesar las puertas de la universidad:
–Tal vez no le es posible darse al amor.

Al acercarse a la explanada del mercado Mois tiene la impresión de que el silencio es más hondo que otras noches. La gente abandonó las tareas que hacía, no le encuentra sentido a ordenar la mercadería que ya no podrá vender. El eco del edicto que acaba de pasar por la judería reverbera filoso en sus corazones. Además de prohibir a judíos y a cristianos practicar su religión en público, las nuevas autoridades musulmanas exigen la conversión obligatoria al islam. Los que no obedezcan deberán entregar sus bienes y partir al exilio.

La judería se vuelca a escuchar lo que tiene que decir el Consejo de Ancianos de Córdoba. Un rabino de Alejandría se adelanta y, en un pavoroso dictamen, advierte a quienes están pensando en convertirse que todos los que reconozcan públicamente a Mahoma como profeta serán considerados herejes y traidores a la fe. Aunque observen en secreto los deberes y mandamientos, estarán excluidos de la comunidad y se hallarán al mismo nivel que los no judíos.

–El dictamen deja abierta la puerta de lo verdadero y clausura lo posible –le dice Mois al Juez, su padre.

–Tienes razón, a quienes la conversión podría salvarles la vida les quita ese derecho, y a quienes, a pesar de la conversión, se proponen continuar cumpliendo en secreto con las tradiciones de sus antepasados, los expulsa del judaísmo.

–¿Qué vamos a hacer cuando todas las casas de oración y de estudios hayan sido destruidas y no podamos seguir celebrando el culto? ¿Quién va a guiar la lectura de nuestro pueblo? –pregunta Mois.

El Juez abre el aparador de ébano con incrustaciones de nácar que trajo la esposa en su dote y donde en vida guardaba encajes, pieles, joyas, guantes, los rizos de sus hijos.

–Para un hombre inteligente, lo más difícil es explicar la existencia del mal físico y moral en el mundo creado por Dios, que es fuente de todo bien –le dice el Juez.

Se está refiriendo a la duda que turba el corazón de Mois desde que lee las Escrituras y la filosofía.

–Nuestra comunidad quiere entender por qué, si Dios hizo un pacto con nosotros, ahora nos envía la conversión obligatoria. Es la misma pregunta que Job se atreve a formular a Jehová: Mi conducta es intachable, ¿por qué entonces me castigas?

–La pregunta correcta sería: por qué Dios, que es el bien, podría causar el mal –responde Mois.

El Juez esconde la emoción que le produce escuchar en labios de su hijo la pregunta que él mismo formuló a Iakov, el sabio, hace sesenta años. Escoge un volumen forrado en piel y con cierre en forma de botón.

–Hijo mío, nadie sabe cuánto va a durar la persecución. Hasta ahora me abstuve de poner este libro en tus manos por temor a que no estuvieses preparado. Si nuestro pueblo sobrevive, va a necesitar un guía.

Las manos del Juez recorren la cubierta como si fuese la piel del hijo.

–Aquí encontrarás las interpretaciones que escribieron los más grandes sabios acerca de la historia de Job, encuentra la tuya y tendrás por dónde partir.

El peso de la escritura cae en las manos de Mois, que tarda en abrir el libro. La primera página está en blanco. Se detiene a examinar las inscripciones, la ciudad en la que fue copiado y el nombre del copista. Además de las interpretaciones de los grandes sabios de todos los tiempos, hay notas manuscritas en los bordes que constituyen el inicio de nuevas interpretaciones. Reconoce la letra del Juez. La otra debe ser de Iakov y la tercera del maestro de Iakov.

El Juez pone su mano sobre la mano de Mois que está sobre el libro:

–Para algunos estudiosos, la historia de Job es una parábola. Otros piensan que Job existió. Los sabios creen que en la historia de

Job se oculta una alegoría, no una sencilla como la del pozo que tan sabiamente supiste descifrar en nuestro último encuentro. Esta alegoría, si es que consigues leerla, te vinculará con las verdades más profundas, esas que no tienen término.

Desde que Mois cumplió trece años comenzó a esperar que el Juez lo introdujera en la lectura profunda de las Escrituras que aprendió con Iakov. No puede ser casual que le presente el enigma de Job el día en que prohíben su religión. Se dispone a cerrar la ventana cuando por la calle divisa las sombras de tres jóvenes. Mois reconoce a su primo Josefo. Vienen de la casa de estudios. Entraron por el techo mientras los soldados volteaban la fachada y rescataron los libros sagrados.

–¿No te parece, primo, un contrasentido salvar los libros que enseñan a aceptar pasivamente la persecución? –le pregunta Josefo burlón desde la calle.

–Lo contradictorio es que arriesgues tu vida por salvar las palabras en las que no crees –le contesta Mois con el mismo tono.

Josefo escupe:

–Le advertí al Consejo de Ancianos que las nuevas autoridades musulmanas iban a prohibir nuestra religión. Pero ellos confían en que Dios salvará a su pueblo elegido, ja.

–¿Y qué se podía haber hecho? –le pregunta Mois.

–Es un asunto político, las negociaciones tienen que llevarlas hombres con conocimiento del mundo. A nuestros enemigos no les interesa lo que dicen las Escrituras, su preocupación es el dinero que necesitan para financiar las alianzas que los perpetuarán en el poder. Es el punto que tendríamos que negociar para salvarnos.

Debido a su juventud, no le está permitido a Josefo participar en el Consejo de Ancianos. Por esa razón, esparce sus opiniones donde sea:

–Necesitamos formar un ejército, primo.

–¿Y qué pasa si las autoridades musulmanas se enteran de que

contamos con un ejército? ¿Cuánto tardarán en exterminarlo? –le pregunta Mois.

–Cuántos siglos llevan los estudiosos escribiendo sobre la persecución, y la persecución continúa, ¿ah?

–Son muchas palabras para quien no cree en la palabra. –Sonríe Mois.

–¿Y el Consejo de Ancianos tomó alguna decisión o continuará deliberando?

–Prohibieron la religión en público, nada dicen de que podamos continuar practicando en nuestros hogares.

–¿Así que vamos a depender de un resquicio?

–Vienen tiempos difíciles. Lo único que puede mantenernos unidos es la lectura del libro –le dice Mois.

–Un libro –se burla Josefo, y sigue de largo–. Un libro. –Se ríe.

Un inesperado viento apaga la vela que ilumina a Job y su desconcierto. Un grito que viene del interior de la casa lo lleva a cerrar la ventana, cruza el patio, corre a su habitación: Daniel está sentado en la cama, con los ojos apretados y la frente mojada.

–¡No hay más camino, nos vamos a caer, no hay camino! –grita con los ojos cerrados.

Mois lo tranquiliza, en su pálida manita todavía quedan algunos granos de arena del río Guadalquivir, al que va con los demás niños después de la casa de estudios. Vuelve a prender la vela que el viento apagó. Si no fuese por la lectura que hizo de los principios y las causas en Aristóteles, también él pensaría que no es posible, ni siquiera para un estudioso, encontrar el camino a la sabiduría.

Sur de al-Ándalus

Jayyan, Alhama, Wadish, Batza, Adra, Hins-al-Monacar... Seis meses pasaron desde que el Juez decidió abandonar Córdoba en compañía de Mois. Josefo quedó encargado de vender la casa y los bienes. Lo que más afecta a Mois es que Daniel, su hermano menor, se quedó en casa de Ergas, el comerciante, para aprender el oficio. Helena, la hija mayor de Ergas, siente un especial cariño por Daniel y se comprometió a cuidar de él.

Los pasos del Juez y su hijo por los pueblos del sur son deliberadamente lentos; una vez que alcancen el Mediterráneo, se verán obligados a dejar España. Apenas los judíos se enteran de la presencia del Juez en el territorio, acuden raudos en busca de consuelo. Aunque dejan la puerta abierta por la noche, al día siguiente aún se respira la desolación.

Mois intenta explicarles que en ningún pasaje de las Escrituras se dice que Dios inflige al hombre males para ponerlo a prueba. No es posible que Dios, un ser no necesario, tenga la necesidad de enviar la conversión para probar la lealtad de su pueblo. Lo pone en palabras sencillas: si Dios sabe todo acerca del hombre, ¿por qué necesitaría una prueba para conocer sus sentimientos? No importa cuántas veces lo repita, los judíos, conversos o no, siguen creyendo que la persecución es una prueba enviada por Dios.

Al ver que ningún consuelo sacan del hijo prefieren esperar todo el día y hablar con el Juez, quien les asegura que Dios envió las desgracias a Job porque no cumplió con la Ley y la tradición. Cuando Mois se queja ante el Juez, su padre le hace ver que, mientras se

sientan judíos, cumplirán la Ley, y si cumplen la Ley, seguirán estando dentro de la religión.

–En algún momento las cosas se calmarán y podremos sacarlos de su error. Si nuestra religión se extingue, no habrá a quién enseñar –le explica a su hijo.

–Pero es la ignorancia la que lleva a la gente a extraviar el camino a Dios –contraataca Mois.

–Nuestro pueblo no es culto y eso no lo hace menos criatura de Dios.

–Si viene el mundo científico anunciado por Nasi, los libros sagrados se verán confrontados y cuestionados por la filosofía y la ciencia. Los que como yo estudiaron religión por la mañana y filosofía por la tarde, se sentirán confundidos, atribulados, perturbados por las dudas; creerán que existe una contradicción entre ciencia y religión y abandonarán la religión. Para que eso no ocurra, debemos enseñar al pueblo que lo fundamental del judaísmo no son las tradiciones, los rituales, las costumbres, sino sus bases éticas y filosóficas –insiste Mois.

–Tú sabes que en el fondo estoy de acuerdo contigo, hijo mío.

A la cueva donde se esconden en el bosque de Adra llegan Josefo, Daniel y una bolsita con piedras preciosas que sintetiza todos los bienes que vendieron y con las que el hijo menor se encargará de comerciar para solventar la vida que llevarán mientras vivan en el destierro. Esa misma noche cruzarán el Mediterráneo. Josefo les cuenta que acusaron a Nasi de hacer una falsa interpretación del Corán. La circulación de la *Metafísica* se prohibió y el filósofo permanece recluido en Toledo. Mois evita preguntarle a Josefo si se convirtió, no quiere añadir una tristeza más a las que ya tienen. De todas formas, percibe un cambio, se pregunta si será un mecanismo defensivo. Josefo únicamente habla de conseguir dinero. Con dinero vamos a comprar nuestra libertad, primo. Mois entiende lo duro que

es vivir bajo la prohibición y confía en que la naturaleza amable de Josefo se imponga a sus pensamientos alucinados.

Córdoba

El organizador del falso congreso de Filosofía Medieval me invita al cóctel de clausura. Los grupos que comparten una copa de vino o de sangría son los mismos que se reunían en el auditórium. Deambulo entre ellos como por las conferencias. Una amiga de la mujer que guardaba los cuescos de los duraznos de la colación en un pañuelo desechable me pregunta por el tema de la novela que no escribo. La mujer recorta los trozos de pollo de la brocheta hasta dejarlos del mismo tamaño, entonces los come. Echo mano de la concatenación de azarosos acontecimientos que comenzaron un verano mientras cuidaba el conejo de unos amigos, pero me pasa lo mismo que con aquellas canciones que de tanto escucharlas comienzan a irritarnos. A la mujer le parece interesante y quiere conocer mi plan de viaje. Le cuento que pretendo rehacer el camino que hizo el filósofo cordobés en el exilio: Fez, Tierra Santa, Alejandría, El Cairo... hasta llegar a Alepo, donde vivió su único discípulo. La mujer del cuesco guarda silencio. Sus amigas lo encuentran apasionante.

–¿No le parece un viaje peligroso, tomando en consideración la inestabilidad del Medio Oriente? –me pregunta.

–No creo que vayan a fijarse en alguien que sigue los pasos de un filósofo medieval.

La mujer del cuesco mira la palma de su mano vacía. Me envalentono y les digo lo que malpienso sobre el congreso medieval. Las tres mujeres coinciden en que algunos aspectos deben mejorarse y me dejan para sumarse a un grupo en el que se ríen. La mujer del cuesco parece indecisa:

–¿Es verdad que es escritora?

–Sí.

–Ah, ¿y tiene algún libro publicado?

–Dos.

–Ah.

Un mesero nos acerca una fuente con camarones. A la mujer le dan alergia. Acercándose a mí, al punto de que llego a oler la piña de las brochetas de pollo, me cuenta que antes de venir al congreso pasó por un mal momento, pero el contacto con el conocimiento le devolvió las ganas de vivir. Ahora solo quiere volver a enseñar en la escuela. Dicho esto, se integra al grupo donde sus amigas comentan en forma jocosa que gracias al abundante aperitivo podrán ahorrar el viático del almuerzo.

Por las noches, en el hostal, escucho a una mujer que tose. Algunas veces conversa con otra mujer. Si la otra se va o se duerme, ella tose. Comienzo a toser.

El empleado del hospital Reina Sofía solicita mi carné del seguro social. Le explico que soy turista y toso mucho.

–Está bien, pase al módulo tres.

En la sala esperan seis pacientes. Una hora más tarde continuamos siendo seis. La doctora se sorprende:

–¿Ustedes seis son para mí?

Me recibe sentada ante la computadora. La camilla y el lavatorio están atiborrados de cajas, papeles, un fax, una impresora, dos teléfonos, un escáner.

–¿Tiene fiebre?

–No sé, no tengo termómetro.

–Antes de viajar se debe colocar un termómetro en la maleta –me riñe.

Ella tampoco tiene porque pone la mano sobre mi frente y, estirando el brazo por sobre el desorden, agarra un estetoscopio.

–Me di cuenta de que hoy atendió a cuarenta y tres personas –le converso.

–Eso no es nada. Ayer estuve desde la una de la tarde hasta las nueve de la noche y atendí a noventa.

Noventa pacientes en ocho horas dan poco más de once minutos por cada uno.

–Alcanza para darles una buena atención a todos.

Y me extiende una receta con tres medicamentos: un antibiótico de amplio espectro para evitar el riesgo de una neumonía. El segundo aligerará las molestias del resfrío y el tercero, la tos.

–¿Tantos medicamentos no me dañarán el estómago?

La doctora agrega un cuarto para el estómago. En la farmacia descubro que el costo de los medicamentos equivale a una semana de estadía. Intercepto a la doctora cuando está por subir al automóvil de una amiga. A regañadientes accede a recetarme otros medicamentos más baratos.

–Demorará el doble de días en sanar –escribe con fastidio.

El hostal va a cerrar porque los dueños necesitan ir a cuidar a un familiar enfermo. Las otras habitaciones que están dentro de mi presupuesto son oscuras, carecen de ventana o calefacción. Me inclino por un diminuto cuarto al que se llega por una escalera hechiza. Lo escogí por el ventanal que da a una ínfima terraza por donde entra luz natural. No reparé en que un muro de concreto obstruye la vista y, a menos de que me ponga en puntas de pie, deberé contentarme con escuchar los sonidos de la calle sin verla.

Para ir al baño común cruzo un lóbrego pasadizo que comunica con dos cuartos más. Distingo a un joven que fuma tendido sobre la colcha con el torso desnudo y los zapatos puestos. En el wáter cuento los pelos de la cabeza y púbicos, los restos que ya se adhirieron al inodoro, los trozos de papel higiénico mojado, un sachet de champú vacío. Cuando salgo, en el piso hay un cubo de fregar y una mopa; huele a desinfectante. La puerta del cuarto del joven continúa abierta. Debió de escuchar que salí del baño y,

calculando el tiempo que tardaré en cruzar el pasillo, cuando paso frente a su puerta abierta, abre los labios alrededor del cigarrillo.

Antes de enfermar me fijé que en el mapa turístico de Córdoba aparece un pedazo de la muralla que protegía la ciudad en el período en el que Maimónides vivió aquí. La lógica indica que, si sigo por Manchado, llegaré a Parras y una cuadra después a Don Gome. Algo inexplicable sucede y, en vez de estar en Don Gome, me encuentro en Obispo Alguacil. Pregunto a un hombre en qué dirección se encuentra la muralla del Marrubial. No la conoce. Según mi feble sentido de orientación, si camino recto en algún punto me toparé con los restos del Medioevo. No hay señal de un muro, tampoco sé en qué podría consistir. Tal vez por eso, cuando la calle se transforma en un sendero de tierra que se pierde entre los arbustos como en el sur de Chile, mi corazón se acelera; atravieso un arco sostenido por dos columnas de piedra que parecen haber sido restauradas, al otro lado hay un jardín silvestre con arbustos de romero, lavanda, salvia, tomillo, limoneros y asientos para descansar, oler las hierbas y escuchar a las palomas batir sus alas. Levanto los ojos para seguir los pájaros y veo la muralla. Tiene unos diez metros de largo y seis de alto, está hecha con piedras y arcilla que la lluvia y el viento carcomieron. En los agujeros hacen nido las palomas, y cada vez que regresan al hogar baten las alas. Delante del muro pasea un anciano, me da pudor interrumpir su peregrinaje y espero en un asiento a que termine su inspección. Estamos tan próximos a la ciudad y no se escucha pasar el tiempo. Una joven pareja anda, como yo, en busca del Marrubial. Lejos de disgustarse, al anciano le agrada la posibilidad de corregir la falsa información que les entregó la oficina de turismo. No, ese no es el Marrubial. El muro pertenece a una iglesia católica que quedó inconclusa a principios del siglo xx y que por un asunto de impuestos prefieren no terminar.

Divido mis días entre las horas que paso mirando el balcón tapiado en el cuarto del hostal y las que dejo inconclusas en la falsa muralla del Marrubial. De regreso al cuarto tengo la sensación de que he pasado la tarde en casa de un familiar. Por la noche busco en la biografía de Maimónides una sensación parecida que, según su biógrafo, tuvo en Córdoba. No la encuentro. Busco en la otra

biografía, tampoco. No es la primera vez que me parece haber leído cierta información y descubro que no está en el capítulo o en el libro que pensé. El único motivo para permanecer en Córdoba son mis paseos diarios a la muralla que no es.

Al final de la semana me hago el ánimo de ir hasta la verdadera muralla del Marrubial. Está en las afueras de la ciudad, junto a la carretera que conduce a la puerta por donde entran los camiones que abastecen los comercios de la ciudad vieja. La base está llena de escombros y de anuncios que promocionan liquidaciones que ya tuvieron lugar. Abandono la muralla verdadera como abandoné los libros que, según el verdadero experto en Maimónides, son una ficción de la historia. Me siento ante la falsa muralla con un mapa donde no aparecen los pueblos por los que Maimónides erró en el sur de España antes de cruzar definitivamente el Mediterráneo. Después del Mediterráneo viene la advertencia de peligro de la mujer del cuesco, que recorta los trozos de pollo de la brocheta hasta dejarlos del mismo tamaño. Cuando le conté que pensaba seguir los pasos de Maimónides en su destierro omití decirle que, siendo un plan lógico y ajustado al proyecto de novela que financió el Consejo del Libro y la Lectura en Chile, no le veo sentido a pasar por esos lugares ahora. El organizador del congreso diría que no es allá donde voy a encontrar lo que ando buscando y no deja de tener razón, pues, aunque en Fez, Alejandría o Fustat quedaran rastros del filósofo, esas ruinas no me acercarán a él. La idea de pisar esos lugares tampoco me parece creíble, así como no me pareció creíble caminar por las calles sombrías de la judería o participar de un falso congreso de Filosofía Medieval.

En el viejo centro, en un café con internet, abro la página de una línea aérea barata. En el casillero en el que debo poner un origen escribo Córdoba, en el destino me quedo en vilo.

Mediterráneo

A poco andar, la cubierta del barco que Mois y el Juez abordan en Málaga se llena de improvisadas tiendas. Jugadores, vendedores de masas fritas, refrescos, ropa, comida, hasta un tragaespadas. El ambiente adquiere aires de fiesta. Los comerciantes que transportan de un país lo que no existe en otro se vanaglorian de conocer las mejores oportunidades. El que comercia con baldaquinos de Bagdad piensa en comprar muselina de Mosul o seda cruda de Gaza para cambiarlas por gusanos de seda de Jaén, aceite en Aljarafe o yesos de Alhama. Las negociaciones se interrumpen para beber y comer, las jovencitas siguen con deleite las ricas telas que los asistentes hacen circular por la cubierta; en su imaginación, así está vestido el país al que se dirigen.

Últimamente también viajan en el barco los que prefieren el destierro a la conversión. Se ha corrido la voz de que la autoridad de Alejandría pone ojos ciegos a la llegada de judíos y cristianos. El plan del Juez es desembarcar en Nador y seguir por tierra hasta Fez.

Al final del segundo día de navegación, una espesa bruma borra la línea divisoria entre el cielo y el mar. Mois nada percibe, concentrado como está en por qué Dios envió a Job castigos terribles si era un hombre virtuoso. Cuando Job dice que Dios le envió todas las desgracias, presupone que Dios vela individualmente por cada una de sus criaturas. Una idea en apariencia sencilla e inocua, pero falta de verdad. Es imposible que Dios vele por cada uno. A pesar de haber encontrado en el barco un minúsculo espacio de soledad, siguen entrando en sus oídos los deseos, pesares y esperanzas, mentiras y verdades que van y vienen por la cubierta; los gritos de

los pasajeros que intentan proteger sus pertenencias del inesperado viento; las órdenes de los comerciantes que alientan a sus empleados a guardar la mercadería y a desarmar las tiendas. Al final de la tarde, el viento se torna tan veleidoso que es imposible determinar su dirección. Un viento así podría arrancar las hojas de un árbol o hacer zozobrar un barco. Mois recuerda la sección de la *Metafísica* donde Aristóteles señala que no hay diferencia entre la caída de una hoja y el naufragio de un barco, por cuanto las leyes eternas alcanzan a las especies y no a los individuos particulares. Siguiendo este razonamiento, Job está equivocado al pensar que Dios le envió las desgracias, pues su voluntad solo alcanza a la especie humana y no a los individuos particulares.

El segundo día de navegación, el cielo se oscurece cuando aún es día. El capitán y los marineros han desaparecido. Los pasajeros se inquietan. A Job lo acompañan cinco amigos que a modo de consuelo intentan explicar el sentido de las desgracias que caen sobre él. Al menos eso fue lo que Mois creyó leer. ¿Y si el autor quiso que hablaran, a través de los amigos de Job, las distintas corrientes del pensamiento de su época? Al tercer día, las nubes dejan caer sobre el barco su pesada carga. La ausencia de noticias lleva a los pasajeros a atiborrarse con los alimentos que debían durar todo el viaje. Un olor a fritura, sal y vinagre repleta el aire. Mois se asoma por un ojo de buey: los marineros corren de un lado a otro asegurando lo que todavía vale la pena. Si releyera las opiniones de los amigos de Job como expresión de las corrientes de pensamiento de su época, el relato aparecería con un nuevo ropaje. De acuerdo con Aristóteles, uno de los amigos piensa que no hay diferencias entre la caída de una hoja y el naufragio de un barco porque nada ocurre en el mundo de forma casual. Fue Dios quien provocó esta tormenta aquí y ahora para infligir una pena a un hombre virtuoso y no a un pecador. El viento y la corriente no otorgan tregua al barco, el castigo de Job se vuelve continuo e intenso. El capitán se ve obligado a decidir entre capear el temporal o correr la tormenta hasta que el mar los libere. El amigo de Job que habla en segundo lugar representa la idea de que el hombre tiene albedrío para obrar. Dios, que es sabiduría, no puede ser injusto o castigar a un hombre

de bien. De acuerdo con esta especie de justicia divina, los hombres virtuosos que mueran en el naufragio serán recompensados en otra vida. Los marineros intentan desanudar los cabos. Mojados y apretados como están, deben romperlos con el hacha. Al cesar los golpes una ola gigantesca sale del mar. El barco la remonta con dificultad. Cuando los pasajeros se creen a salvo, la nave desciende directo a las fauces de la tormenta. El asalto se renueva una y otra vez, las aguas empinan la embarcación y la dejan caer. Su pueblo está convencido de que si cumple con la Ley y la tradición, llegará al conocimiento de Dios. ¿Y si Job recibió todas las desgracias porque no era virtuoso? En el libro se lo describe como un hombre de costumbres excelentes y rectitud en sus acciones, pero nada dice de su sabiduría. ¿Y si el autor de la historia tuvo el propósito de enseñar que el cumplimiento de la tradición no necesariamente lleva a la virtud y usó la historia de Job para enseñar a los lectores que al verdadero conocimiento de Dios no se accede por la tradición, las costumbres y los rituales, sino a través de la inteligencia para leer y comprender el reverso de las palabras? Un horrible chasquido anuncia que los cabos que sujetaban las velas se han roto: el viento gana el control de la embarcación. Sobre cubierta pasan los deseos, pesares y esperanzas, verdades y mentiras. Por más que su hermano Daniel intenta mostrarse valiente, el color de su rostro revela un oscuro presentimiento. Mois le explica que lo que ocurre sobre y bajo el cielo solamente puede emanar de un ser inteligente con un supremo grado de perfección. Bajo la negra noche no distingue si navega a horcajadas de la filosofía o de la Ley. Lo que era arriba es abajo y lo que era penumbra se hace oscuridad. Se aferra a la *Metafísica*: Aquel que obra según la inteligencia y se pone al servicio de ella parece estar en la mejor situación y ser muy amado por la Divinidad. Una ola gigantesca deja el barco en posición vertical. La siguiente lo devuelve a la horizontal, pero la falta de valor es más temible que el asalto. Los pasajeros se preguntan si aún queda algo por hacer. Si faltaron un día a su deber, prometen duplicar el esfuerzo; no habrá hora del día y de la noche en la que olviden cumplir la Ley y la tradición. Algunos valientes marineros intentan picar cabos y palos. Mástiles, jarcias, enredos de cabos,

todo cae por la borda. La nave recupera ligeramente la escora, pero navega bajo la voluntad de la corriente y del viento. Al final del relato, el autor hace que Job se arrepienta de haber estado en el polvo y la ceniza. El autor no se refiere al polvo y a la ceniza como los conocemos. ¿De qué se arrepiente Job? El menor de los amigos, considerado por los otros como el que posee más ciencia, señala que Dios entregó al hombre la facultad absoluta de obrar de acuerdo con su elección entre las cosas de las que es capaz. No pudiendo atribuírsele a Dios la injusticia, la posibilidad de morir en el naufragio va a depender del mérito de cada uno. Los pasajeros han perdido toda voluntad y se dejan arrastrar por el vaivén. Niños y mujeres lloran. El capitán usa el timón para corregir el rumbo, pero, al carecer de velas, la embarcación gira sobre sí misma. Ni en la peor de las pesadillas los pasajeros podían imaginarse navegando hacia atrás. ¡Cómo no lo vio antes! El polvo y la ceniza representan el estado de ignorancia en el que se encuentra Job mientras solo conoce a Dios por la tradición. En el instante en el que abre los ojos, Job comprende que hay que conocerlo por la reflexión. ¡Las desgracias las tiene merecidas a causa de su ignorancia! El barco se detiene. Los pasajeros no saben si es peor la inmovilidad o el vértigo. Una nueva rompiente coge a la embarcación por abajo. Rasga la noche el fogonazo de un relámpago. Mois alza su rostro hacia la luz: la salida no está en las tradiciones, sino en el conocimiento más alto de todos, el conocimiento de Dios a través de la razón. Es el camino para salvar a su pueblo. No importa que la gente sencilla se aferre a la lectura superficial o que los rabinos ignorantes se escuden en que el conocimiento profundo siembra la duda, mientras que la literalidad conserva intacta la fe. Está en ese barco, en ese momento, por sus méritos y, si la Providencia se lo permite, vivirá para enseñar a las personas a leer la verdad que se esconde en las Escrituras.

De mañana las nubes dejan pasar el sol. Los cuerpos entumecidos se desperezan, el aire rezuma sal. Los mercaderes ofrecen infusiones, comida y ropa a precios excepcionales. Mois saca el manuscrito que guardó bajo la túnica. El sudor dejó las palabras impresas en su piel y la página en blanco.

El avión despega de un pequeño aeropuerto en las afueras de Girona. En la misma sala reciben el equipaje y controlan el pasaporte. A falta de azafatas, los pasajeros debemos encontrar lugar para nuestros bártulos. A último minuto aparece una joven cargada con bolsos e instrumentos fotográficos que logra disponer con esfuerzo en el piso y bajo los asientos, pero el piloto se acerca a decir que está prohibido. Ella le muestra que los demás pasajeros ocuparon todo el espacio. El piloto lo lamenta, tendrá que bajar del avión. Le digo que si ordeno mis cosas tendrá espacio en el asiento junto al mío. Llevamos algunos minutos en el aire, el cielo se oscurece, comienza a llover y a tronar. Mi vecina de Eslovenia palidece. Conmovida por su temor, olvido el mío, le pregunto si tiene hermanos, si sus padres nacieron en Liubliana, cuánto tiempo hace que estudia en Barcelona, la obligo a hablar y a pensar en otra cosa. El avión cae, los pasajeros sueltan un grito, y se estabiliza. El piloto aparece en la puerta de la cabina para comunicar que atravesamos una tormenta sobre el Mediterráneo. No bien desaparece, el avión vuelve a caer. Cuando creemos que se ha estabilizado, baja de un sopetón.

El último día que fui al Centro de Estudios Judaicos de Santiago, Judith, la bibliotecaria agnóstica, me pasó la dirección de correo electrónico de un académico israelí especialista en la obra de Maimónides. Me dispuse a enviarle el mismo planteamiento que al organizador del Congreso de Filosofía Medieval, cuando una línea, que la vez anterior no mereció mi atención en la biografía de Maimónides, escrita por Hayoun me hizo levantar la cabeza: «Tras diez años de vida extremadamente precaria»... ¿Se refería a la precaria relación que hay entre el nombre y el acontecimiento que ya tuvo lugar, a la falta de medios para sobrevivir, a la facilidad con

la que se puede borrar a un hombre, un pueblo, una idea, un libro, una especie de flora y fauna, una receta, un olor? ¿O es una frase que Hayoun recogió en otro libro sobre otro personaje y que le endilgó a Maimónides? No recuerdo cuántas de estas dudas incluí en el correo que envié al académico hebreo. Su respuesta me llegó poco antes de embarcar:

Voy a escribir sin acentos y enyes, y asi recibiras menos senyales raros. El proceso que llevo a Maimonides a escribir su ingeniosa obra es bastante un misterio. Muchos dicen que lo escribio bajo una inspiracion divina. Yo por ejemplo pienso asi, aunque no soy una persona religiosa o creyente fiel.

Hay un dicho entre los judios que desde Moises hasta Moises no hubo otro como Moises. Quiere decir que desde el gran lider y profeta Mois, hasta Maimónides, no hubo otra persona tan importante. Maimonides no fue solamente un filosofo. El fue un gran estudioso religioso y un prudente lider con mucha importancia, aunque no tenia ningún oficio oficial.

Si intentara analizar academicamente «el proceso de la redaccion del guia», uno puede pensar de un Gran estudioso que conocio perfectamente las excesivas fuentes judias, como la filosofia arabe y griega, y con mucho autoestima intentaba proporcionar respuestas a las contradicciones entre la sagrada Tora, y la logica y el razonamiento que procede de los griegos, y desarrollado y transmitido al mundo de nuevo por los arabes, o mejor dicho en el seno de la civilizacion islamica, una civilizacion que fue compuesta no solamente de arabes (que de hecho eran minoria de gobernantes), sino tambien de persas, turcos, bereberes, cristianos y judios conversos al islam, esclavos y libertos e incluso no solo de musulmanes sino tambien de fieles judios y cristianos (que en espanya se llamaban mozarabes).

Si pensar de las influencias de Maimonides, pues se puede encontrar algunos filosofos musulmanes que antes de el tambien intentaron proporcionar respuestas parecidas problemas en el islam: las contradicciones entre la logica y el razonamiento griego y la religión islamica. Los problemas y las soluciones son de hecho parecidos.

Maimonides fue el primero para hacerlo en el judaismo. El fue ampliamente reconocido tambien fuera del mundo judio porque el fue un filosofo de alta nivel, como Avicena y Averroes, y ademas el tenia un gran papel en el mundo judio, no solo como filosofo (una profesion no muy querida por los religiosos tradicionales) sino como hombre de Halaja (ley religiosa judia) y lider espiritual... Siento que me estoy repitiendo a mi mismo.

Respecto a las dudas y conflictos de Maimonides que te interesan, segun mi juicio, este gran hombre no tenia dudas y conflictos. Sus dichos y respuestas en todos sus escritos son muy decididos. El conocio muy bien las complicaciones de

la vida (y del cuerpo, ya que fue un medico) y de la religion, pero el mismo –segun sus escritos– no fue para nada un perplejo.

El fue un guia para los perplejos. Y de eso hay muchos, muchisimos, en su epoca y antes de el y hasta hoy. Yo mismo soy, por ejemplo, un perplejo (hoy menos que antes), y me acuerdo que la primera vez que lei este libro de Mois ben Maimon, lo lei durante casi una noche entera, con la luz de la luna y una linterna. Aunque no eres academica, yo creo que no puedes prescindir de leer bastante fondos sobre Maimonides y su epoca.

Siento un vacío en el estómago, el avión ha seguido cayendo.

–Dejaste de respirar –me advierte la joven eslovena asustada y aprieta mi mano.

Fez

Fez resulta ser la ciudad indicada para llevar una vida oculta: pasadizos estrechos, murallas altas y sombrías amortiguan los pasos nocturnos; edificios con interiores laberínticos y exteriores simples; el uso obligatorio del velo para hombres y mujeres permite al Juez y a sus dos hijos pasar desapercibidos. Todavía no saben que el enemigo está en la misma comunidad.

Mois estudia por las mañanas filosofía en la casa de elBali. Al mediodía interpreta las Escrituras guiado por el prestigioso rabí Ezra. Por la tarde se dedica a la medicina con el sabio musulmán Ibn Mumin en el barrio de elJdid. Antes de que en el cielo aparezca la primera estrella, vuelve a el-Bali para participar en la oración por los muertos. El Libro estipula que se necesitan diez hombres mayores de trece años. Es el décimo.

La comunidad de Fez está dividida entre los que simulan haberse convertido al islam y los que sí se convirtieron y practican el judaísmo en secreto. Por temor a ir en contra de la ley, los que se convirtieron en apariencia aíslan a los conversos, es más, aunque sean familiares, no celebran las fiestas juntos. Al enterarse de esta situación Mois decide investigar lo que ocurre.

Los conversos de la calle de Abbas lo invitan a la cena de shabat que celebran a escondidas de las autoridades y de los judíos no conversos. La Ley estipula que los viernes es necesario cambiar la ropa de trabajo por otra limpia; allí se confunde la limpieza con el oro, la seda y las lentejuelas. El dueño de casa recorre los grupos presentando a Mois; lo obliga a desplegar su linaje, comenzando por el rey David, el rabí Yehuda, el Juez. Ante el silencio de los invitados,

Mois comprende que, junto con la religión, los conversos se vieron obligados a abandonar sus nombres.

Está escrito que la noche del viernes los alimentos sean más abundantes. En su casa el Juez agrega a la frugalidad diaria una nueva frugalidad. En la de Abbas, los platillos desbordan la mesa. La niña más pequeña espera junto a las velas rituales. La dueña de la casa se dispone a acercar el mechero.

–Un momento –grita Mois desde el fondo.

Los invitados se giran sorprendidos.

–Las velas se encienden antes de que se ponga el sol y no después.

–Siempre vi a mi madre prender las velas en el lapso que disponía entre el primer plato y el segundo –explica nerviosa la dueña de la casa.

Su esposo se muestra furioso:

–¿Cómo te atreves a dudar de la palabra de nuestro invitado? ¿No escuchaste que su familia proviene del mismo rey David? Oh, qué va a ser de mí, engañado por mi propia mujer, durante años he ofendido a Dios.

La hija menor, al comprender que no podrá encender las velas como cada viernes, se pone a llorar.

–Y yo que me sentía orgulloso de que mis hijas aprendían de su madre a ser buenas esposas que inculcarían la tradición a sus hijos.

–La Ley permite que si, por alguna razón, no es posible encenderlas antes de que aparezca la primera estrella, se podrá hacer al final –agrega Mois cuando le permiten hablar.

–Ves, mujer, te dije que nuestro invitado era un regalo de Dios. Vamos a bendecir el vino.

Los comensales acercan la copa a sus labios. Se escucha la voz de Mois al fondo de la mesa:

–Antes del vino...

Las copas vacilan.

–El dueño de casa debe bendecir a sus hijos.

El dueño de casa ya no sabe si bendecir a sus hijos con o sin el vino. Los pequeños tienen hambre. Temerosos de caer en falta, los invitados se cuidan de imitar a Mois en todo, la celebración decae.

El dueño de casa confiesa apesadumbrado que su yerno se niega a casarse con su hija por la tradición. Le pide a Mois que interceda. El novio es un joven de cabello negro y rizado que bromea con los músicos. Mois escuchó que los conversos acompañan sus oraciones con instrumentos musicales. Sin la melancolía, el dolor, el estremecimiento, los versos que aprendió a cantar en su niñez se vuelven irreconocibles.

–No tiene a qué temer, siguen siendo canciones religiosas –se burla el joven yerno.

Efectivamente, las letras corresponden a pasajes de las Escrituras, pero las melodías están sacadas de tonadas populares que la gente canta en la calle, en el mercado, en la cocina, cuando friega el piso.

–Estos músicos son muy conocidos, estarán en mi matrimonio –presume el joven.

–¿Canciones religiosas en un matrimonio musulmán?

–Veo que mi futuro padre ya corrió a importunarlo.

–Tú sabes que el mayor honor de un padre consiste en llevar a su hija a la Jupá.

Una nube negra pasa por los ojos del joven de Abbas:

–¿Y usted cree que aún es posible el honor?

Como Mois no contesta, va más allá:

–Con su sabiduría debe estar enterado de que descubrieron un error de interpretación: el pueblo elegido por Dios es el musulmán y no el judío.

Los parientes alcanzan a coger al dueño de casa por los hombros antes de que se abalance sobre el yerno. En una de las habitaciones, la novia baila con sus hermanas pequeñas.

–Lávate la boca antes de repetir esa infamia en mi casa. –Y dirigiéndose a Mois–: Los musulmanes nunca lo considerarán un igual. Será el converso y sus hijos, los hijos del converso. Cuando se dé cuenta, será demasiado tarde para volver con los suyos, quedará solo.

–¿Y tú me pides que arriesgue la vida por una religión que solo nos ha traído sufrimientos? –le contesta el joven–. Ahora mismo corres el riesgo de ir a la cárcel por celebrar el shabat. ¿Y qué hacen

los judíos de Fez el-Bali? ¿Qué hizo tu familia? Renegar de ti porque te convertiste para salvar a los tuyos.

–El tamaño de la afrenta no tiene importancia –dice Mois.

Su serenidad se abre paso.

–Por muy grande que sea la afrenta –continúa diciendo–, no renunciamos a la ética. Para nuestro pueblo, la ética es la búsqueda de un sentido, porque si vinimos a esta tierra fue con un sentido. No puede ser de otra manera.

El joven de Abbas va hacia la puerta y la abre:

–Mire.

Todos los ojos se vuelven hacia los soldados que patrullan la calle de Abbas.

–¿Usted cree que tiene sentido?

–Creo.

Los invitados se preguntan qué pasa. Ven una puerta abierta, al yerno y al invitado.

–Pues yo para creer no necesito una ceremonia –grita fuera de sí el joven de Abbas.

El chiflón de aire que entra por la puerta apaga las velas rituales. Las mujeres corren. Mois les explica que no se trata de velas comunes. Si por alguna razón llegan a apagarse, no pueden volver a encenderlas. Las mujeres miran a sus maridos y estos al dueño de casa. ¿Un shabat sin las velas encendidas? ¿Cuándo se ha visto algo así?

Mois comprende que si los conversos comienzan a ver el pan como pan, el vino como vino, las canciones como canciones, las velas del sábado como simples velas, la religión dejará de tener relación con la sabiduría, y cumplir con el sentido original del día de descanso no será necesario o verdadero. Lo único que puede iluminar a los extraviados es la lectura del Libro. Ocupado como está en la redacción del edicto que devolverá a los conversos al seno de la comunidad, necesita encontrar entre ellos a un lector que no despierte suspicacias y mantenga la llama del Libro encendida. El joven de Abbas se ha refugiado al fondo del jardín. Será él.

Eslovenia

No le costó a mi anfitriona en Eslovenia más que un mensaje de correo, que envió mientras yo buscaba una ciudad de destino en el café internet del centro de Córdoba, para convencerme de que su país podía ser un lugar más razonable que Marruecos para pensar la relación de Maimónides con la lógica aristotélica y la religión. Como de todos los lugares que conozco, Eslovenia es donde más razón he visto, cuando llego a verla decido abrir desmesuradamente los ojos. Estamos en invierno. Los días se presentan nubosos y fríos. Nieva. Mi anfitriona eslovena me presta zapatones, parka, bufanda, gorro. Asomo los ojos más allá de la doble ventana y me quedo en su casa de Skofia Loka.

Lo que primero veo son unas construcciones a ambos lados de la ruta, de cuatro pisos, demasiado grandes para ser casas y pequeñas para edificios. El misterio de las viviendas comienza a aclararse a las diez de la mañana cuando escucho que en el piso de arriba del departamento de mi anfitriona arrastran muebles. Mi anfitriona me advirtió al llegar que en el piso superior vive su madre y, a esa hora, hace el aseo. Al mediodía la madre baja las escaleras y se detiene en el vestíbulo, frente al piso de mi anfitriona, para cambiar sus babuchas por zapatones. Vuelve una hora después en compañía de los pequeños hijos de la hermana menor de mi anfitriona, que trabaja con el esposo en la capital a una hora de aquí. Por el sonido de las sillas deduzco que almuerzan, hacen las tareas y miran

dibujos animados. Al atardecer escucho pasos que suben la escalera. Creyendo que se trata de mi anfitriona, entreabro la puerta y observo a un matrimonio joven con sobrepeso que sube al tercer piso. El esposo lleva dos potes plásticos vacíos. Sobre mi cabeza resuenan las carreras alborotadas de los niños que salen a recibir a sus padres. Cuando la familia baja, los potes van llenos de comida. Más tarde escucho a mi anfitriona subir la escalera hasta el tercero. Vuelve con dos potes plásticos, uno amarillo con verde y el otro rojo con morado. Sopa de legumbres y fideos con carne.

Al día siguiente a las diez de la mañana me despierta el sonido de muebles sobre mi cabeza. En el paragüero del vestíbulo figuran los potes que mi amiga y yo vaciamos durante la cena y que la madre se llevará cuando vuelva con los dos niños rubios que recoge en la escuela. Por el ruido de las sillas, supongo que almuerzan y, por el silencio, que hacen las tareas. Las voces animadas anuncian que guardaron los cuadernos para ver la televisión. El sonido de las ollas al fuego, que los potes vacíos de sus padres están por llegar. En la mayoría de las tiendas del centro venden potes plásticos de diferentes tamaños, formas y colores diseñados en Italia. Son tan bellos que siento deseos de entrar y llevarme uno.

En el subsuelo de la vivienda familiar de mi anfitriona hay una pequeña puerta con candado. Una mañana sorprendo a la madre saliendo de allí con un balde con leña y otro con repollos. Calza unos zapatones de hombre varios números más grandes. Tras caer el régimen comunista, dejaron de fabricar calzados durables, por eso, al morir su esposo, guardó sus zapatos para las labores pesadas. La escalera queda impregnada con la acidez del escabeche.

La incógnita del subterráneo se resuelve el sábado por la mañana cuando mi anfitriona me pide que la acompañe. Es de día pero se hace necesario encender una bombilla. La puerta lateral conduce al cuarto de la caldera. Hay herramientas para limpiar las canaletas y hacer arreglos sencillos en el techo, palas para sacar la nieve, bidones, botellas de vino y de aguardiente, sacos de papas y dos baldes plásticos con repollos hundidos en agua con sal. Mi anfitriona me cuenta que el secreto consiste en ir aumentando el peso que se pone sobre los repollos hasta que alcanzan el punto de pudrición. Al

tiempo que responde a mis preguntas echa al canasto lo que va a necesitar para la cena de esta noche: un repollo, papas, tres botellas de aguardiente y cuatro de vino. Todo esto y más almacenan durante el otoño para pasar el invierno.

Esta noche el ritual de las visitas comienza en el vestíbulo donde los invitados cambian sus zapatos por unas zapatillas de casa, se quitan los guantes, la bufanda, el sombrero, el abrigo, y entregan a mi anfitriona un regalo. En este país adoran los envoltorios y compiten por regalar el más bello o ingenioso. En la mesa espera el aguardiente, dulce y amargo. Como mi anfitriona no posee los diminutos jarros heredados de generación en generación, coloca unas copitas de cristal de su abuela, similares a las que heredé de la madre de Moira. Me pregunto si se deberá a mi torpeza o a los terremotos, pero únicamente poseo piezas sueltas, mientras que mi anfitriona conserva un mueble completo con loza de sus antepasados. El primer brindis está destinado a ahuyentar a los espíritus que podrían oponerse a la felicidad de la noche.

Horas antes, mientras tenía las manos en la masa, mi anfitriona hizo para mí un boceto de los y las invitadas. En la medida en que aparecen creo reconocer a la mujer casada que se embriaga y coquetea delante del marido. Bamboleante y con una copa en la mano, se dirige hacia la cocina, donde se reduce el jugo de cocción del pato. Lleva una blusa de nailon transparente color malva, fabricada por la otrora empresa textil estatal; recuerdo haber visto una igual en el armario de la madre de Moira, en el sector donde colgaba las blusas para hacer combinaciones elegantes. A pesar de los años y lavados, las telas nunca se rompieron o decoloraron. Aún guardo un chaleco en mi armario, herencia de la madre de Moira. Tenía una falda del mismo color, pero una plaga de polillas en el edificio acabó con ella y únicamente me queda el chalequito.

El tirante de la blusa transparente de nailon color malva de la mujer que coquetea con hombres más jóvenes delante de su marido se desliza por el hombro dejando entrever un seno aspirado por la lactancia. El marido le arrebata la atención que despierta su desnudez con la historia de un malogrado Porsche descapotable de los años cincuenta que compró en una desabolladora. Hace diez

años que consagra su vida a rastrear piezas auténticas para dejarlo como el original. Hasta la mesa llegan las carcajadas con las que su esposa, agarrada del brazo de mi anfitriona, le cuenta al oído la pasión que le despierta su joven amante. El esposo compite con el alto precio que alcanza un Porsche de colección como el que posee. Con ese valor no es posible correr el riesgo de tener un accidente y nos explica que debió construir un garaje para protegerlo y solo conduce del garaje a la puerta de su casa y de la puerta al garaje. Uno de los tirantes de la blusa de la mujer cae. Atemorizada por la vejez que la aspira, mira el fondo de su copa y exige más.

Santiago

No es real que encontré la biografía de Maimónides de Hayoun en la biblioteca del subsuelo de la casa que cuidé aquel verano en el que un ratón se ahogaba en la piscina. Estaba en un pequeño mueble ubicado en el entrepiso alrededor del cual mi amiga armó un intervalo de lectura entre la sala y el acceso a los dormitorios. Me gustaba ir a esa casa porque las palabras eran un invitado más. Mi amiga les hacía sitio en la mesa, les ponía cubiertos, llenaba sus copas, retiraba los platos sucios y, cuando las palabras no podían extender más su visita, les encargaba la bolsa con los restos cuidadosamente cerrada para que la dejaran en el basurero de la calle. Lo que disfrutaba de esa casa era lo que no había en la de mi padre y Moira. A pesar del mandato divino por el cual los padres deben educar a sus hijos, las veleidosas emociones de Moira y el temor ancestral de su esposo cargaban las palabras con tal intensidad que un gesto grandioso como hacerse cargo de la basura de una noche espléndida se tornaba un castigo por no haber cumplido la palabra de visitarlos la tarde anterior.

Uno de los dos biógrafos escribe que, por la rama paterna, Maimónides desciende de hombres tan sabios como el rey David y el rabí Yehuda, redactor de la Mishná; en cambio, su madre sería hija de un carnicero. Este dato, probablemente falso, dio origen a cierto sueño redentor, y es que Maimónides escapó de casa influido por el carácter sanguíneo de la rama materna y por las dudas que sentía ante la misión a la que estaba destinado por la rama paterna. Una mañana, mientras su padre leía en voz alta un pasaje de las Escrituras, un desconocido se ofreció a hacer la voz principal del

coro, papel que Maimónides cumplió hasta su partida. El Juez identificó en la voz del extranjero la del hijo perdido. Historias como estas aprendíamos a interpretar en los campamentos de verano para adolescentes a los que Moira me obligaba a ir, pues aunque no creía en Dios, temía que ese Dios se enojara con ella si yo no crecía como una buena judía. Dependiendo de su habilidad, el monitor conseguía que llegáramos a la moraleja oculta en el cuento o eso nos hacía creer. Maimónides tuvo que haber escuchado en su infancia muchas respuestas tradicionales a preguntas filosóficas. Si bien su madre y el abuelo carnicero cumplían con las tradiciones y con la Ley –el padre no se hubiese casado de otra manera–, ellos no se preguntaban por el origen de la tradición. Les bastaba, como a Moira y a su esposo, negarse a perder la pérdida del mundo.

Eslovenia

En este país los techos de las casas poseen ganchos que impiden que la nieve caiga sobre los peatones. ¿Hay algo más exacto que la razón?, me susurran con orgullo.

Fez

Mois camina diariamente desde la casa en el-Bali a la casa del rabí Ezra; desde los estudios de medicina con Ibn Mumin a la oración por los muertos. Caminar es una forma de pensar las tradiciones o el sentido de las prohibiciones; es una forma de pensar la panadería, la carnicería, el taller del carpintero, del relojero, del zapatero, la barbería, la sastrería, la sombrerería, la calle de Abbas, Fez el-Bali, la casa, la visita del director de la comunidad de Fez, su oposición a que Mois continúe visitando a los conversos de Abbas, su velada amenaza con que podrían expulsarlo de la comunidad si continúa haciéndolo. Tenga cuidado con lo que enseña, le advierte; las razones éticas y filosóficas van a confundir aún más a nuestro pueblo de lo que ya está a causa de la prohibición de nuestra religión.

Eslovenia

Un conocido de mi anfitriona nos invita a cenar. Este hombre, dispuesto a conducir seis horas ida y vuelta a la costa de Croacia para obtener pescado fresco, despierta mi curiosidad. Vive en un edificio donde, en pisos distintos, habitan los padres y hermanos casados de su esposa.

El hombre nos recibe con un delantal amarrado a la cintura. La habitación alberga en un extremo la cocina y, en el otro, el comedor. El medio está desocupado. Mi anfitriona le pregunta por su esposa y él afirma que salió. Llega una amiga de infancia de la esposa que también está invitada a cenar. El hombre telefonea al celular de su mujer y no obtiene respuesta.

Estamos comiendo el pescado cuando aparece la esposa con los cabellos revueltos y los párpados hinchados, vestida con una suerte de pijama o buzo de algodón. Sin ningún tipo de presentación, nos cuenta que su abuela fue institutriz de los hijos de un conde; su propia infancia se desarrolló en un ambiente refinado, incluso la abuela le contrató un profesor de piano. Destinada a convertirse en pianista, la mujer observa la casa y al esposo con desdén. Él hace lo posible para agradar a sus invitadas, pero la actitud disonante de su mujer lo mantiene en tensión. La esposa coge los trozos de pescado con los dedos y él se ve obligado a reprenderla. Basta que se distraiga para que la mujer vuelva a meter los dedos. Da la impresión de que siente placer al remover a su esposo de la razón que se atribuye. Aparecen los hijos. Como nadie les ofrece comida o conversación, desaparecen. Mi anfitriona me cuenta en voz baja que la mujer estaba en la casa durmiendo la borrachera que cogió en

una celebración de oficina. Sabiendo esto, el marido negó conocer su paradero; es más, representó ante nosotras la pantomima de telefonearle.

En un momento de distracción la vemos reaparecer con varias naturalezas muertas que pretende colgar en los muros vacíos. El esposo insiste en que debemos repetirnos el pescado, que, en su nerviosismo, quedó crudo. Se trata de un pequeño espécimen atiborrado de espinas. No es posible comer un bocado sin encontrar alguna. La esposa hace pasar por entre sus dientes la insinuación de que, en sus viajes de negocios a Moscú, el marido contrata prostitutas. Ante la ausencia de muebles, las naturalezas muertas quedan en el suelo. El esposo, de buen porte y líneas armoniosas, corresponde a esas personas que vemos en todas partes y en ninguna. El único rasgo que le otorga personalidad es su deseo de complacer, y la esposa se las arregla para que parezca un signo de inferioridad. Me pregunto cuánto tiempo transcurrirá para que se desborde la razón. El hombre intenta prohibir a su mujer que aburra a los invitados con la historia de su abolengo y lo único que consigue es aumentar su diversión. Cuando creo que va a pegarle una bofetada, esconde las manos bajo la mesa. Me pregunto si en el dormitorio le pega y luego llora ante sus burlas. El vino reaviva la borrachera que la mujer cogió por la tarde; se mofa de su trabajo en la biblioteca y del esposo, que no es capaz de mantener a la familia sin el trabajo de ella. La mirada de él transita desde nuestros platos vacíos hasta la fuente con ensalada que su esposa cogió para sí. Ella siempre lo estropea; comienza con el maldito piano, sigue con las pinturas y los invitados nunca regresan. En vez de pasar las noches en casa con su familia, él se aloja en hoteles y paga a mujeres para que lo acompañen a cenar y a dormir. Los hijos permanecen con los abuelos en el tercer piso y la esposa contempla desde el fondo de su copa la muerte de la naturaleza.

El puente que nace en la calle principal de Liubliana me conduce

al otro lado del río por una calle empedrada que sube serpenteando la colina. Cruzo el foso y la puerta del castillo. Se ve tan real el lugar al que me transportaban las novelas que leía en mi cuarto en casa de Moira. Apenas me dejaban sola, bajaba los cojines de la cama a la alfombra amarilla. Estaba de moda alfombrar el parqué. Como el esposo de Moira no ganaba lo suficiente, la abuela consiguió que una amiga millonaria le vendiese los pedazos de alfombra que sacó de su piso para colocar una nueva de pelo largo, que importó de Estados Unidos. Un día volví de la escuela y, en vez de las vetas nostalgiosas de la madera que brillaba con la enceradora, encontré una alfombra amarilla salpicada de manchas y raspones causados por vidas que no eran las nuestras. Sobre esta alfombra colocaba los cojines en los que me hundía a leer las novelas que sacaba de a tres cada quince días de la biblioteca de Providencia. La reverberación de las palabras permanecía en el cuarto hasta que escuchaba la furgoneta Isaria que manejaba Moira. Entre la calle y el garaje disponía del tiempo justo para marcar la página y esconder la novela bajo la cama. Moira olfateaba que había pasado la tarde leyendo y, preocupada de que yo le saliese demasiado literaria, se sentaba en la cama, no sin antes devolver los cojines a la colcha rosada, para contarme el bonito paseo, la rica comida y lo mucho que habían reído. Intentaba decirme que la vida era para vivirla y no para leerla. Por esa razón, cuando me quedaba leyendo, permanecía encerrada; en cambio, cuando ella tejía, disfrutaba de una tarde tranquila. A fuerza de observarla descubrí que tejer le permitía mostrarse ocupada mientras elaboraba complejas fantasías en las que pisaba alfombras de pelo largo que conducían a castillos lejanos y exóticos. Era tanto lo que disfrutaba su imaginación tejiendo que nuestros armarios se llenaron de chombas, chalecos, faldas, calcetines, bufandas. Ahora que miro la ciudad desde el castillo que conocí en las novelas, lamento no haber traído un gorro de lana para no tener que bajar tan pronto a causa del frío.

Fez

Un mensajero llega a la casa del joven yerno de Abbas con un cuadernillo mandado por Mois. En una nota el filósofo le dice que allí podrá buscar respuestas a las inquietudes que el joven le planteó insistentemente en el primer encuentro que tuvieron la noche de shabat en la casa del suegro. ¿Insistentemente?

El tiempo que el joven de Abbas pasa en casa, por lo general, está en su aposento. Ahora lo espera allí la mirada del cordobés, y le avergüenza. No necesita encontrar en la lectura un sentido a su vida. Su vida ya tiene un sentido: posee un lugar en el mercado, el proyecto de realizar un viaje comercial a Oriente con sus amigos y, dentro de poco, formará una familia.

Inquieto por la presencia de la letra del otro en su cuarto, decide hacer una visita a la biblioteca de su padre y descubre que la madre ha continuado quitando el polvo que ya nadie lee. Mientras su padre vivió, cada tarde, al regresar de la casa de estudios, lo encontraba con la cabeza metida en los libros; hombre de baja estatura, al inclinar la cabeza aspiraba el aliento de las palabras. Varios centímetros más alto, el joven de Abbas se enfrenta a la indiferencia del cuadernillo que le envió el cordobés. ¿Por dónde comenzar? Las letras no le hacen ningún guiño. Ve desfilar frases, párrafos, y no entiende qué quieren decirle: si uno deja un jarro en un territorio público, si se le muere la vaca que le prestó el vecino, si un tercero seca el pozo de ambos, si dos cacharreros caminan uno tras otro y el primero tropieza y cae, de modo que el segundo tropieza sobre el primero. Si el portador del jarro va delante y el portador de la viga detrás y el jarro se rompe al caer contra la viga, ¿quién es culpable?

Le parece que los autores se dividieron los caminos del mundo con la promesa de reunirse al final de sus vidas a escribir un comentario de lo visto y oído. Lo más probable es que en una ocasión presenciaran a dos portadores que se culpaban mutuamente por haber quebrado una jarra. ¿Y las demás situaciones? Es imposible escribir todo lo que acontece en el mundo con el fin de emitir un dictamen. Y si el jarro no choca con la viga sino con la pared, ¿qué portador es responsable? El joven mira las vigas de madera que sostienen el techo de su casa. ¿De qué tratan esas normas tan puntillosas que rigen todos los aspectos de la vida de su pueblo? ¿Cómo se puede vivir obedeciendo tantos dictámenes? Desconcertado, vuelve los ojos hacia las vigas y se encuentra con que, en vez de los antiguos pilares de madera que sostienen el techo, una delgada línea mantiene unidos al bien y al mal. ¿Y si ocurriese lo mismo con todas las cosas? ¿Si al levantar los ojos del libro se encuentra con que los objetos que vio durante su vida tienen un significado distinto?

Las horas pasan, el aliento que emana del cuadernillo se vuelve ineludible. El filósofo duda de que las historias de la Torá sean reales. Plantea que Dios no puede tener brazos o piernas, levantarse de la silla, correr, bajar una escala. A diferencia de lo que le ocurrió al joven de Abbas cuando descubrió la falsedad de las historias sagradas, el cordobés no muestra decepción. El joven no sabe si admirar la inteligencia con que el otro elabora su relato, aplaudir ante la mejor de las bromas o rendirse como haría una persona sensible ante un violento atardecer. ¡El cordobés no cree en lo que el Libro dice, porque no es eso lo que dice! Le parece el colmo de la extravagancia crear la ilusión de que hay un camino secreto que conduce a lo que las palabras no expresan. Más encima, tiene la osadía de pedirle que resuelva un enigma a través de la conocida fábula de Agnon.

El joven de Abbas lee: Un pastor y su padre tienen una cabra que

todas las tardes se arranca a pastar a un lugar desconocido y cuando regresa su leche es más dulce que la miel. Un día el hijo decide seguir a la cabra y le ata una soga al cuello. Al despedirse de su padre acuerdan que, apenas encuentre el lugar donde pasta la cabra, regresará para llevar allí al rebaño completo. La cabra lo conduce a una fuente de agua cristalina rodeada de árboles frutales, trepa hasta un algarrobo y comienza a comer sus frutos. El hijo come uno y su boca se llena de miel. Urgido por ir a contar el descubrimiento a su padre, se percata de que es shabat y la Ley prohíbe viajar. Previendo que su padre, al ver regresar a la cabra, le acariciará la cabeza, enrolla detrás de una oreja de la cabra un mensaje donde le indica que cuando termine el shabat siga al animal y llegará a donde está el hijo.

El joven de Abbas se pregunta si acaso el cordobés le está diciendo que él y sus amigos quieren, como el joven pastor, abandonar sus hogares para ir en busca de los pastos que producen una leche más dulce que la miel. Es verdad que viajarán en barco y no a pie como el pastor, que disponen de dinero y el pastor solo tiene una soga atada al cuello de una cabra. El joven de Abbas sigue leyendo la fábula: Cuando el padre ve llegar a la cabra, piensa que su hijo ha muerto y ordena al matarife sacrificarla. Al degollarla, cae el mensaje. El viejo reconoce la letra de su hijo y comienza a golpearse la cabeza: Desgraciado de mí, desgraciado del hombre que perdió su suerte por sus propias manos, desgraciado del hombre que retribuyó el mal por el bien.

¿El cordobés le está advirtiendo que él y sus amigos correrán la misma suerte que el joven pastor? Aquello ocurrió en un libro y sus vidas transcurren en el mundo. La mala suerte que separó al padre del hijo en el relato no tiene por qué alcanzarlos.

«Te pregunto: qué quiere decir el autor al comparar la leche con la miel», escribió el cordobés en el borde del cuadernillo. Se refiere a que es muy dulce, piensa el joven. Como si el cordobés estuviese dentro de su cabeza, en la siguiente página anota: «La leche no es dulce. Debe referirse a otra cosa, ¿no crees?».

Por la tarde, mientras el joven de Abbas escucha a sus amigos repasar por enésima vez los preparativos del viaje a Oriente, comprende cuán lejos del camino que emprendió con ellos lo conduce el cordobés. Aún estoy a tiempo de retomar mi lugar aquí, con ellos, no dejarme influenciar por lo que él me dice, piensa el joven, pero el desahogo que le proporciona estar entre iguales se ve perturbado por la evidencia de que él ya no es igual. Sus amigos pretenden cruzar el océano, llegar más lejos que sus padres, ganar más dinero, tener más comodidades, un prestigio y un puesto en el Consejo. ¿Y si no existe un sentido anterior al mundo, como afirma el filósofo? ¿Y si la vida fluye como las aguas del río? Dentro de sus posibilidades, sus amigos han actuado en el bien. Es verdad que hubo travesuras en el límite de la tentación, pero nadie salió herido. El cordobés les advierte que el viaje los llevará más lejos de todo lo conocido. No se está refiriendo a un viaje o un lugar geográfico. ¿Qué encuentra el joven pastor cuando llega a los pastos que producen una leche más dulce que la miel? El joven de Abbas se despide de sus compañeros. Al día siguiente, antes de que salga el sol, se vestirá para ir al mercado, al mediodía uno de sus amigos pasará a buscarlo y volverán a conversar del viaje, por la tarde tomará el camino hacia la casa de su suegro y le ayudará con las cuentas de un negocio que algún día será suyo. Una vez que el pastor llega a los pastos que producen una leche dulce como la miel, le es imposible volver atrás. El impedimento que utiliza Agnon en el relato es la prohibición de viajar durante el shabat. Lo importante es que, habiendo conocido, no se puede volver a la ignorancia.

Caminar para Mois es una forma de pensar la ausencia de las tradiciones, la falta de sentido de las prohibiciones, como la supresión de la levadura en Pesaj; es una forma de pensar la ausencia de la panadería, la carnicería, el taller del carpintero, del relojero, del zapatero, la barbería, la sastrería, la sombrerería, la calle de Abbas, Fez el-Bali, la casa; la ausencia del saludo del

director de la comunidad de Fez, su oposición a que Mois continúe visitando a los conversos de Abbas, su velada amenaza de expulsarlo si no pregona la obediencia y renuncia al sentido.

Eslovenia

No puedo dejar de pensar en la carta que me envió el académico israelí. Resulta que llevo dos años leyendo y pensando en un hombre, Maimónides, que nunca tuvo dudas o conflictos y que, a la luz de la luna, posee la facultad aterradora de despojar a sus lectores de una gran parte de su perplejidad. Peor aún, el académico israelí me recomienda no prescindir de los fondos, lo que hice al aburrirme de insistir en las entrevistas con académicos chilenos. No solo desistí de ellos. Cuando la directora del Centro de Estudios Judaicos me prohibió el ingreso a las estanterías de las que sacaba directamente los libros que me entusiasmaban, decidí cortar con la investigación. Y volví a prescindir de los fondos tras comprobar que en las fotocopias que llevé a Córdoba siempre aparecía algo distinto a lo que creí leer con anterioridad.

La sensación de haber caído en un error tan hondo que ninguna cuerda podría sacarme se acentuó después de que el verdadero especialista en filosofía medieval me dijera que las biografías sobre Maimónides que leí con tanto interés eran ficciones. Mi desapego a la verdad llegó al extremo durante mi convalecencia en la pensión de Córdoba; para escribir del viaje en barco que pudo haber realizado Maimónides cuando cruzó el Mediterráneo, tomé un fragmento de un libro de Joseph Conrad que encontré entre los volúmenes abandonados por los turistas de la pensión, y, como no tenía energía para ir a una biblioteca en busca del argumento original que Maimónides desarrolló en su análisis de la historia de Job, llené los espacios con citas sueltas que pensé cambiar más adelante por los textos originales. Pasaron los días y lo olvidé. Cuando quise

reemplazar las citas, las palabras ya se habían adosado a las situaciones y no supe cómo desprenderlas. Ignoro cuánto tiempo llevo preguntándome en qué momento prescindí de los fondos. El avión que me trajo hasta acá no cayó al mar como creyó que ocurriría mi joven vecina. Soy yo, es esta búsqueda la que se cae a pedazos.

Mi anfitriona me lleva hasta la frontera para que tome el tren a Belgrado. Dejé en su casa la computadora que me acompañó durante estos cuatro años en los que intenté escribir una novela para la que me sentí llamada, no por un pueblo, ya que no hay pueblo. Atrás quedan caseríos, los ganchos para atajar la nieve, las ventanas dobles que no dejan pasar el viento, las celosías siempre cerradas, las luces de las capillas que desde las montañas velan por nosotros durante las horas en las que la razón se permite un descanso.

Fez

La noche del matrimonio entre el joven de Abbas y su novia se convierte en la más larga de las noches. Más temprano el rabí Ezra es asesinado para servir de ejemplo a los que se resisten a convertirse al islam.

El día anterior Mois estuvo en el patio de la casa donde ahora cuelga el cuerpo del rabí. Ezra había tomado la decisión de permanecer en Fez, a pesar de que las autoridades exigían su inmediata conversión. Los directivos de la comunidad judía de Fez también lo estaban presionando; temían que la tozudez del rabí se interpretara como un desafío a las autoridades musulmanas y preferían verlo marchar al exilio, sobre todo después de que se difundiera una nueva lectura del Corán donde las falsas conversiones ofendían a Alá.

En esa visita Mois se atrevió a contarle al rabí su deseo de escribir un comentario filosófico sobre la Ley que devolviera el judaísmo a los fundamentos éticos y filosóficos que dieron origen a las leyes, las normas y restricciones que integran la Mishná, con el objeto de que el pueblo entienda cuál es el sentido de lo que se le exige cumplir a diario. Ezra le hizo ver que era una brillante idea pero lo que el pueblo necesitaba era claridad. Desde que se compiló la tradición oral en la Mishná, se fueron añadiendo al libro más y más interpretaciones y comentarios, relecturas de las opiniones que dieron origen a la Ley y de las que fueron rechazadas. El libro se volvió demasiado complicado para que las mentes sencillas encontraran allí una guía. Mois le explicó al rabí que cuando el pensamiento de Aristóteles termine por imponerse, los hombres

inteligentes se llenarán de dudas y abandonarán la religión para abrazar la ciencia.

–Tenemos que preparar el judaísmo para este enfrentamiento, es urgente volver a las bases que inspiraron la Ley. Si el pueblo entiende el sentido que tiene separar la carne de la leche, jamás se olvidará de hacerlo –arguyó Mois.

–Lo que nuestro pueblo necesita es un acceso directo y claro a la Ley, un nuevo libro que les diga claramente lo que está bien y lo que está mal, que los mantenga unidos entre ellos y con la religión –lo contradijo Ezra–. Cada vez que nuestro pueblo estaba por extinguirse, de las cenizas surgió un pequeño círculo que se mantuvo unido al Libro. ¿Qué ocurrirá ahora que el Libro se ha vuelto impenetrable? Antes, en las casas de estudio y oración siempre hubo un sabio para explicar la Ley, pero en todas las ciudades, las casas de oración han sido quemadas o destruidas, y el estudio de la Ley, prohibido. Repetimos hasta el cansancio que mientras nuestro pueblo se mantenga unido al Libro, encontrará una respuesta, pero abren el Libro y no lo entienden.

Mois tuvo que reconocer que el rabí hablaba con la verdad.

–Un trabajo así me demandará diez, quince años de trabajo –dijo.

–Sí.

–¿Cómo actuaré ante las interpretaciones distintas y contradictorias que existen para un solo dictamen?

–Deberás decidirte por una.

–¿Bajo qué principios impondré un dictamen y haré desaparecer otro?

–Atente a las decisiones que se volvieron leyes.

–¿Y cuando no sea así?

–Dirime según tu conciencia.

–Pero el libro que resulte puede ser tan largo como el original.

–No, si dejas afuera las fuentes y las demostraciones.

–Eso implica borrar la tradición de la escritura instituida durante siglos por los sabios –se alarmó Mois.

–Eso te permitirá escribir en un lenguaje directo, sencillo y claro.

¡Ezra le pedía que con su mano desprendiera de los libros todo lo que más amaba; la belleza, el estilo, las discusiones, lo que

pensaron los sabios de antaño hasta llegar a él, las vidas dedicadas al estudio y a la escritura, las disquisiciones, las huellas que los maestros dejaron en sus discípulos! Y que haga todo eso en aras de la claridad. ¡Para que los ignorantes puedan cumplir con las leyes!

–Pero habrás salvado a nuestro pueblo. Lo mantendrás unido al Libro, cumpliendo con el Libro –le dijo Ezra.

Con esas palabras el rabí despidió a Mois. Dentro de unas horas comenzarían a llegar los que acudían a Ezra en busca de consuelo.

Esta noche no hay consuelo.

En el patio de la casa, el cuerpo de Ezra cuelga de una viga, los líquidos que escapan de la falta de vida caen en goterones al piso. Los soldados se turnan para custodiar el cadáver. El Juez ordena que mujeres y niños sean llevados a sus casas. Al cabo de varias horas, del cuerpo del rabí emana un olor ácido que se cuela por las narices de los soldados, provocándoles continuos estornudos. El Juez intenta convencerlos de que por razones de higiene les permitan lavar el cadáver. El oficial envía a un emisario a consultar a Palacio. Los más jóvenes consideran humillante pedir permiso. Temiendo que los soldados decidan dispersarlos y se produzca un enfrentamiento, el Juez se compromete con los jóvenes a encontrar una forma pacífica de convencer a la autoridad para que les permita enterrar a Ezra al final del día. Los rumores dicen que uno de los empleados del rabí abrió la puerta a los asesinos mientras el anciano se encontraba solo. El empleado sería un converso del barrio de Abbas. Surgen voces que exigen expulsar a los conversos de la comunidad de Fez.

Al final de la tarde Mois toca a la puerta de la casa de Abbas. Detrás de la cortina asoma un sirviente que lo conduce al jardín donde iba a celebrarse el matrimonio según las leyes judías, que el joven de Abbas, convencido por Mois, decidió acatar. Las columnas que sostenían la Jupá, el velo, los ángeles, el carro de Ezequiel, el hombre con cabeza de león, la casa, el Libro, yacen en el suelo, destrozados.

–No lo puedo creer. Nuestra propia familia viene y nos hace esto. –Se arranca los cabellos el dueño de casa.

–Ya ve lo que ocurrió –le echa en cara el joven de Abbas a Mois–. No hicimos más que cumplir con la Ley y su comunidad nos excomulgó. Mire lo que hicieron con la Jupá.

El joven lo sigue por el jardín.

–Yo tenía razón: no hay sentido. Usted y su teoría sobre los conversos es mentira. ¿Ve lo que sacó con su teoría? Arriesgamos la vida para preservar la religión, ¿para qué? Dígame.

Mois sigue caminando y el joven va detrás.

–Si la conversión no ofende a Dios y ante sus ojos continuamos siendo judíos, ¿por qué no se queda y se convierte como nosotros?

Mois podría contarle acerca de la misión que le encomendó el rabí Ezra antes de ser asesinado por los soldados, decirle que la escritura de este nuevo libro es más importante que el joven y que Mois. En ese momento la joven esposa se acerca y coloca las palmas de sus manos sobre los hombros abatidos del joven. Mois percibe la dulzura con la que su aliento se abre paso en los oídos cerrados del marido. A pesar de lo ocurrido, el joven se convertirá en un buen esposo y en un buen padre judío. La tradición está asegurada. ¿Por qué tiene la sensación de que no es suficiente?

De regreso en el-Bali se encuentra con que Daniel y el Juez empacaron sus pertenencias. Fez se convirtió en un lugar inseguro. Viajarán a Canaán, recorrerán los escenarios que aparecen descritos en las Escrituras, buscarán un lugar donde vivir hasta que las nuevas autoridades olviden las prohibiciones y puedan regresar.

Las murallas de Fez amortiguan sus pasos, los velos, sus rostros, y las callejuelas, sus sombras. La ciudad predestinada a la vida oculta queda con una palabra menos.

Belgrado. Canaán

Belgrado. Estación de trenes. Amanece cuando salgo de la estación a una calle comercial con edificios grises y somnolientos que me recuerda la calle Coquimbo en Santiago. Mi anfitriona me dio el teléfono de la amiga de una amiga que me alojará en su casa. Para tener una idea del valor de los billetes, examino los precios escritos en las pizarras y en los vidrios de los locales comerciales. No coinciden. En países afectados por la inflación suele ocurrir que la gente borre uno o más ceros confundiendo al extranjero que se guía por las cifras oficiales.

Los locales a medio abrir pertenecen a ese género de comedor, común a las estaciones, que vende masas horneadas o fritas, dulces y saladas, a bajo precio. Como las cocinas aún no funcionan, exhiben las frituras de ayer. Entro a un hotel venido a menos desde donde podré ver cuando abran el edificio de telecomunicaciones. En las paredes queda el contorno mugriento de los cuadros que permanecieron colgados toda una vida hasta que el régimen de Tito cayó y alguien dio la orden de quitarlos. Como nadie vino a colgar otros, quedó a la vista la sombra y el vacío.

Hay ciudades en las que desde el comienzo es posible ubicarse, saber en qué dirección está el centro o la zona turística. Aquí las calles y combinaciones me resultan desconocidas y solo al final de la semana lograré saber en qué dirección queda la estación de trenes, el bulevar Vojvode Mišića, la costanera, la zona antigua de Kalemegdan, y Zemun, que se convertirá en mi lugar preferido. Por ahora, una página en blanco.

Akko. El Juez, Mois y Daniel desembarcan en el puerto. En lugar de Abraham y Josué, de Sara y de Lea, en lugar de la estatua de sal y los dos peñascos de Jonatán como aparecen narrados en las Escrituras, se encuentran con embarcaciones que descargan mercancías, especias, armas, sedas. Por la muralla se empinan las cúpulas y capiteles de las numerosas iglesias. Las calles laten al paso de penitentes de todo el mundo, autoridades con sus séquitos, sacerdotes, caballeros venidos a menos, soldados, campesinos, prostitutas y vagabundos. Mientras Mois contempla el presente del Libro desfilar ante sus ojos, en otra ventana su hermano menor Daniel busca el pliegue donde ha de situarse un comerciante en piedras preciosas que necesita dinero para financiar la incertidumbre de su hermano mayor.

Dusina 23. El taxista me deja delante de un estrecho pasaje que atraviesa un terreno baldío con edificios oscurecidos por los males del tiempo. Los autos parecen haber sido arreglados varias veces, pero la pintura es escasa o demasiado cara y los abollones están emparejados con masilla, como el viejo Isaria del esposo de Moira. Se acerca una joven con anteojos, alta, maciza, el pelo rubio corto y un rostro que podría pertenecer a una niña o a un niño que se puso por travesura un largo y arrugado impermeable del que sobresalen unos jeans que arrastra al caminar. En vez de conducirme a la casa donde voy a hospedarme, me lleva a un café. Supongo que desea mostrarme el lugar donde acostumbra a desayunar. La joven S no ha estado en ese café antes. Ocurre que su amiga T aún está durmiendo y no desea despertarla. Me entero de que el piso en el que me alojaré pertenece a una mujer dormida.

Hefah. El Juez, Mois y Daniel se encuentran con que la gente les advierte que los caminos están repletos de soldados y asaltantes.

Deciden disfrazarse de tres peregrinos que se dirigen al Santo Sepulcro. En el día duermen en cuevas, por la noche vuelven al camino. Los escenarios que aparecen en el Libro hoy son ruinas, pobres, secas. La gente del país no solo es pobre materialmente, también de espíritu; desconocen la cultura de Occidente y la de Oriente. No existe una escuela o lectores, no hay huellas de que aquí sucedieran las historias como se cuentan en las Escrituras. Mois creyó que al llegar a Tierra Santa encontraría los vestigios de lo escrito. Por más atención que pone, nada es digno de una segunda mirada.

Dusina 23. Durante el régimen comunista las dependencias del primer piso de los edificios de Belgrado se destinaban al portero, a guardar la leña o herramientas. Cuando cayó el sistema, estas dependencias ganaron un inesperado dueño que las convirtió en pequeños departamentos; su cercanía con el centro interesó a estudiantes y artistas que pagan poco por una pieza húmeda y oscura. Anoche llovió y es necesario vadear una laguna para llegar hasta la puerta de entrada. S coge la llave que guarda en el medidor del agua y me invita a un minúsculo vestíbulo habitado por zapatos viejos e inservibles, botas de agua, paraguas rotos y gorros. Cambio mis zapatos húmedos por las zapatillas que me señala. El cuarto de la derecha está cerrado. El de la izquierda es pequeño y sombrío. Por todas partes hay ropa tirada, tanto o más arrugada que el impermeable de la joven. De la pared sobresale una cama en altura a la que se accede por una escala de cuerda. Las colillas de cigarros no solo llenan los ceniceros, cualquier recipiente del tamaño de una tapa de gaseosa sirve para olvidarlas, como olvidaron el polvo, las telarañas, las tazas, los envases de papas fritas, los mendrugos. Todo ha echado raíces.

Kefar Nahum. El Juez, Mois y Daniel se encuentran con que solo viven allí tres familias acompañadas por unas cuantas cabras y unos raquíticos olivos. Los habitantes no muestran curiosidad por los cordobeses y vuelven el rostro cuando Mois les aconseja extender una tela para detener el viento. Han venido plantando olivos contra el viento desde el Libro. Por un lado, la fe; por otro, la razón. Por un lado, la teoría; por otro, la práctica. La vida divina y la humana.

El Danubio. Donde debiera estar la calle Dzordza hay una palabra en cirílico. Busco una letra que se parezca al nombre del mapa, resulta demasiado inseguro. Si avanzo dos cuadras, tendría que toparme con la plaka Bajlonova. Llego a una plaza. Podría ser que la k fuera una z. En ese caso estaría en la Bajlonova; siguiendo por Cara Dusana a lo largo de diez cuadras, al doblar a la derecha, llegaría a Dorçol. No sé qué hago mal. Los vecinos compran, como en Chile, los huevos, el aceite y el azúcar para el día. Un hombre señala que Dorçol está del otro lado de un paso bajo nivel. Del otro lado entiendo su extrañeza por mi pregunta. En el puerto solo hay cargueros y está prohibido el paso. Camino a lo largo del muro de concreto que según el mapa bordea el Danubio. En vez del río aparecen bloques de apartamentos con el estuco caído y las escaleras chuecas. Pasa un obrero en bicicleta, amarrado al fierro lleva un bolso con herramientas. Cada vez que intento ir a los lugares que aparecen en los mapas turísticos, accedo por una puerta trasera o que se dejó de usar. Me pregunto si tendría que regresar e intentarlo mañana. Decido seguir hasta la curva y me encuentro con un sitio eriazo que baja en la dirección al lugar donde debiera hallarse el Danubio. Una mujer joven con el pelo revuelto que, ahogada en su departamento, salió a pasear con su hijo contesta con desgano las preguntas infantiles, concentrada en fumar. El descampado avanza entre dos grupos de bloques que no tienen interés en reclamar el espacio público. Es notorio que la comunidad apenas logra administrar los servicios. El estado de los

departamentos no se condice con la vista que poseen hacia el ancho brazo del Danubio y sus islas. Cuando llegue el negocio inmobiliario, no habrá más sitios eriazos o vecinos que estén en la costanera como si se hallasen en el almacén de la esquina a la espera de comprar el aceite, el té y el azúcar del día. Con las ropas arrugadas y la piel hinchada por una prolongada inactividad o insomnio, despeinados y sin afeitar los hombres, con restos de pintura las mujeres, el cigarro colgando de los labios, hipnotizados por el vaivén de las aguas, me pregunto si lo que estoy viendo es la realidad o una sombra.

Cesarea. El Juez, Mois y Daniel se encuentran con un exacerbado ímpetu de pureza que inclina a la gente a hacer abluciones como los musulmanes. Los rollos de la Ley no se escriben con tinta indeleble y la disposición de los pergaminos en los tefilín es distinta. Mois toma nota. En algún momento se hará necesario unificar el culto.

Kalemegdan. El mapa indica que si subo la colina, hallaré Kalemegdan y, derecho, la estación de trenes. En ambos lados de la avenida Nemanjina se levantan edificios públicos bombardeados durante la guerra. Cada vez que los habitantes de la ciudad van al banco, a comprar un pastel o un lápiz, a juntarse con un amigo o una novia, a leer en la plaza, comprar ropa, carne o mandarinas, pasan a través del bombardeo. Bordeo la laguna y saco la llave oculta en el medidor de la luz. Mientras me cambio los bototos de punta cuadrada por las zapatillas, noto que la puerta del cuarto de la derecha está abierta. Por entre las hojas asoma la imagen de una mujer de cabello negro largo que desde el taburete del piano me observa.

Caco. El Juez, Mois y Daniel no encuentran habitantes. Mois dibuja

las plantas que desconoce con la intención de preguntar sus nombres.

Centro de Belgrado. Nunca antes vi fumar como aquí, lo mismo en la casa que en la calle. Como han prohibido fumar en los trenes y en los autobuses, las personas prefieren no viajar. Es tan fuerte el hábito que, al entrar a una habitación, primero arrojan sobre la mesa la cajetilla de cigarros y el encendedor, después se saludan.

Los restoranes no tienen letrero y mantienen las cortinas cerradas o pintan los vidrios. Da la impresión de que a los nuevos ricos les avergüenza que desde la calle los vean comer.

Lod. El Juez, Mois y Daniel encuentran a un judío, es tintorero.

El Danubio. Ramas, botellas de vidrio y de plástico, tablas, neumáticos, cañerías, pañales. Años atrás, dicen los libros, desde Rumanía bajaban animales, casas, iglesias y vírgenes.

Sebastia. El Juez, Mois y Daniel no encuentran judíos.

Dusina 23. Las paredes interiores del inodoro tienen restos de caca. Hay hongos en la tina y las llaves filtran agua. Por todos los rincones del baño donde es posible apoyar alguna cosa, encuentro frascos de champú casi vacíos que me recuerdan a *La madre* de Sholem Asch. En épocas en las que no había qué comer, cogía la olla

heredada por la madre de la madre de su madre, le ponía agua y la hervía. Al cabo de algunas horas el líquido removía el sedimento de las sopas que por generaciones se cocieron en esa olla. Las mujeres que viven en Dusina 23 hacen el milagro con el champú.

El cuarto de la derecha está abierto, el techo parece más alto que ayer, más alto que el del taller de la calle Coquimbo. Hay un piano de cola, un ropero de seis cuerpos y una mecedora; por todas partes, ropa, colillas, tazas sucias, envases vacíos de papas fritas. Arrimada a la única ventana por donde entra la luz del patio, una mesa de dibujo, una antigua computadora Macintosh y lápices. En la estantería de madera, *Las olas*, *Días enteros en las ramas*, *En el balneario*, *Las flores del mal*, *El arte y la muerte*, *Las hijas del fuego*, *El bosque de la noche*, son los libros que comparten el sueño de la mujer del piano.

S y T insisten en cederme la cama de la habitación del piano. Ellas compartirán la que está en el entrepiso de la habitación sombría y pequeña que da al baño y a la cocina donde no hay un plato o servicio limpio. Suben por la escalera de cuerdas la ropa que está tirada en el suelo para que permanezca tirada en la cama. A pesar de su hospitalidad (estoy segura de que fue idea de T cederme su cama y frazadas), T se relaciona conmigo desde un discreto segundo plano. Ignoro si se toma un tiempo hasta sentirse en confianza o el misterio forma parte de la seducción. Mientras que con S no puedo dejar de ver la ropa sucia, cuando está T me resulta imposible apartarme de su voz. Bajo uno de sus ojos tiene una sombra azulina, debe de tratarse de un reflejo. Según me explica S, T no habla bien inglés.

—*Parlez-vous français*?

Le digo que algo entiendo. Entre ellas hablan una mezcla de esloveno y serbio que luego S traduce al inglés. La voz de T resulta tan ondulante que, aun cuando no comprendo, siento que su relato es para mí y esa distinción me mantiene cautiva en lo inteligible. Su familia, dice S que cuenta T, emigró a París por las dificultades que tenían en Belgrado. Cuando le pregunto a S a qué dificultades se refiere, indica que políticas, pero hay algo que no traduce. La familia vivió unida mientras el padre trabajó como arquitecto en París. Tras

su muerte volvieron a Belgrado. Posteriormente, la madre regresó con algunos hijos a París, donde al parecer continúa viviendo. Es imposible confiar en la precisión de S. T se quedó en Belgrado hasta el final de la guerra civil, pero se le hizo imposible sobrevivir y emigró a París hasta que algo volvió a ser imposible y regresó a Belgrado. Aquí imparte clases particulares de francés y estudia para el examen final de arquitectura. Apenas reciba el título, irá a vivir con su gemela en París. Teniéndolo tan claro, le es imposible concentrarse en el proyecto de título y hace dos años que malvive impartiendo clases particulares de francés mientras espera un milagro para que la tesis se concluya por sí misma.

–Siempre tengo la cabeza en otra parte –me explica.

Le pregunto cuál es ese lugar. Lo ignora. S menciona París, pero desconfío de su traducción. La sombra azulina no es un reflejo, tal vez se pintó el ojo para provocar. A pesar de la despreocupación con que viste, es ropa de buena calidad que debió de comprar en París y se ha estropeado. Tampoco es pintura lo que tiene bajo el ojo. S me dice en inglés que está así a causa de un mal novio, pero lo dice ella, no T. Por la forma como atesora su dolor, se trata de una herida antigua; extraída la parte mortal del veneno, ahora queda un dulce vaho. Recuerdo haber leído en internet el relato de una mujer que vivió los bombardeos de la OTAN sobre Belgrado: miedo de cruzar puentes, miedo de las alarmas, miedo de los sonidos, de la noche, del fuego en el cielo. Le pregunto a T. S me cuenta que T sentía más temor del comportamiento de la gente en los refugios y apenas sonaba la alarma se largaba a caminar. Una noche se encontró con un perro que la acompañó hasta la madrugada y la siguió a casa. A la noche siguiente, cuando sonó la sirena y la gente bajó a los refugios, el perro apareció en la puerta y caminaron juntos. Así hicieron todas las noches durante el bombardeo.

Sekem. El Juez, Mois y Daniel encuentran la supuesta tumba de José. Mois deja sobre ella tres piedras. La anciana samaritana que

les guía asciende con la intrepidez de una cabra mientras recita el origen de los samaritanos. El Libro dice que, después de haber asesinado a los judíos de Sekem, los fariseos poblaron el lugar con extranjeros de diferentes países y de esta unión nacieron los samaritanos. La anciana está convencida de que ellos son un pueblo originario y, como en el Talmud aparece lo contrario, se orienta únicamente por los cinco primeros libros de la Torá.

El pequeño templo al fondo del valle ha sido levantado con piedras sin labrar, como el que existía en tiempos de Josué. Da la impresión de que en la cima del monte Garizim están reunidos los personajes excluidos del Libro. Al altar sube un ciego que, acompañado de un joven flautista, desafina con su voz chillona. Les toca el turno a una mujer y a sus tres hijos. No podría decir cuál voz es más destemplada. Pasan adelante cuatro hermanas, un matrimonio de ancianos, laúdes, tambores, flautas. Entre las fieles de la primera fila asoma una mantilla de encaje fabricado en las hilanderías de Baeza. Pero lo que atrae la atención de Mois es la piel de la mujer: solo una vez sus ojos contemplaron una blancura igual. Cuando la ceremonia termina, la mujer de la mantilla voltea. La mano de Daniel aprieta el brazo de Mois. Es Helena, la hija mayor de Ergas. Afuera los espera Josefo.

Dusina 23. Mi anfitriona en Eslovenia me regaló una petaca de aguardiente artesanal. Creyendo que será del agrado de la joven S probar el alcohol tradicional de su país, le pregunto si desean beber. Me contesta que está prohibido el alcohol en la casa. Por la noche las escucho discutir en la cama de altura. Despierto con un sabor amargo. Todo el cuarto, incluidas las sábanas, está impregnado por el humo de los cigarros que llevan años fumando. Examino la ventana cerrada, durante años el aire ha sido el mismo.

Pregunto a la joven S por qué está prohibido beber en la casa. Me dice que T es alcohólica. La semana anterior tuvo convulsiones. Cuesta creer que la delicada mujer que me observa desde el taburete del piano beba una botella de vodka en un par de horas. Hace unos meses incendió la cama con un cigarro. Para los demás se trató de un accidente. S sabe que estaba ebria. El día de mi llegada S le presentó a un hombre que siguió un tratamiento para

dejar el alcohol. T entra al cuarto y cambiamos de tema, la sombra azulina es el resultado de una caída. Como si hubiese percibido que hablamos de su mancha, T enciende la computadora y me enseña unas viñetas que dibujó. Las historias cuadro a cuadro trastocan sutilmente la realidad, haciendo aparecer sus fisuras. Le pregunto por qué no las ofrece a un periódico. T no da signos de haber escuchado:

–Este me quedó bonito, ¿te gusta? ¿O prefieres este? Si tuviese una computadora de verdad podría hacer tantas cosas.

Desde el borde de la cama S escucha a su amiga mostrar la obra que tan bien conoce. La admiración desborda sus ojos. Algunas tardes la he sorprendido con deseos de escribir, pero la contemplación de la melancolía de T no encuentra resistencia en S o en mí.

Camino por la Takovska, me topo con el bulevar Kralja, sigo hasta el cruce y tomo la Decanska, atravieso la plaka de la Republike y desemboco en la calle peatonal que conduce a Kalemegdan. Resulta asombroso caminar teniendo en cuenta las irregularidades, hoyos, parches, soleras rotas o hinchadas.

La gente ofrece sus pertenencias en las calles estropeadas. Una vez que han vendido lo que tiene valor comercial, estiran el brazo para alcanzar lo que hay en el fondo del cajón.

Timna. El Juez, Mois y Daniel atraviesan los impresionantes farallones de roca arenosa del cañón del Cobre. Se detienen a descansar en los restos de una antigua mina explotada hace seis mil años por los egipcios. Josefo no ha cambiado. En todos estos años sus amigos engordaron, y él mantuvo su inquietante vitalidad. Ha comprado los yacimientos de cobre de los alrededores. Con el dinero que obtenga de la venta, adquirirá tierras para los judíos

perseguidos que vendrán de todas partes del mundo. Se vanagloria de tener a un grupo de inventores de Alepo trabajando en un sistema de riego para subir agua del manantial hacia las montañas, donde muy pronto crecerán naranjas y vides.

–Ya verán. Cuando menos se espere, seremos mayoría y nadie podrá expulsarnos. Esta tierra es nuestra –exclama abarcando la inmensidad–. Dime, primo, ¿qué han hecho los estudiosos para que nuestro pueblo pueda regresar? Esta es una posibilidad real.

Mientras Josefo así habla, sus empleados originarios del lugar permanecen inmutables como si las locuras se las llevara el aire.

–Me extraña que siendo un incrédulo creas en la existencia física del escenario donde transcurre la historia del Libro –lo contradice Mois.

–Para todo tiene respuesta –masculla Josefo con una sonrisa de benevolencia.

Y da la orden a sus empleados de traer los camellos para emprender el regreso a la casa donde vive con Helena.

Dusina 23. Me pica el cuerpo. Las sábanas dejan salir en la noche el humo de los cigarros que se fumaron durante el día. Temprano por la mañana escucho a S llamar en voz baja a T para recordarle que en una hora más tiene una clase particular. Bastaría que alzara la voz o la remeciese suavemente para despertarla, pero tanto como ansía que la otra cumpla con su trabajo, tampoco desea ser abandonada, y se contenta con susurrar su nombre confiando en que el azar decida. Paso un largo rato sin escucharla, me pregunto si se habrá vuelto a dormir o la contempla en silencio. S pronuncia el nombre de T por última vez. Una lección menos.

Por la tarde percibo un silencio poco habitual. En el cuarto de la derecha encuentro a T sentada en una silla y a S detrás peinando su largo cabello negro. Se lo han lavado.

Centro de Belgrado. Abundan los locales que compran y venden moneda extranjera, la economía se sostiene con las divisas que los de afuera envían a los de adentro. En las vidrieras se ofrece un pastel de masa horneado, relleno con carne o verduras. Es barato en comparación con un plato de comida. Lo entregan en una bolsa de papel. Las manchas de aceite en la ropa obedecen al roce de los dedos pringados de aceite.

Zemun. Cuando no estoy en la costanera o en Kalemegdan, tomo un autobús que atraviesa el puente, el bulevar Mihajla Pupina, la ciudad nueva planificada por los comunistas para satisfacer las necesidades de los trabajadores, con avenidas anchas para automóviles económicos. El autobús rebasa las calles y bulevares desiertos, los edificios parecen abandonados al igual que los centros comerciales y las plazas. Al llegar a Zemun avanzo por una estrecha avenida con aire provinciano en la que abundan las casas de madera de dos pisos, como en las calles de Achao, en Chiloé. La gente tiene por costumbre pararse a beber una copa de aguardiente. Me siento en la orilla que acostumbro a contemplar cuando estoy en la costanera, del otro lado del Danubio, y sigo el refrán: donde estés haz lo que ves.

Ayalón. El Juez, Mois y Daniel caminan por el lugar donde en el Libro Yahvé desbarató a los enemigos de Israel. Ahora es llamado Valle de la Luna. En este lugar, junto al manantial de Ein Netafim y a los pies del risco, Josefo ordenó levantar la lujosa morada que construyó con la dote de Helena.

El Juez observa aliviado que la pareja respeta los preceptos religiosos y nada dice de la participación de Helena en el ritual samaritano. La mujer confunde el silencio del Juez con una muda aprobación y se muestra tan solícita como si de su padre se tratara.

Sus ansias de brindar la mejor hospitalidad a sus huéspedes se enfrentan a la permanente abulia de sus empleados. Helena no ve incompetencia sino mala intención, y a la empleada que premia por la mañana la ofende por la tarde, diciéndole las peores cosas.

Durante el día rocían las habitaciones con esencia de azahar para disipar el olor a encierro. En los jardines de Córdoba es común encontrar azahares. Su fragancia se diluye entre los aromas del jazmín, el tomillo, las glicinas, aquí se vuelve atosigante. El Juez sugiere a un empleado que sería conveniente abrir las ventanas para renovar el aire. El joven lo mira asustado:

–La señora lo tiene prohibido. Si una ventana queda abierta, las habitaciones se llenan de polvo.

Las ventanas están selladas por fuera y los empleados deben sacarse el polvo cada vez que entran a la casa, los dormitorios son barridos varias veces al día.

Al regresar de una caminata –Mois procura pasar la mayor parte del tiempo en el exterior con la excusa de las interesantes hierbas y flores– se encuentra con que a Helena le robaron un brazalete. Los empleados niegan cualquier responsabilidad. Helena los insulta, amenaza con despedirlos, les enrostra su falta de gratitud. Josefo hace girar su dedo índice alrededor de la sien. Helena le reprocha que, si no va a ayudar, al menos se ponga de parte de ella.

Antes de la cena Mois ve el brazalete extraviado en la muñeca de una empleada de cabello largo y oscuro que trabaja en la cocina. Es imposible que Helena no haya visto que entre las sencillas vestiduras de la misma empleada asoma una mantilla, un collar, un pendiente que solo puede provenir de su armario.

Esa noche Helena se muestra especialmente irritable. El calor no ha levantado cabeza en todo el día. En los meses que llevan caminando por el país, no han podido evitar que el sol los manche. La piel impoluta de Helena revela una violenta obstinación. Josefo no lo hace mejor, da la impresión de que aguijonear a su esposa es una de sus entretenciones. Al levantarse de la mesa para ir a la galería donde beberán el licor y comerán los dulces, Helena pasa a llevar una copa. Furiosa, ordena a los empleados retirar todas las copas y

quebrarlas. Bajo sus imperiosas órdenes, los empleados reemplazan las copas, la botella de vino, el agua y la limonada.

–Hemos tenido tan poco tiempo para compartir –protesta Helena ante Daniel.

Sus palmas recorren la frente del joven. Daniel espera a que esos dedos pálidos lleguen a la altura de sus ojos para abrirlos y mirar a través de ellos.

–Helena, la bella y sensible Helena. No sufras, hermanita.

–Debí haber abandonado mis tareas para pasar todas las horas en tu compañía, soy una tonta.

Daniel toma a Helena por la punta de sus dedos y la atrae hacia él.

–Esta casa me da tanto trabajo.

–Vamos –la alienta el joven soplando su frente.

Helena no ha olvidado el juego, pero teme que los empleados puedan verla y le falten el respeto.

–No sabes cómo es, basta que te despreocupes para que algo se venga abajo. Dicen que es la influencia del mar Muerto. Esta gente cree en cualquier cosa que le digan. Le preguntes lo que le preguntes, siempre tendrán una respuesta.

–Helena, Daniel, hasta cuándo los vamos a seguir esperando.

Josefo los llama a jugar.

–Competirán el Juez contra Daniel y Helena contra mi primo. Los ganadores se enfrentarán al final –ordena.

Al enterarse de que Mois será su rival, Helena baja la mirada. Si él no juega, como es su sincero deseo, se sentirá ofendida. Todo el polvo del mundo no logra borrar de los ojos de Helena la deuda que Mois no recuerda haber contraído con ella. Josefo le contó antes de que huyeran de Córdoba que la hija mayor de Ergas lo admiraba y sufría porque Mois no la encontraba digna de él. Qué bien se estaría si abriesen las ventanas, piensa Mois al verla.

El Juez se retira a dormir después de ganar a Daniel. Josefo se opone. Si el anciano los deja, ¿con quién va a disputar al ganador que resulte de la partida entre su esposa y su primo?

–Padre está cansado, no me parece correcto que quieras obligarlo a jugar por un capricho –le recrimina Helena.

El reproche en público fastidia a Josefo.

–No soportas que todo lo que hago me resulte.

–¿Por qué no disputar la final contra el dueño de casa? –aporta Daniel, conciliador.

La idea no resulta indiferente a Josefo; si bien su primo y Helena son dignos contrincantes, no cree que estén a su altura. Obsesionado por el desafío, le parece que la partida tarda demasiado. Para apurar el tiempo cuenta que traerá una máquina para fabricar aceite de oliva. Daniel le pregunta ingenuamente cuándo la recibirá.

–¿Les he contado que estoy en tratativas para adquirir un barco? Lo necesito para transportar cobre a Amberes, Colonia, Burdeos, Roma. Me convertiré en el mayor proveedor de metales, porque también extraeré malaquita y calcocita. Se preguntarán cómo voy a hacerlo. Importaré una máquina trituradora desde Damasco.

El sonido de las cuentas al pasar por entre los dedos de Josefo desconcentra a Mois. Sobre un pequeño atril descubre el *Manual de astronomía* que le dio a Helena antes de irse de Córdoba. La joven quería estudiar filosofía y él le mandó con Josefo un manual básico. Allí está la mirada de ella, nuevamente, como si fuese su culpa la vida que lleva en ese desierto con Josefo.

Helena ha esperado toda la noche a que Mois manifieste su admiración por la biblioteca que se empecinó en reunir en un lugar aislado como aquel. ¿Acaso Mois no se quejó de que en el país del Libro la gente no lee? Ella no ha olvidado las lecciones que él impartía en la casa de estudios en Córdoba. Las palabras tienen fecha, lugar de nacimiento, familia, niñez, memoria y emoción. Por eso decimos que una frase, la más simple de todas, congrega tantos significados como los que puedan ser leídos. Helena recuerda cómo los niños levantaban la mano para revelar el verdadero significado de la frase: un corazón bondadoso quiere decir que amamos a madre y padre, un día claro quiere decir un alma iluminada por Dios. Al irse acercando la pregunta a Helena, su nerviosismo iba en aumento. La joven poseía la facultad de ver, no más lejos o más amplio, sí detrás de las apariencias. Su madre decía que esta hija suya la asustaba. Tal vez por eso su padre dispuso que Helena

abandonase los estudios para criar al hermano recién nacido. Conociendo el interés que la joven demostraba por la lectura, Daniel se comprometió a interceder ante Mois para que le pasara lecturas a escondidas. Tanto le insistió Daniel que a Mois le tocó explicarle a Helena que la decisión de su padre se basaba en una razón justa: era la única de las hermanas que podía hacerse cargo del bebé recién nacido mientras la madre se recuperaba del parto. Ante esos ojos negros como un pozo sin fondo, Mois le habló de las mujeres del Libro que tuvieron la misión de velar por la continuidad de la familia, y se comprometió a llevarle libros para que estudiase en casa. Helena esperó años a que Mois la liberara a través de la lectura. Cuando se dio cuenta de que ese día no iba a llegar, decidió casarse con Josefo y salir de su casa.

A Josefo le toca jugar contra Helena la final. Ella comienza ganando. Josefo se mantiene tranquilo pero la suerte lo salta. Al mirar la biblioteca de su esposa, se le ocurre que bien podría fundar un taller de copistas y de cada volumen encargar cuatro o cinco copias, así llegaría a vender varias veces la biblioteca completa. Se le ocurre transportar los volúmenes en la nave junto al cobre, la malaquita y la calcocita, las naranjas, las aceitunas, el aceite.

–¡Es fantástico! –se exalta.

Aun cuando Helena sabe que su esposo jamás llevará a cabo los negocios que tiene como afición imaginar, Josefo gana su primer punto en el juego. El cambio de suerte lo induce a ir más allá.

–¿Y si nos dedicamos a la compra y venta de libros, querida? Sería un excelente negocio.

–No pondrás un solo dedo sobre mis libros –estalla Helena.

Josefo avanza cuatro casilleros de una sola vez.

–Voy a hacerte una confesión, primo.

Helena reconoce el tono que Josefo usa para herirla.

–Mi mujer cree que eres un profeta.

–Qué dices –lo encara Mois, enojado.

Josefo está encantado con el cariz de la partida.

–Pero ¿qué ocurre con vuestro sentido del humor? Ahora en serio, primo, se dice por ahí que si Dios estuviese con nuestro pueblo, ya habría enviado un profeta para ayudarnos a salir adelante.

Mois no cree que Josefo esté interesado en los profetas.

–En estos momentos lo único que podría salvarnos es un profeta y la gente lo sabe –continúa Josefo.

–¿Crees acaso que es posible acostarse no profeta y levantarse profeta? –se burla Mois.

–Creí que Ezequiel, Job, Josué eran hombres del pueblo. Pero, en fin, lo que me interesa es saber cómo se reconoce un profeta. Te lo pregunto porque es necesario estar preparados para desenmascarar a los falsos que pueden aparecer.

–Tres clases de perfección se necesitan para recibir la iluminación profética: perfección de la mente, del carácter y de la imaginación.

Josefo bosteza.

–Si no me equivoco, hay una profecía que debía cumplirse por estos días –sugiere.

Siendo niños, Mois le confió a Josefo que su familia mantenía un secreto transmitido de padres a hijos desde la destrucción del Templo: un profeta volvería al mundo en el año 1146. Eso debía haber ocurrido cuando Mois cumplió trece años. Josefo saca el tema a propósito para demostrar a Mois que, por más años que estudie, su inteligencia y sus virtudes fracasaron ante su falta de imaginación. ¿Estará pensando convencer a los judíos refugiados que piensa traer a vivir aquí que un profeta le reveló que debían trabajar la tierra para él?

–Un profeta no escoge, es Dios quien lo escoge –le advierte Mois.

–¡Hiciste trampa!

Helena acusa a Josefo.

–Pobrecita, cree que todos le hacen trampa.

–Vi cuando moviste la ficha.

–Deliras.

–Mientes.

La esposa de Josefo busca en Mois la confirmación de su sospecha. El cordobés desvía los ojos. Helena comprende que el hijo mayor del Juez jamás verá los esfuerzos que ella hace por mantener la higiene, la huerta, la lucha diaria que sostiene para que los empleados no roben. Lo más fácil sería despedirlos, pero sus hijos morirían de hambre; aun sabiendo lo que arriesgan, continuamente

ofrecen motivos para ser despedidos. Si Helena no lo hace es por los pequeños. Al tenerlos cerca puede enseñarles valores que los harán distintos a sus padres. Algunos empleados son tan ruines que convencen a sus hijos de pedir comida, dinero y vestidos a su ama a cambio de estudiar las letras. Ella finge que no se da cuenta. ¿Y Josefo? En vez de acumular riquezas, invierte lo que tiene en crear trabajo para quienes huyen de la persecución. Nada de eso tiene valor para Mois. Helena recuerda la primera noche que pasó en aquella casa, los empleados dormían en el patio y Josefo estaba de viaje. Cuando despertó era medianoche; podía desgañitarse gritando, nadie acudiría a su llamado. Y entendió la vida que iba a venir, su soledad.

–Si te retiras ahora, tendré que declararme vencedor –desafía Josefo a su mujer.

–A pesar de tus trampas, tienes miedo de que te gane –le responde ella.

–No les he contado la labor que hace mi esposa con nuestros empleados.

Josefo aprovecha para avanzar dos casilleros.

–Enseña a las mujeres a cocinar alimentos en forma nutritiva y a mantener la higiene en sus casas. Todo eso está muy bien, pero obligarlos a estudiar todas las tardes un pasaje del Libro para después repartirles pan ázimo...

Helena fue una ingenua, Josefo nunca aceptará que sus méritos puedan estar por sobre los de él.

–Por supuesto, el pan ázimo proviene de mi bolsillo, pero lo más divertido es que mi esposa espera convertirlos.

–No es verdad –exclama Helena.

El Juez acordó con Josefo que, apenas se forme una colonia judía en Ayalón, Helena dejará de ir al templo de los samaritanos, pero esto es completamente distinto: Josefo con sus importaciones, Helena enseñando la Ley a los infieles. Están a un paso de falsificar el Libro, piensa Mois.

–¿Y qué método es el que usas para enseñarles a leer? –le pregunta Mois a Helena, convencido de que si la acusa solo conseguirá encender su rebeldía.

Helena no creyó necesario un método para enseñar la Ley.

–Claro que hay un método –la fulmina Mois–. ¿Crees acaso que cualquiera puede oficiar de maestro? Si así fuese, el Libro ya estaría desvirtuado.

–Desde muy niña... –susurra Helena.

A Daniel le apena el abatimiento de su amiga.

–Desde muy niña... –continúa ella– aprendí que existe el bien y que una niña judía va a decidir siempre por el camino del bien. Parece sencillo y así lo fue, hasta que a los trece años me abrieron los ojos a la existencia de un segundo camino que conduce al mal. –Helena aspira una bocanada de aire caliente–. A partir de ese momento, ante cada paso que daba, veía aparecer ese otro camino. Yo sabía lo que debía hacer para ir por el camino del bien, pero, por más que me adelantaba, el otro camino siempre llegaba hasta mí. Noches enteras no pude dormir del miedo que sentía ante la posibilidad de que alguien se diese cuenta de que, sabiendo dónde estaba el bien, mis ojos voltearan hacia el otro camino. Ahora ya no temo.

Agobiado por la espesura del aire, Mois se acerca a la puerta que da al jardín con la intención de abrirla y respirar.

–¿Estás diciendo que no le temes a Dios? –le pregunta.

Helena baja la mirada.

–¿Desde qué lugar te atreves a hablar? ¿Desde estas minas que tu marido y tú queréis explotar para llenaros de dinero? ¿Desde el lugar de las joyas, que no dejan espacio libre en tus manos y cuello? ¿Desde el baño de agua caliente? –los increpa Mois.

–Las joyas sí, pero el baño caliente... –advierte Josefo.

–¿Cuántas veces al día sustraes tu mente de las cosas cotidianas para volcarte a Dios? ¿Cuántas? –le pregunta Mois a Helena abriendo por fin la ventana.

Una ventolera empuja el polvo del desierto hacia el interior del aposento, borra los dibujos de la alfombra, los mosaicos del piso, las patas de las sillas, los libros. Sobre Ayalón cae una soledad abismal, la del renegado que no tiene tierra ni palabra. Helena se llena de lágrimas. La biblioteca se vuelve pretenciosa y vacía. Las cosas nunca van a cambiar. Para Mois, sí cambiarán, para mí, no, piensa

Helena. Aprovechando que no es observado, Josefo hace avanzar la ficha hasta el triunfo y el polvo de los que vinieron antes cubre sus pies.

A la medianoche Mois sale al jardín y se detiene a aspirar el aroma de las mandarinas. Un sonido que viene del último patio, donde tienen habitación los sirvientes, despierta su atención. El llanto que en un principio le pareció humano se asemeja al de un animal herido o hambriento. Busca la cabaña de donde proviene. Un trozo de tela como el utilizado en las cortinas de la casa cubre la entrada. Pasa por debajo. La habitación está alhajada con los restos de la casa principal, objetos que se rompieron, pasaron de moda o simplemente desaparecieron. Sobre la mesa, las copas que Helena ordenó romper, la botella de vino abierta, el jarro con limonada, la bandeja con pasteles. Mois tiene la impresión de que alguien intenta respirar y la imposibilidad de hacerlo produce un sonido que antes confundió con un grito. Es extraño que los empleados en los otros cuartos no se hayan acercado a prestar socorro a la mujer, porque el sonido solo puede venir de la garganta de una mujer. La segunda habitación no tiene ventanas y sus ojos deben acostumbrarse a la oscuridad. Sobre el camastro yace la sirvienta de pelo largo y negro que lucía en su muñeca el brazalete de oro sustraído a Helena. El gemido proviene de la mujer que está junto a ella, bajo la sábana. La sirvienta mueve su brazo acompasada y lentamente por debajo de la tela acariciando el cuerpo de la otra.

–Ya va a pasar, tranquila. El mundo es malo con mi princesita, pero yo estoy aquí para que nadie le haga daño. Tranquila, va a pasar, ya pasó.

La piel impoluta que la mano acaricia es la de Helena, el grito es su gozo.

La noche anterior Mois acordó reunirse con Josefo en el farallón para ver uno de los fenómenos más bellos del Levante: la aparición del sol por el desierto. Josefo le cuenta acerca de los negocios que imaginó por la noche.

–¿Helena ha visto a un médico? –lo interrumpe Mois.

–Nos dijo que está todo bien, pero nada sucede.

–Es difícil si pasas la mayor parte del tiempo viajando.

–No puedo desatender mis negocios, menos ahora que debo recibir el barco y las máquinas.

Los negocios que nunca va a concretar, piensa Mois, y, colocando su mano sobre el hombro de Josefo, le ordena que la preñe.

Dusina 23. T aceptó ingresar al programa de alcoholismo. El centro exige que otra persona participe del tratamiento. S decide ser esa persona. Cuando le expreso mis dudas respecto de su juventud, me dice que las relaciones humanas son más importantes y esta es una oportunidad para probarlo. Le sugiero que de todas formas avise a la madre o a un familiar. Dice que T no cuenta con su familia. Le hago ver que el tratamiento implicará permanecer con ella las veinticuatro horas y no tendrá tiempo o tranquilidad para escribir; si le prohíbe beber T se convertirá en su enemiga. La joven S me dice que entonces habrá tenido una experiencia de la que escribir. T la llama desde el otro cuarto. S se abalanza sobre mí y me abraza.

Más tarde la veo colgar las prendas que mandó a lavar en un cordel tendido entre los muros de la habitación. Incluso así, es más la ropa tirada en el suelo. Por las mañanas las oigo reír y pelear. T intenta que S vaya a comprar pan y leche. S no quiere dejarla sola, pero obedece. T se traslada a su pieza para trabajar en el proyecto de título que no puede terminar para marcharse a París, donde no se marcha.

S me invita a tomar una cerveza. Le pregunto si T nos acompaña. S la invita. T pone como condición beber. Convenimos en que será una sola cerveza. S me advierte que T está pensando en una botella de un litro y se hace necesaria una enredosa negociación para que prometa tomar una pequeña. Nos disponemos a salir cuando caigo en cuenta de que mañana irán por primera vez al centro de rehabilitación. S comparte mi idea de que no puede beber. T alega

que será la última. El eco de sus voces me llega desde el otro cuarto. T busca cautivar a S. Grita, llora, gimotea, exige, suspira, suplica, discuten, ríen, lloran, hacen planes, sueñan. Las escucho salir de casa. Temo que hayan ido al bar. El olor a cigarro de hoy es mayor que el de ayer y el de anteayer. Voy hacia la ventana y la abro.

–Has roto el espíritu de la casa –exclama T sobrecogida.

Han vuelto cargadas de golosinas.

Los encargados del tratamiento de rehabilitación no quisieron escuchar las razones que T tiene para beber. Le solicitaron una lista de papeles de la seguridad social y le ordenaron presentarse la próxima semana. Los días que llevo aquí jamás la vi beber o sorprendí en su boca aliento a alcohol. La única prueba de su alcoholismo es la palabra de S. Me pregunto si será cierto que es alcohólica o solo pasa por una depresión, si S la convenció de entrar al centro para vivir con ella más tiempo, si T aceptó la compañía de S para prolongar su duelo.

En la habitación del piano, T ofrece una clase particular a un alumno. En el cuarto de al lado, S sostiene con impaciencia un libro que no lee. Cuando el alumno sale al vestíbulo, S vuela al cuarto.

T falta nuevamente a una lección particular. Debe considerar que una menos significa dejar de comprar leche, papel higiénico, margarina. No se pierde lo que está perdido.

A mi regreso T saca una arrugada camiseta del ropero de seis cuerpos que habitualmente permanece cerrado. Corre la computadora, las tazas sucias, los ceniceros y despliega la camiseta. Acomoda sobre ella un frasco de miel y un pote de margarina prácticamente vacío, pan blanco y un frasco con peperonis.

–Ya está, vamos a hacer un pícnic.

Se levanta como si faltara la parte más sustanciosa de la comida y vuelve con un salero.

Aviso a S que voy a ducharme. Cuando entro al baño, lo han limpiado para mí. Por primera vez desde que estoy en la casa, las dos permanecen en el mismo cuarto concentradas en tareas distintas. T dibuja una viñeta en la computadora, S lee un apunte sobre la cama. Los cabellos de ambas brillan. En los ceniceros solo están las colillas de la tarde y en las tazas hay café recién preparado. T recibe una llamada en su teléfono móvil. S intenta mantener sus ojos en el apunte, pero apenas su amiga abandona la habitación, se aproxima a la computadora con la excusa de cambiar la música, coge un cigarro, lo enciende, aspira una bocanada y se abalanza sobre el teléfono para buscar en la pantalla el nombre de quien llamó. Yo busco el cuaderno con mis apuntes, saco todo lo que tengo en la mochila y en el bolso pequeño. No lo encuentro.

¿Cómo haré para volver aquí cuando esté en Santiago?

Al mediodía aparece el dueño del departamento. S y T guardaron la ropa, lavaron la loza, limpiaron los ceniceros, airearon, aspiraron. El dueño, agradecido por el estado en que las jóvenes mantienen el departamento, acepta que S viva allí por el mismo precio. Con el pasar de las horas comienzan a llenarse los ceniceros, las tazas y las tapas de gaseosas, se acumulan las llamadas telefónicas del alumno, los planes de encontrar un trabajo para S y mudarse a un departamento más amplio e iluminado, el proyecto de reparar las veredas, estucar los edificios, arreglar las escaleras, desmalezar, plantar, pegar, pintar, reparar, restituir.

Monte Carmelo. El Juez, Mois y Daniel encuentran la fuente donde Jesús encontró a la samaritana. Atraviesan un sembradío de piedras, algunas de ellas labradas. Daniel examina una inscripción; son los restos de un antiguo cementerio judío. Cuenta el Libro que en el

monte Carmelo, bajo el reinado de Acab, hubo una gran sequía después de que los hijos de Israel abjuraron de Jehová y comenzaron a adorar a Baal. Como la población comenzó a morir de sed, Elías se presentó ante el rey Acab y le ordenó reunir al pueblo en el monte Carmelo.

El Juez, Mois y Daniel se encuentran en una cueva no muy lejos del cementerio. El Juez se tiende en el suelo a descansar. Daniel preparará la comida y Mois irá por leña. Según cuenta el Libro, Elías desafió a los adoradores de Baal a que hicieran llover. Los hombres despedazaron un buey y pusieron los trozos sobre un montón de leña. Durante medio día invocaron los falsos adoradores a Baal. Ningún fuego se encendió. Mois busca la manera de ascender sin salir al camino principal, evitando encontrarse con peregrinos o pastores. Le parece reconocer especies de plantas cuyos dibujos le enseñó Mumin, el médico de Fez. Extrae un ejemplar de cada una y los guarda en el morral de piel de cordero que compró en Akko. El Libro relata que Elías cogió doce piedras, como las tribus de Israel, y reparó el altar que los israelitas destruyeron para adorar a Baal; luego ordenó verter tres veces el agua de cuatro cántaros sobre la leña donde estaba el buey y Jehová hizo caer fuego. Elías ordenó que trasladaran a los adoradores de Baal al río Cisón, donde los degolló. Mois escucha un gorgoteo, tras los arbustos corre un escuálido arroyo contaminado por deposiciones humanas y de animales, restos de fogatas, huesos de carnero, fragmentos de cántaros y cabos de vela. Mientras asciende, apila la leña que recogerá en su descenso. Al llegar a la cima se despliega ante él, por primera vez, el mar Muerto. Habiendo demostrado que Jehová es el único Dios, Elías ordenó al rey Acab que subiera siete veces a la cima del monte con la promesa de que una gran lluvia sonaría. El rey miró hacia el mar, como Mois ahora, y no vio ninguna nube. Así ocurrió las seis veces que ascendió.

El sol comienza a deslizarse bajo el horizonte. Daniel debe de haber cortado la carne y las verduras, y ha de estar preguntándose por su hermano. Mois ve hacia abajo con excepcional claridad las piedras, los corrales, las cabras famélicas, la tierra seca, el hombre que espera sentado lo que no llega. No recuerda haber presenciado

una tarde tan despejada. La séptima vez que el rey ascendió a la cima del monte Carmelo, se encontró con que del mar Muerto subía una nube tan pequeña como la palma de su mano. Al descender, el cielo se oscureció y hubo una gran lluvia. La curva superior del sol se dispone a hundirse cuando aparece en el cielo una nube tan pequeña que podría caber en la mano cerrada de Mois. Elías se valió de doce piedras, una brazada de leña, un buey despedazado y tres veces las aguas de cuatro cántaros para devolver la fe a su pueblo. Las piedras, la leña, el buey, el cántaro, el arroyo de Cisón han desaparecido, como la pequeña nube empujada por el viento que trae consigo la noche. Lo único que Mois tiene para devolver la fe a su pueblo son las palabras. Con ellas los convencerá de que el camino que a diario recorren para ir a la casa, al mercado, al templo, a la escuela, al campo, al mar Muerto, es el mismo camino que hizo la mujer de Lot, Elías, Jonás, Isaías, Ester. Que si no fuese por el Libro, las piedras serían piedras; el arroyo, arroyo; el mar, mar; la cima del monte Carmelo, la cima de un monte, y la existencia, un sinsentido.

Santiago

Un día Moira me pidió que desarmara el taller de confección de su esposo, libros incluidos. Durante semanas fui y volví desde la calle Coquimbo a mi departamento. El esposo de Moira me pidió que le llevara, no los libros, sino los recibos del Servicio de Impuestos Internos, de la luz, el agua, las letras canceladas de la casa, las liquidaciones de sueldo, contratos, papeletas de la Tesorería... Temía que en cualquier momento pudiese aparecer un inspector pidiéndole un papel. La amenaza que sintió toda su vida a causa de su condición religiosa se acrecentó con la enfermedad. Tuve que buscar entre montones de papeles grises, manuscritos con pluma fuente en deslucidos verdes y azules. No solo el color de la tinta o la clase de papel, sino también el vocabulario de aquellos recibos hablaba de una época desconocida para mí. Cuando intenté vender las máquinas, nadie se interesó. Quise regalarlas, el flete valía más. Llamé a Los Traperos de Emaús, no vinieron. Les pagué a dos hombres para que se las llevaran. Embalé una lámpara, ovillos de hilo, tijeras, moldes en papel mantequilla, dedales, huinchas y conos con hilo de seda.

Los libros del esposo de Moira permanecieron en sus cajas hasta que me mudé a un departamento más grande. Para que no extrañasen el taller de la calle Coquimbo, ubiqué la biblioteca de madera hacia el poniente. La presencia del crepúsculo hizo que los volúmenes se sintieran en confianza. Había leído varias de esas novelas veinticinco años atrás, mientras esperábamos en la calle Coquimbo a que Moira nos viniese a buscar en el Isaria para llevarnos al barrio alto donde vivíamos. ¿Reconocieron los libros a la

niña que leía sentada sobre las frescas baldosas del último patio de la casa en la calle Coquimbo? Veinticinco años más tarde volvíamos a encontrarnos, los personajes, las historias, las atmósferas y la lectora. La humedad había maltratado el papel, las portadas, las hojas se quebraban al tocarlas y exhalaban el aroma dulzón de lo que es preservado contra el tiempo. *José y sus hermanos*, *El hombre busca la tristeza*, *Estrellas errantes*, *El último justo*, *La ciudadela*, *Al filo de la tristeza*... El mundo al que cantaban esos libros es lo que escucho al dejar atrás la calle Dusina 23, a S y a T, a las calurosas tardes de Santiago en las que imaginé una novela que me es imposible escribir, y los objetivos número 1 y número 2 de la beca que me otorgó el Consejo Nacional del Libro y la Lectura quedan incumplidos.

Montenegro

El barrendero arrastra hasta la pala las colillas que arrojaron al andén los pasajeros que acaban de partir. Los que se aprontan a embarcar aprovechan para fumar un último cigarro. El chofer arroja su colilla por la ventana y enciende el motor, los pasajeros esperan hasta llegar al primer escalón para botar las suyas. El barrendero se acerca con la pala.

El autobús se detiene cada hora y los pasajeros bajan, con frío, hielo, noche, sueño, a fumar un cigarro. El humo adherido a sus ropas no me deja dormir. El sol ha salido ya cuando el autobús se detiene al borde del camino. Por los sonidos que hace el conductor en la parte trasera, deduzco que el motor se estropeó. Estamos en lo alto de la montaña y aprovecho de levantarme para sacar el mapa de la mochila. Faltan unos diez centímetros en bajada hasta el mar Adriático. El autobús reanuda la marcha y el ruido vuelve a hacerse sentir. El chofer apaga el motor, avanzamos con el vuelo. El ruido se hace más fuerte, como si hubiesen querido trancar el motor y un objeto extraño estuviese siendo rebanado. El autobús se detiene para que el ayudante arregle el desperfecto. Apenas se pone en marcha, el ruido aparece. El chofer apaga nuevamente el motor después de poner primera, deduzco que la falla está en la caja de cambios. En la bajada ganamos velocidad. El chofer se sirve de las curvas para aminorar la marcha, en las partes rectas utiliza el freno. Nos detenemos regularmente para que el ayudante reponga el palo que tranca el motor o la caja de cambios. Las curvas se vuelven más pronunciadas, lo mismo la pendiente. Frenar con el motor apagado restringe las posibilidades de maniobrar en caso de una emergencia.

Observo a los pasajeros, miran por la ventana en silencio. El autobús se detiene en la última curva, abajo espera el mar.

Antes de partir hacia Belgrado dejé la computadora en Eslovenia; le expliqué a mi anfitriona que llevaba cuatro años intentando escribir esta novela y necesitaba parar. Ella me habló de un pueblo en Montenegro que visitó un verano: Ve allá, puede que encuentres lo que andas buscando, me sugirió. Como no tengo un destino, me dirijo al designado por mi anfitriona.

En el compartimento del tren coincido con un joven serbio que viaja acompañado de su novia. Me asegura que no siente odio hacia bosnios y croatas, que siempre van a existir caballos blancos y caballos negros. Viendo las dificultades que tengo para bajar la mochila del portamaletas, se apresura a ayudarme. Sus manos son negras.

K aparece en el mapa al fondo de una bahía rodeada por montañas. Hace una hora que dejamos atrás el mar. Adelante no hay nada y, en algún lugar de esa nada, una faenadora de pollos, nada, una vulcanización, nada, casas, negocios, un mercado de verduras, una pequeña estación de autobuses donde nadie es capaz de informarme de dónde está el centro. Decido seguir a un turista con una pequeña mochila y un sombrero de excursionista. Una cuadra adelante lo pierdo. Sigo los ojos de una mujer que viene saliendo del almacén y descubro al turista doblado cómicamente en el suelo. A pesar de su esfuerzo por incorporarse y pisar en forma natural, cojea con dolor. Alguna experiencia tengo en torceduras: deberá consultar un doctor, tomar antiinflamatorios, colocarse una venda y hacer reposo. Fin del viaje. En el lugar donde tropezó hay una zanja de unos veinte centímetros de profundidad, más allá dormitan unos largos tubos de plástico. Sorprendidos por la hora de

colación, los trabajadores decidieron postergar el trabajo. Si el turista no hubiese pasado antes, me hubiese ocurrido a mí. Una carnicería, un supermercado, una panadería, un puente. A un lado, la bahía y, del otro, la muralla de piedra que protegía la ciudad de los invasores; un foso con un hilo de agua y una gran puerta de las que antiguamente cerraban por la noche y abrían por la mañana, y por la que pasaron otros antes que yo.

El primer sonido que se cuela por la ventana del cuarto que alquilo es el del coche eléctrico con acoplado que distribuye los recipientes de basura limpios. Al conductor parece divertirle el hecho de ser el único automóvil que puede traspasar las murallas, y varias veces al día se escucha el traqueteo del acoplado sobre las piedras. K es tan pequeña que podría caber en la palma de un gigante, pero el gigante no podría cerrar la mano a causa de las aceradas torres de las iglesias.

El cuarto que alquilo pertenece a un estudiante que volvió a su pueblo por las vacaciones. He demorado dos días en entender esta información, la propietaria solo habla montenegrino. Tiene la nariz grande, un lunar negro y unos mechones blancos que andan revoloteando por la casa.

Las calles permanecen silenciosas hasta las diez de la mañana, cuando los hombres dejan sus casas. Es en los cafés donde hablan de negocios, telefonean, gritan, gesticulan, se agarran los pelos y, cuando parece que la vida se ha desmoronado, caen en la silla acompañados por el tintinear de las cadenas de oro, piden al garzón otro café y comienzan a contar el negocio que tienen entre manos. Han pensado cada paso. El asunto es seguro, y palpan su pantalón; alcanzará para repletar los bolsillos vacíos del padre y de sus hermanos habladores. Todos los que están en la mesa tienen una

opinión. La discusión se prolonga hasta el almuerzo, cuando ya no es posible concretar ningún paso. En la tarde, en la tarde sí, se palmotean la espalda.

En la tarde reconozco a dos que por la mañana estuvieron en el café contiguo a la iglesia en compañía de una persona que por la mañana visitó el café junto a la muralla y que ahora está en el de la costanera. Me pregunto cuál será el sistema: puede que al despedirse al mediodía acuerden encontrarse por la tarde en un café. Sería demasiado esfuerzo, tomando en cuenta que por la mañana entran al menos a dos y la tarde es más larga. No, al salir de casa, cada uno tiene su recorrido: D sabe que L está de nueve a once en el café de la muralla y que de doce a una está en el de la costanera. L sabe que D va de tres a cinco al café contiguo a la iglesia y, aunque se extraviara, en todos los cafés conoce gente. De tal forma que, cuando la luna atraviesa la muralla, el pueblo ya está enterado de los pasos que los hombres no dieron por falta de tiempo. Únicamente yo ignoro los pasos de los hombres, a quiénes mataron y quiénes fueron muertos.

Por la noche el lugar más concurrido es un café con forma de barco dorado y gigantescas pantallas de televisión que sirve licores extranjeros. En la barra conozco al primer personaje del destino que escogió mi anfitriona. Parece haber salido de una novela de Dostoievski o Tolstói: Aliosha, Dmitri, Nikolái, la piel blanca, el cabello largo y negro, un aire suavemente mongol, un cuello de astracán, jeans y botas vaqueras con puntas metálicas. No conoce a nadie en la ciudad, salvo a los camareros. Aliosha, Dmitri o Nikolái los invita a beber y les deja propina, paga mis tragos y quiere pagar mi comida. Como le digo que escribo, me dice que él pinta. Acerca su boca a mi oreja: Yo nací aquí. Huele a whisky y a pasta de

dientes mentolada: Tenía catorce años cuando me fui, esta es la primera vez que vuelvo. Quiero comprar un terreno para construir una casa sobre un precipicio, en medio de un bosque y con el mar de fondo. Mi taller estará en una torre que tendrá ventanales por los cuatro costados.

¿Adónde te fuiste a los catorce años?, le pregunto. A la Unión Soviética. En Moscú tengo un departamento, una novia y un taller. Hace un mes me escribió un japonés que desea comprarme un cuadro por un millón de dólares. ¿Un millón de dólares? Un millón. Su seriedad me hace ver que no es broma. ¿Por qué no podría estar bebiendo con un artista guapo y rico? Vamos a otro lado, propone. Todos los bares están cerrados, le hago ver. ¿A ti te parece que soy malo? Me pareces más guapo que malo. Y quiere abrazarme. Voy a arrendar un automóvil para llevarte a conocer lugares más bonitos que K, voy a llevarte a un restorán excelente. ¿Y ahora adónde me vas a llevar?, porque todos los bares están cerrados, insisto. Hay uno que está abierto. Indica una puerta por la que escapa un halo azul.

El viento obliga al barman del Escorpión Azul a cerrar los postigos que dan a la calle. La luz azulina del televisor, sin volumen, recorta el perfil del hombre que fuma en la barra: Tu príncipe ruso está en la mafia, me dice. No te creo. Actúan siempre igual; mandan a un tipo encantador con mucho dinero que invita a todos y recaba información sobre quién es quién y qué negocios llevan en la ciudad. De todos se hace amigo y a todos les dice que tiene dinero y no sabe en qué invertir. Detrás de él llega el mafioso a cargo del lavado y a tu príncipe ruso lo mandan a otro país.

–Pero él es de aquí.

–Es su palabra –me dice. Y sus ojos se llenan de pena.

No he conocido mirada más triste que la de este hombre. Quienes entran al bar lo tratan con cariño y lo escuchan con respeto. Él les devuelve el cariño y suma una ironía. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?, le pregunto. Al hombre le viene un acceso de tos:

Desde que volví de la guerra. ¿De qué lado estuviste? Del lado de los criminales. Tu piel no es negra, le digo tomando su mano.

Al caer la noche en K continúan abiertos los cafés, las peluquerías y las joyerías. Las mujeres van al salón de belleza para conquistar en el bar un novio que las lleve a la joyería.

El príncipe ruso me cuenta que pasó cinco años recluido en un monasterio en Grecia con la mafia pisándole los talones. ¿De la misma mafia?, pregunto. Me negué a venderles mi negocio para que lavaran dinero. Un monje me alojó en su monasterio. Allí descubrí que podía pintar. Camarero, sirve un trago al que viene entrando. El camarero indica al recién llegado que el trago se lo envía el príncipe ruso. Levantan los vasos y brindan.

–Te dije quién era tu príncipe –me advierte el hombre triste que se sienta en la barra del Escorpión Azul.

–¿Siempre estás aquí?

–El bar es de un amigo, estuvimos juntos en la guerra. Cuando regresamos abrió este lugar, los primeros tres años trabajé sin pago como barman para ayudarlo. Las bebidas eran gratis, bebí durante tres años.

–¿Y no has pensado salir de aquí?

–Las cosas no pueden mostrarme nada nuevo.

La novedad de esta noche en el bar del Escorpión Azul es el casamiento del rey con una baronesa francesa. La historia del romance apareció en el periódico local. Durante una visita turística a la ciudad, la baronesa se sintió atraída por un original edificio de piedra de cuatro pisos en el que ondeaban tres banderas, la de Montenegro, la del Partido Comunista y la del dueño de casa. Atraído por la mujer que fotografiaba su morada, el rey salió al balcón y la invitó a conocer su castillo, nos cuenta el falso rey, pequeño y bronceado como un gigoló pasado de moda.

El hombre que se sienta en la barra me dice que el rey fue abandonado de niño por sus padres. Durante una visita de Tito,

escapó del orfanato y se las arregló para estrechar su mano, y el Partido Comunista se convirtió en su familia.

El rey me habla en francés, italiano e inglés. Los contertulios se muestran sorprendidos de que conozca tantos idiomas, él cuenta que de joven viajó por el mundo. Le digo al hombre de la barra que el rey solo conoce del inglés, francés e italiano palabras como bella, inteligente, y frases del estilo «no eres como las otras». El hombre de la barra sonríe por primera vez y sus ojos despiden un brillo azulino. Ahora les está diciendo a estos brutos que una mujer no se conquista en la cama, sino en la conversación, me traduce entre burla y admiración. A uno de los oyentes no le parece que a la mujer haya que conquistarla con la conversación y para graficarlo se toca el paquete. Son unos brutos, me dice el rey al pasar. Ven conmigo, yo sé tratar a una mujer, y se marcha sin pagar.

–Cuando lo conocí yo tenía ocho años y en vez de caminar como todos por el suelo, lo hacía por los techos. Nunca lo he visto trabajar –me dice el hombre de la barra.

–¿Y cómo compró el castillo?

–El castillo es la antigua prisión de la ciudad. El rey entró y arregló la puerta.

–¿Y el dinero para reconstruirlo?

–¿Por qué necesitaría dinero?

–¿Y las cosas que necesita para vivir?

–Las compra en las tiendas.

–Pero en las tiendas hay que pagar.

–A las tiendas entras y pides lo que necesitas.

–¿Sin dinero?

–Cuando tengas dinero, pagas.

–¿Y por qué el vendedor va a creerte?

–No tiene opción. Si deja de vender, quiebra.

–Pero el dueño de la tienda le compró a un fabricante y tiene que pagar a su vez.

–¿Y qué hace un fabricante si no vende sus productos?

Al verlo pagar mi trago, como cada día desde que me siento en la barra junto a él, noto que es el único de los clientes habituales al que he visto pagar.

El domingo por la tarde en el mercado solo está abierto el puesto del vendedor de quesos. Me pregunto por qué no regresa a su casa como los demás. Le compro cuatro mandarinas para llevar a la playa, una vez que están en la balanza, completa el kilo y agrega dos más. Al pagar me convida higos frescos y una manzana. Producto de su generosidad, debo volver al cuarto a dejar las frutas. Al disponerme a cruzar la muralla, lo veo de pie contemplando la mercadería: no importa cuánto regale, tiene lo mismo que ayer.

La anciana que me proporciona alojamiento habla sola. Las primeras veces creo que recibe visitas, pero al levantarme de madrugada para ir al baño la sorprendo hablando con el televisor. Hay veces que enciende la radio y conversan de a tres.

He evitado preguntar al hombre de la barra cuál es su dolor. La noche que lo conocí me confesó que era un cobarde. Le dije que ya lo sabía. Lo hice para retardar la explicación que de todas maneras va a darme.

Todas las casas alrededor de la bahía tienen un embarcadero, sin botes. Ignoro si es por falta de peces, dinero o voluntad. Saliendo del pueblo por el camino costero hay un manicomio. Cuando la población insana sobrepasa la capacidad del edificio, las autoridades abren la puerta. Los locos se largan por el camino y no falta el vehículo que los atropella. Esto me cuenta el hombre de los ojos tristes que se sienta en la barra del Escorpión Azul. A las dos de la tarde, cuando llego al bar, el taburete junto al suyo está desocupado. Si alguien llega a sentarse, al verme entrar, se levanta. Uno puede colgar junto a la puerta la chaqueta, la mochila con el dinero, el pasaporte, un libro, y al cabo de las horas estarán en el mismo lugar.

–¿Y por qué alguien querría llevarse lo que no es suyo? –se

sorprende el hombre triste.

He perdido la cuenta de las horas que pasamos en la oscuridad iluminados por un televisor mudo. Desde la mañana todos los días son noches.

–¿Estás segura de que no prefieres un café? –me pregunta haciendo una seña al barman bosnio para que retenga el aguardiente que me pondrá ebria.

El estudiante que ocupa mi cuarto ha regresado. Es alto, rubio y tiene espinillas, como los grumetes de La Esmeralda cuando parten en su viaje anual y parece que van a echarse a llorar. La anciana me explica mediante gestos que desde ahora dormiré en un sofá de la sala. Le pregunto dónde dormirá ella. Indica el otro sofá. Por el dinero que pago podría encontrar un cuarto para mí sola, pero tendría que buscar y desconozco el idioma.

Por la mañana me despierta la voz del estudiante al que la mujer prepara el desayuno. Intento volver a dormir, pero a la anciana le gusta ver televisión y vuelve a despertarme. Le pregunto por señas si tiene familia. Me trae una fotocopia plastificada con el rostro borroso de un hombre. He visto papeles como este pegados en los muros, es la forma que tienen los familiares de avisar públicamente un fallecimiento. La mujer comienza a llorar. La abrazo, su piel huele al jabón del baño. En la pantalla del televisor aparece Lucerito. Sí, sonríe, Lucerito. Es la primera palabra que compartimos.

He dejado de frecuentar el barco dorado. Ignoro si el príncipe ruso continúa yendo, desde afuera no lo he visto. Alrededor de las once de la mañana por la bahía pasa el estudiante que alquila una habitación en casa de la anciana. Es evidente que no va a clases. Anoche la anciana recibió una llamada de los padres del estudiante,

están preocupados porque les pidió más dinero para costear sus estudios.

En el café de la costanera está el príncipe ruso. Lo acompaña un hombre que se le parece, ambos llevan el pelo largo. Más tarde nos encontramos en la puerta principal, me presenta a su símil como instructor de manejo. Cuando haya sacado la licencia, comprará un automóvil, con el automóvil buscará un sitio, en el sitio construirá una torre, en la torre volverá a pintar.

Alejandría

Si Mois esperó encontrar en Alejandría un ambiente reflexivo con una comunidad fuertemente apegada al Libro donde le sería posible dedicarse por entero a escribir el Compendio, el contacto diario con la comunidad le hace ver que cunde la división y la confusión. Casi no se lee y los que estudian las Escrituras las entienden en forma literal sin preguntarse por su verdadero significado. Hay numerosos errores de lectura que provienen de la laxitud con la que los rabinos enseñan la Ley.

Daniel decide viajar al extranjero a comerciar con piedras preciosas para que Mois se dedique por entero a la escritura del Compendio de la Ley, como ha decidido llamar al libro que proveerá a su pueblo de un acceso directo y simple a la Ley, obra que le encargó escribir Ezra antes de que lo asesinaran.

Mois le hace ver a Daniel que su esposa está por parir. Daniel confía en que su hermano mayor sabrá cuidar de ellos hasta que él haya reunido el dinero para adquirir un almacén y establecerse en Alejandría. Como Mois se niega, arguye que los comerciantes de la ciudad no le enseñarán más de lo que sabe, pero en Oriente establecerá relaciones que podrán ayudarlo. A Mois le emociona su lealtad. Daniel sí valora la importancia que tendrá para su pueblo la obra que se encuentra escribiendo. Aun así, necesita estar seguro de que su ofrecimiento no traiciona la Ley. En un breve comentario encuentra que a los estudiosos no les está prohibido entregar dinero a otra persona para que emprenda negocios por ellos a discreción suya. Es más, esa persona puede devolver toda la ganancia al estudioso si este así lo desea.

Montenegro

Por la mañana tomo el autobús que circunda la bahía y me bajo en P. Aunque mi intención es llegar a D o M, apenas el autobús atraviesa este soñoliento pueblo en los faldeos de la colina, escojo P. Soy la única en bajar. A primera vista parece que sus habitantes hubiesen huido. Amarrados a las boyas, los botes simulan un adorno. El único navegante que encuentro no acepta llevarme a los islotes. Le pregunto si conoce a alguien que pueda hacerlo, no conoce. En un panel que está en la plaza aparecen señalados los dieciséis palacios y las dieciséis iglesias de P. Al mirar hacia la colina no veo ninguno. Más abajo está escrita la historia del pueblo.

–*Deutsch?* –me pregunta un hombre.

–*English*.

El hombre se confunde:

–*No english*.

Lleva una barba de varios días y aspecto de no estar totalmente despierto. El día anterior me advirtieron que no debo pagar más de dos euros por ir en bote a los islotes. El navegante me enseña cinco dedos. Yo le enseño dos. Adopta un aire pesaroso. Hace algunos minutos en la costanera divisé a tres japoneses. Le comunico mi idea: si cobra dos euros a cada uno, todos saldremos ganando. El navegante me pregunta si conozco a los japoneses. Le explico que son turistas como yo. Quiere saber si hablan inglés. Se muestra indeciso. Leo en el panel que a pesar de que los invasores turcos sobrepasaban a los habitantes de P en número y armas, ellos consiguieron vencerlos y liberar a todos los pueblos de la región.

Viendo que el navegante no se ha movido, me ofrezco a ir a hablar con los japoneses.

–De ninguna manera –parece decir, alejándose en la dirección que le indiqué.

Cinco minutos después está de regreso.

–Se fueron.

No pasó ningún autobús en dirección a K. Deben haber ido a caminar y no tuvo fuerzas para seguirlos. Leo en el panel que después de la gloriosa victoria contra los turcos, P se sumió en la decadencia.

–*No problem, no money, no problem*. –Y me indica que lo espere junto al bote.

Vuelve con el motor y un pequeño contenedor con gasolina. En un segundo viaje trae un cojín para él y una manta para mí.

La marea nos empuja hacia adentro. El hombre tira de la cuerda, el motor no enciende. Bombea la gasolina. El motor como si nada. Abre la válvula para aumentar el flujo. Se trata de un procedimiento normal en los motores que llevan tiempo sin usarse, ni así entra en actividad. La marea continúa alejándonos de la orilla. Desde el mar veo el pueblo en el que vi el mar. El hombre saca un frasco plástico de Cola Cao en el que guarda una llave, golillas, cable y dos bujías. Al levantar la carcasa del motor aparece una máquina que nadie ha limpiado o engrasado en años y que no ofrece esperanza de encender nuevamente. El navegante reemplaza la bujía. La golpea, la quema con un encendedor, la parte con un cuchillo, la frota, la seca y la moja. Después de probar la tercera bujía, vuelve a comenzar por la primera. Si queremos volver a la orilla, será necesario remar. Hay una sola paleta de plástico, pequeña. Comienzo a temer que un milagro encienda el motor y luego quedemos varados en los islotes. Le doy a entender que es suficiente. Me pide que le conceda un momento. El momento se alarga. Mi voz ha perdido su amabilidad. El hombre se resigna a empuñar la paleta hasta que alcanzamos la costanera. Para no avergonzarlo, le doy a entender que vendré al día siguiente. En la última línea de la historia escrita para los turistas aparece que hasta hoy los heroicos navegantes de P luchan para salir adelante mañana.

El rey de la ciudad va por su segundo gin-tonic. La baronesa lo está esperando con el almuerzo en la prisión.

–Cuando ella se dé cuenta de en qué se metió... –se burla el hombre triste que se sienta en la barra del Escorpión Azul.

He aprendido a conocer los ciclos del bar, los que entran por la mañana a saludar y se van quedando, los que van y vienen, la lectura comentada de los periódicos: uno en cirílico y el otro en alfabeto latino. Me distraigo buscando semejanzas. El hombre junto al que me siento en la barra apunta su dedo hacia el televisor:

–Ese es el traidor que me envió a la guerra a mí y a todos. Mira cómo se llena la boca con la paz, ¿sabes cuántos euros gana hablando de paz?

Veo a un hombre ni alto ni bajo que usa chaqueta y corbata, igual a los políticos que aparecen en la televisión chilena.

–La Comunidad Económica Europea le pidió que entregara a uno de los mayores criminales de guerra para llevarlo a juicio, el hombre que dio la orden de ejecutar a todo un pueblo, violar a las mujeres y matar a los niños. Siete mil personas murieron. Este hombre que va a conferencias de paz conoce el lugar donde se oculta, pero si lo entrega el criminal va a contar lo que sabe de él y de los otros. Un día alguien va a matarlo, todos sabemos dónde está escondido. A mí me invitaron a una reunión con gente importante que lo protege. Saqué mi arma y la limpié.

Tomo mi abrigo.

–¡Espera! –me grita–. Tú no puedes entenderlo, habrá otra guerra civil y todos sacarán el arma que tienen escondida en su casa y volverán a matar.

–No queda más que ser felices –concluye el barman bosnio.

El hombre de la barra me da su palabra de que no volverá a hablar de muerte.

–Si quieres podemos dar un paseo –intenta conciliador.

Y se levanta del taburete por primera vez para atravesar los muros del bar. Seguimos hacia el final de la costanera, pasamos por una casa lujosa. Es la embajada de Croacia, me dice. Ninguno de nosotros puede ir allá, no nos dan visa. ¿Por qué?, le pregunto. Peleamos del lado de los asesinos. Ven, vamos, lo conduzco a la

playa. Cuando Serbia y Montenegro declararon la guerra a Croacia, yo había rendido el examen de grado para titularme de abogado en Split, me cuenta. El año pasado vino de vacaciones un examinador y me contó que había aprobado. Le pareció extraño que la escuela no me hubiese avisado. Escribí a la facultad, no me contestaron. Les expliqué por teléfono mi situación, quedaron en contestarme. Los llamé, conté mi situación en todos los anexos a los que me traspasaron, hasta que una mujer me dijo que, si quería el título, debía gestionarlo personalmente. Le expliqué que Croacia no otorga visa a los montenegrinos. Me contestó que era el reglamento, le dije que quería leer el reglamento. ¿Ves lo que es la guerra? Una estupidez, una estupidez colectiva. Tú puedes remecerlos, ponerles la verdad en un chip dentro del cerebro y seguirán actuando erróneamente.

Pasamos ante un gran hotel vacío construido durante el comunismo. Nos detenemos al borde de la playa privada, contemplamos los alevines bajo el agua. Lamento no tener migas para arrojarles. Una malla de acero corta el paso. Del otro lado están las canchas de tenis. El hombre me cuenta que cuando los dirigentes comunistas comenzaron a aficionarse al tenis, él comprendió que vendría una guerra. Me explica paso a paso lo que fue ocurriendo. Me cuenta que fue casa por casa, hombre por hombre, advirtiéndoles que habría una guerra y nadie creyó en su palabra. La noche se ha puesto fresca, le pido que regresemos. El hombre se muestra abatido porque no pudo cumplir su palabra.

Desde la iglesia ortodoxa contemplo la puerta del bar. Hoy tampoco acudo a la cita con el dolor.

Los dos taburetes de la barra están vacíos. A las siete de la tarde

el hombre de la barra va a cuidar a su sobrina y viene aquí como a las nueve, me dice el barman bosnio. ¿Volverás?

El rey de la ciudad está furioso con la baronesa. Quien entra al bar se entera de lo que sucedió con el regalo de boda. Por más que repite la historia, no logra comprender que la baronesa se haya negado a poner a su nombre los papeles del jeep. Sostiene que, al no cumplir con su palabra, la baronesa comete un acto ilegal. Amenaza con llamar a la policía.

Faltan quince minutos para las dos de la tarde. Como cada día a la misma hora, me dirijo al Escorpión Azul. Imagino el momento en que abriré la puerta y el hombre junto al cual me siento en la barra volteará la cabeza, indicará el taburete junto al suyo, sentiré en mi mejilla un ligero beso y su voz dulce que me dirá: *If you want*...

Hoy decido adelantarme y ser yo quien lo espere. Estoy llegando cuando lo veo acercarse por el otro lado de la calle. Pronuncio su nombre dos veces, el hombre sigue de largo. Cuando a las dos de la tarde entro por la puerta, voltea la cabeza, indica el taburete junto al suyo, me da un ligero beso en la mejilla y con voz dulce dice: *If you want*...

Un cartel en cirílico advierte que en este café se reúne una asociación de algún tipo. Atiende la barra una mujer de unos cincuenta años teñida de rubio y con un delantal alrededor de la cintura. Los clientes han pasado la edad madura. Juegan cartas, conversan o no, beben aguardiente o café turco. Entiendo el asunto que los asocia cuando entro al baño y me encuentro con que el piso alrededor de la taza del inodoro está completamente mojado. A esa edad no resulta fácil achuntarle al agujero.

La baronesa huyó en el regalo de boda. El rey quiere avisar a la policía, pero la baronesa es ciudadana europea y no pueden impedirle que abandone el país. Lo curioso es que, antes de que la baronesa le regalase el jeep, el rey no deseaba un automóvil.

En la casa donde me alojo siempre hay una o más llaves defectuosas que filtran agua. A pesar de que bastaría cambiar la goma, no se considera la posibilidad de arreglar el desperfecto. Todos los días cortan hasta tres veces el suministro de agua y la energía eléctrica. Los habitantes de la ciudad no pagan las cuentas y el sistema está colapsado, me cuenta el hombre junto al que me siento en la barra. Le explico que en mi país, al cabo de dos cuentas sin pagar, te cortan el suministro.

–Aquí el encargado de cortar los servicios conoce a todos y con muchos tiene parentesco.

–¿Y cómo explica a su jefe que no pudo cumplir su trabajo?

–Le dice que no encontró a nadie en la casa.

Si todavía hay agua potable y electricidad, es por el dinero que la Comunidad Europea entrega al país a cambio de que las autoridades les aseguren que habrá paz. Los habitantes de la ciudad lo saben y dejan el agua correr.

El empleado municipal sube a la torre donde está el reloj y desamarra los cordeles que mantienen en pie un gigantesco árbol de Navidad que este año ya cumplió su cometido. Antes de bajar aprovecha para quitar la maleza que creció alrededor de las horas.

El hermano menor del dueño, que atiende el bar por las mañanas,

nos cuenta que acaba de romper relaciones con su novia. Arroja el paño de limpiar, sirve un trago gratis para mí y uno para él.

–A las mujeres nadie las entiende.

–Ten calma –le aconseja el hombre junto al que me siento en la barra.

El joven no conoce la calma. Los cuerpos de estos hombres son nerviosos como un potro y fuertes como un buey. Por sus anchas venas todavía corre la sangre del único pueblo del Adriático que no fue dominado por los turcos, o eso dicen.

–Ustedes no saben conquistar a una mujer.

Es el rey que entró por su gin-tonic:

–Un hombre se debe a los sueños de una mujer, por ejemplo, yo, a la mujer que entra a mi castillo la convierto en reina.

Imagino a la baronesa al descubrir que el castillo de sus sueños no tiene calefacción.

–Eso sí –advierte–, la mujer jamás debe pretender cambiar a un hombre. Los hombres somos libres, así estamos hechos.

Lo que el rey omite a sus incondicionales es que ha envejecido y, por cumplir los sueños de una mujer, pide algo a cambio. Faltan quince minutos para las tres. Espero que el joven barman vaya hacia la caja, cuente las monedas, reclame contra los clientes y anote una cifra ínfima de las ventas en el cuaderno. No quita los ojos del teléfono. Otra característica de estos cuerpos es que piensan con el corazón.

Salgo por la puerta que está en el extremo izquierdo de la muralla. Llego a la costanera y de ahí hasta la puerta abierta en el extremo derecho. Camino por las calles interiores de K hasta que me topo con la montaña. Desando el camino y salgo por la puerta del medio. Alcanzo a recorrer doscientos metros y me encuentro con la puerta de la izquierda, vuelvo a entrar.

Alejandría

Durante los siguientes ocho años Mois se dedica por entero a la escritura del Compendio de la Ley. El trabajo resulta lento y tedioso. Debe estudiar un sinnúmero de tratados para dirimir un único dictamen. Hay comentarios e interpretaciones que solo pueden haber sido escritos por mentes enajenadas por lo invisible y que nada esclarecedor plantean respecto de la norma. Hay otros cuya inteligencia lo conmueve y unos pocos a través de los que se percibe el aliento del mundo. Aunque le resulta sumamente doloroso cercenar del tronco las ramas más bellas, en nombre de su deber para con los lectores, borra el proceso que condujo a la norma, el caso que la inspiró, los individuos que participaron en la historia, los nombres de los polemistas que la interpretaron, las discusiones, las contradicciones, los puntos oscuros y no resueltos, los vacíos y los blancos. Sobre la página aparecen seiscientos trece compartimentos, ochenta y tres secciones y catorce libros. A un lado, el bien; del otro, la ausencia del bien.

Desde que comenzó sus estudios en al-Ándalus, Mois conservó la independencia de su pensamiento manteniéndose alejado de cualquier grupo o estructura de poder. Ahora que el Compendio de la Ley está terminado, se encuentra con que no puede financiar las copias del libro. Le escribe a Daniel. Al cabo de seis meses, un forastero le entrega de parte suya una docena de esmeraldas de una belleza y porte desconocidos en Egipto. Un vecino de su confianza se encarga de venderlas en el mercado. Los demás comerciantes preguntan por la procedencia de las magníficas piedras. A pesar de que le advirtió al intermediario que guardase silencio, es tal la

insistencia (no quiere pensar que hubo más que insistencia) que de sus labios se escapa el nombre de Daniel. Los comerciantes acuden a su casa para conocer las actividades comerciales de su hermano, le piden su dirección, le escriben.

El escribiente le enviará las copias del Compendio al cabo de un año. Los primeros días Mois resiente la ausencia del original. Jamás pensó que un manuscrito ocupara un espacio mayor al de su tamaño. Tampoco los libros que consultó para escribir parecen los mismos. Los recuerda más pesados y gruesos. Podría llenar la espera devolviéndolos al lugar que ocupaban en la biblioteca. Han pasado tantos años que no recuerda cuál es ese lugar y, cuando cree acordarse, el espacio resulta demasiado angosto. Una noticia proveniente del mar Índico le impide comenzar.

Le impide respirar.

Los comerciantes exigen que, tras la muerte de Daniel, les devuelva el dinero que enviaron a su hermano para que comprase las piedras a su nombre. Con la venta de los diamantes, Mois pagó las copias del Compendio de la Ley. El resto alcanzará para que vivan en precarias condiciones su cuñada, el niño y él durante un año.

El suspiro se vuelve insondable.

En casos de viudez la Ley estipula que el hermano del marido despose a la cuñada con el fin de protegerla a ella y a sus hijos. Mois acude al Juez de Alejandría, le cuenta que Daniel murió en su lugar. El Juez determina que no está en condiciones de cumplir con la Ley y lo exime de la responsabilidad de casarse con su cuñada.

El copista envía un mensajero a su casa para avisar de que terminó su labor y que puede pasar a buscar las copias.

El copista envía un mensajero a su casa para avisar que las copias están esperando.

La única vez que los ojos de su cuñada se encuentran con los de Mois, le agradecen que el Compendio de la Ley no esté en casa.

Como Jacob, que no fue considerado digno de inspiración porque su pensamiento estaba obsesionado por la persona que lloraba, los días persisten en blanco.

El Tribunal le exige que devuelva el dinero que los comerciantes enviaron a Daniel. Mois divide lo que posee en cinco montones. Le otorgan un plazo de seis meses para cubrir lo que falta.

El pan que se echa a la boca parece más duro que otros días. La empleada dice que es por ahorrar levadura.

Estremecido en tierra extraña.

palidez
pelo y piel sin brillo
encogimiento
temblor

Al disponerse a quitar para siempre de su vista los libros que utilizó para escribir el Compendio de la Ley, Mois encuentra una frase manuscrita por Daniel. Su hermano menor sentía predilección por la historia de aquel joven y valiente pastor que arrojó una piedra con su honda entre los ojos del gigante Goliat, causando su muerte y la victoria de su pueblo. Intenta leer la frase, sus ojos se niegan a traducir la letra del que ya no está. El libro tiene manchas de humedad, hongos, agujeros, mordidas de insectos, puntas dobladas y gastadas, bordes resquebrajados, la cubierta sucia, hinchada..., en todos los libros que ha consultado descubre pliegues, grietas, rasgaduras, cortes.

Despeja la mesa y con la sola fuerza de sus brazos la desplaza hacia el centro de la habitación. Friega repetidas veces la cubierta y con una cuchilla raspa la suciedad. Corta un paño de entretela y la cubre. Dispone sobre la tela una plegadera de hueso, brochas, pinceles, hilo de tripa, agujas, yeso, dos piedras pómez, papeles, una vasija con agua, goma de tragacanto, un lápiz de plomo, pergaminos, una regla, un estilete, un punzón para encuadernar, una rejilla para secar papel, pesos, plumas, tinta y tintero.

Hoja por hoja, libro por libro, desplaza la brocha desde el centro hacia los bordes, barriendo el polvo acumulado por generaciones. Durante meses, el único sonido que sale de la habitación es el roce de las cerdas.

Para quitar las manchas tritura la miga de un pan y la coloca dentro de una almohadilla. Pasa la almohadilla en círculos, hoja por hoja, libro por libro. Cuando ha cubierto los rincones, utiliza la yema de sus dedos para eliminar las migas imperceptibles al ojo que pudieron haberse desprendido de la tela. Durante meses, el único sonido que sale de la habitación es el del tacto.

Usa un paño húmedo para limpiar las cubiertas de todos los libros, una por una. Si están curvadas, las coloca en una prensa que confecciona con sus brazos. Durante meses, no se escucha sonido dentro de la habitación.

Vierte agua en una vasija, introduce el índice y comprueba si está a temperatura ambiente. Descose el lomo y las cuartillas. Libro por libro, saca las hojas manchadas, corta un trozo de entretela y pone la página manchada entre la tela. Sumerge la página en el agua de la vasija. Como no absorbe en forma pareja, con la punta de los dedos arroja agua en los lugares secos. Abre la entretela y aplica sobre la página una brocha, desde el centro hacia los bordes. Cuando ha terminado, inclina la hoja para permitir que escurra el agua. La rejilla de secado está junto a la ventana. Se sienta y espera. Antes de que el sol las ondule, desprende las páginas de la rejilla y las dispone a lo largo de la mesa corrida. Sobre cada una coloca el peso de un libro. Cierra las cortinas para dejar fuera la luz y espera a que las hojas se estiren. Durante meses el único sonido que sale de la habitación es el del agua y el sol.

Reúne las cuartillas y las cubiertas. Libro por libro, vuelve a

coserlas. Durante meses, el único sonido que sale de la habitación es el de la aguja al entrar en el papel.

Con una espátula de madera desdobla las puntas. En algunas páginas se hace necesario pasar tres y hasta cuatro veces la espátula, y cuando el borde no quiere volver a su posición original, le coloca un peso. Durante meses el único sonido que sale de la habitación es el suspiro del papel al volver en sí.

Adhiere un trozo de entretela a la ventana y coloca sobre ella, una por una, las páginas dañadas. La luz que entra por la ventana ilumina los bordes como si se tratara de una frontera. Pasa un pincel embadurnado en goma por la orilla deteriorada. Corta un papel del tamaño de la irregularidad. Con el pincel engoma los bordes. Para asegurarse de que el injerto se pegará a la página, presiona con una espátula por el revés de la hoja. Espera a que la goma seque. Con un estilete recorta el papel sobrante, procurando imitar las irregularidades naturales de la página. Durante meses el único sonido que sale de la habitación es el del corte.

Mira al trasluz el papel que utilizará para colocar un injerto en el agujero hecho por las polillas. Busca el sentido de las fibras y fija las páginas dañadas sobre la tela que cubre la ventana. Coloca el papel que escogió para realizar el injerto sobre el orificio, dibuja la forma del agujero con un palillo de madera embebido en agua. El roce de la punta mojada contra el papel va rasgando las fibras hasta separarlas por completo de la hoja. Humedece las fibras con el pincel engomado. Al fijar ambos papeles tiene la precaución de hacer coincidir las fibras. Fibra con fibra entrelazarán un nuevo

tejido. Durante meses, el único sonido que sale de la habitación es el del acomodo del papel.

Cuando tiene claridad respecto de la o las palabras que se perdieron en el lugar carcomido, las escribe sobre el injerto utilizando una tinta similar a la original. Durante meses, el único sonido que sale de la habitación es el de la copia.

Dispone los libros en talegos que sella con lacre derretido en la llama de una vela. Coge el último libro, busca la frase manuscrita por Daniel en el margen de la historia de David y Goliat, que el dolor le impidió leer un año atrás, y lee: Bendito el que tiró.

Con la fuerza de sus brazos traslada la mesa a un costado, retira la entretela, guarda la plegadera de hueso, las brochas, los pinceles, el hilo de tripa, agujas, yeso, las dos piedras pómez, los papeles, la vasija con agua, la goma de tragacanto, el lápiz de plomo, los pergaminos, la regla, el estilete, el punzón para encuadernar, la rejilla para secar, pesos, plumas, tinta y tintero. No queda ningún rastro del libro que escribió. Golpean a la puerta. Es la sirvienta que trae un mensaje de su cuñada: El dinero se acabó.

Montenegro

La sombra de la montaña al otro lado de la bahía de K cae sobre la iglesia y su torre. Parece dibujada por un niño. Dicen que al menos uno de los dos islotes fue creado por el hombre: durante siglos cada habitante transportó allí una piedra, luego levantaron la iglesia. Desde el pueblo pueden verse los dos islotes. La torre está rodeada por un minúsculo bosque de cipreses. La iglesia en el otro islote tiene un pequeño naranjo. La campana de la torre comienza a tañer. Desde el pueblo le contestan. Es mediodía. La campana continúa repicando cuando las otras callan. Un hombre se deja caer en un asiento de la costanera. Cierra los ojos y levanta el rostro hacia el sol.

–¡Rigoletta!

La jovencita que gritó a la ventana del segundo piso espera una respuesta en medio de la calle. Solo el autobús podría pasar y acaba de irse. Los demás automóviles pertenecen a la gente del pueblo y a ellos les parece natural que Rigoletta espere una respuesta en la calle mientras come papas fritas de bolsa.

–¡Tonina! –le responde su amiga, y el portón se abre para que Rigoletta pase.

Un niño se queda mirando a un perro que ladra. La madre desde el interior de la casa le grita que entre. El niño no sabe qué argumento esgrimir. Al ver que el perro ya no ladra con el mismo entusiasmo, vuelve a la casa aburrido. Se aproxima un anciano flaco en una destartalada bicicleta con el asiento envuelto en una bolsa plástica. Arrima el vehículo al muro de la casa donde viven la madre

y el niño. Abre la puerta trasera y entra. La mujer parece discutirle que sabe cómo llevar una casa y que nadie le pasa gato por liebre.

En el lugar que marca la distancia más corta entre ambas orillas de la bahía, el ferri parte de Lepetane con rumbo a Kamenari. Una mujer de cabello blanco, vestida de negro, cruza las manos a su espalda. El hombre se levanta del asiento y regresa por donde vino. No conozco ese lugar.

Atravieso las terrazas que alguna vez pertenecieron a una casa abandonada. No encuentro la salida y cruzo por un jardín habitado. La mujer de cabello blanco vestida de negro busca piedras en el suelo. En la otra mano sostiene un macetero en el que dispone las piedras que selecciona, no sé con qué intención o costumbre. Cuando le parecen suficientes, toma una planta y la introduce en el macetero. Con la palma de la mano aplana la tierra. Espero hasta que termine para preguntarle por la salida. Me indica que debo bajar por las terrazas de su propio jardín. Aguarda a que pase, sin prisa. A través de la puerta de su casa diviso, en las baldosas del vestíbulo, sus zapatos de salir. Me vuelve a indicar que debo abrir el portón metálico y se queda viéndome desaparecer. Un hombre que transporta un tronco grueso y corto me dice en su idioma:

–Qué calor.

La escalera me deja en una pequeña capilla cerrada con llave. En el suelo hay una losa que corresponde a una tumba antigua. Unos pasos más allá emerge una torre que debió tener una campana antes de arruinarse. Los escalones están tibios. La sombra de la montaña avanza hasta cubrir el segundo islote.

–¡Antonio! –exclama un hombre joven abriendo la puerta de su casa a la visita.

La voz irradia sorpresa ante un acontecimiento que alterará su rutina y que mucho tiempo después aún dará que hablar en la sobremesa. El perro ladra al visitante. Las voces de los hombres se apagan. Imagino que entraron a la casa. Desde el árbol un pájaro repite una melodía. Tarareo con los dedos sobre la tumba. Otro pájaro nos contesta tres veces seguidas. Ahora cantan de otras ramas. Los amigos salen al jardín. El dueño de casa lleva una varilla metálica, señal de que ha mostrado a Antonio su cuarto de

herramientas. Desde el interior una mujer da la bienvenida a la visita. El dueño de casa hace callar al perro. La puerta se cierra. Escucho el sonido de una máquina, como si estuviesen moliendo café. Un ferri parte desde Kamenari. En algún punto de la bahía se cruzará con el de Lepetane. Paso la mano por el borde de mi polera y mis dedos se tiñen de negro. Miro hacia el techo de la capilla, no hay rastros de hollín. Han vuelto a encender la máquina. ¿Será el dueño de casa que lima la varilla de acero mientras conversa con Antonio? Me quedo viendo la pared de una casa, la irregularidad de las piedras hace que en los intersticios se junte un polvillo negruzco y melancólico que cae sobre la gente que pasa.

La sombra de la montaña ya les ganó la carrera a los islotes, a las iglesias, y continúa avanzando. La mujer de Antonio se incorpora a la conversación. Escucho su risa. El perro sube al muro: es pequeño, con el pelaje dorado, una cola larga y curva. No me ladra. En la puerta de la casa aparece una joven con el cabello peinado en una larga trenza. Su aspecto no corresponde a la voz de mujer que escuché; camina alrededor de la terraza; como nada ocurre, vuelve a entrar. El ferri de Lepetane y el de Kamenari se cruzaron y me lo perdí. No fue exactamente en la mitad, sino más cerca de Lepetane. El dueño de casa y Antonio reaparecen con las chaquetas puestas. El perro aprovecha para ladrar. Antonio se acerca y el perro calla. Se asoma una segunda mujer vestida de negro. El dueño de casa acompaña a Antonio hasta la puerta:

—*Ciao*.

Antonio se detiene en los escalones para contestar su móvil. El dueño de casa y las dos mujeres cierran la puerta. La joven es la última en entrar. Antonio advierte a la persona que está al teléfono:

—*No problem*.

Y continúa bajando las escaleras. Reúno mis cosas, el cuaderno, el abrigo. La sombra alcanza el borde de mis zapatos y, cuando parto, se viene conmigo.

A las cuatro de la tarde aparece sorpresivamente el hermano menor del dueño del bar. Murmura algo al oído del barman bosnio, que le deja su puesto en la barra. Minutos más tarde entra una mujer con traje sastre, maletín y carpeta. El hermano menor está de pésimo talante, su novia accedió a tener una cita con él y justo lo llamó su hermano mayor para que reemplace al barman porque vendrá una funcionaria de Impuestos Internos y en los libros no aparece contratado el bosnio.

–La vida está jodida –reclama vertiendo aguardiente en una copa.

Un par de clientes salen a alertar a los dueños de los demás cafés sobre la presencia de la funcionaria que revisa los libros. No hay que ser experta para entender que el raquítico cuaderno que el dueño tiende a la mujer no está en regla. Como no tiene ninguna posibilidad de reunir el dinero para la multa en las siguientes veinticuatro horas, invita una ronda gratis. El bosnio vuelve al otro lado de la barra y el hermano menor telefonea una y otra vez a la novia que apagó el móvil. Los que beben gratis se burlan de Impuestos Internos, de la economía, de las autoridades, de la mafia rusa y de ellos, que leen el periódico a una hora en la que nada puede hacerse.

El hombre junto al que me siento en la barra me explica que todos los meses tiene lugar la misma escena.

–Después que volví de la guerra vinieron a mi casa a pedirme que les arreglara los libros para ahorrarse las multas. Les hice ver que salía más barato tener los libros al día que pagar un soborno y se enojaron.

Los clientes se retiran sin pagar con la seguridad de que el bar estará allí mañana. Al no haber conseguido el dinero, el propietario se retira con ellos. Su hermano menor vuelve a telefonear, la novia no contesta.

–Mejor voy a dormir –se despide.

El bosnio nos cuenta de una adolescente que cruza todas las tardes hacia la academia en la que estudia piano. Tiene dieciséis años y él está dispuesto a esperarla. Al ver que tomo apuntes el hombre junto al que me siento en la barra pregunta para qué escribo.

–Le encuentro un sentido a las cosas después de que han ocurrido.

–Le das sentido a lo que no tiene.

–Sin sentido no hay ética.

–No, no hay.

–Si fuera como dices, no habrías desertado de la guerra.

–Si no hubiese desertado, los hombres que estaban a mi cargo seguirían vivos.

–Puede que sí, puede que no.

–No escribas –me pide.

Eso dije a mi anfitriona en Eslovenia cuando me preguntó a qué país pensaba dirigirme. Recuerdo que comparé la escritura de *Los perplejos* con el detritus que liberan los salmones cultivados artificialmente en el sur de Chile. Este residuo contamina los microorganismos que crecen en el fondo del mar y que sirven de alimento a la fauna marina. Por esa razón, donde hay plantaciones de salmones, y eso ocurre en gran parte del territorio marítimo nacional, desaparecen los peces, los moluscos y los crustáceos de nuestra infancia. El mismo estrago ha causado en mi vida la escritura de esta novela que no soy capaz de terminar. La única posibilidad, confié a mi anfitriona, es dejar de escribir. Entonces debes ir a K, me advirtió.

–No puedo dejar de escribir –le digo.

–Claro que puedes.

–No sabría qué hacer.

–Sé feliz –opina el bosnio desde la barra.

En el último viaje que hago por la bahía, en vez de bajarme en P como todas las veces que salgo de K, sigo hacia la desembocadura en el mar abierto. Para salir de pesca, los lugareños deben navegar por el río hasta salir al mar. Allí les espera un furioso oleaje que necesitan atravesar cada vez que entran o salen. Animada por la curiosidad, me siento a esperar que un bote lo intente. Al cabo de

unas horas aparece uno con dos pescadores. Aguardan un tiempo que me parece largo en la desembocadura. Pongo mis ojos en línea con los suyos y comprendo que estudian las olas; donde creí ver un mar revuelto, se repite una serie de cinco olas. Los pescadores esperan a que la más pequeña rompa y avanzan por la espuma. Alinean el bote hasta dejarlo frente a la segunda ola, que pasan fácilmente antes de que reviente, y continúan remando. Al comprobar que no alcanzarán a llegar a la tercera, dirigen el bote hacia el lugar donde la espuma, por ser más antigua, es menos destructiva. La última y más alta de las olas se les viene encima. El bote aprovecha el canal abierto por la espuma para avanzar más rápido. Corren como posesos por la gigantesca masa de agua que los eleva hasta quedar suspendidos entre el mar y el cielo. Caer desde esa altura significa volcar y romperse el pescuezo. El pescador que está en la popa mira a su compañero, quien rápidamente va hacia la proa. La ola se desmorona y el bote cae al agua en perfecto equilibrio. Miro hacia atrás, la sombra que me acompaña desde P ha desaparecido.

Santiago

En uno de los libros que consulté durante la investigación para escribir esta novela (cuánto resiento no haber llevado fichas de mis lecturas), un autor cuyo nombre no recuerdo mencionaba un libro de viajes escrito por Benjamín Tudela antes de que Maimónides recorriese Tierra Santa en el siglo XII. El libro no estaba en la biblioteca del Centro de Estudios Judaicos, y la bibliotecaria le preguntó a la directora, con tan buena suerte que esa misma semana obtuve una fotocopia. El editor de Tudela consideró necesario añadir un prólogo con el contexto de la época en la que fue escrito el libro. Leo cosas que me sorprenden: Las velocidades, limitadas por las posibilidades físicas y técnicas del momento, eran harto reducidas, y a ello habría que añadir la rapacidad de piratas y bandidos, coyunturas geopolíticas variables, inclemencias del tiempo y el deficiente estado de los caminos. Lo que me maravilla no es el análisis sino las asociaciones: ¿Por qué los piratas y bandidos eran rapaces?, ¿qué significan coyunturas geopolíticas variables?, ¿se refiere a las inclemencias del tiempo, a los cambios de gobierno? Si hubiese fichado todos los libros que leí desde la niñez, podría averiguar en cuál pasaje, página, cuento o novela aparecen otros piratas y bandidos en circunstancias diferentes y opuestas.

Extiendo sobre la página en blanco de la computadora mi lectura de la introducción y procedo a leer a Tudela. Me maravilla el sonido de los nombres: Gebal, Sidón, Tiro, Akko. Una noche vieja la pasé en Akko. El folleto turístico la describía como un antiguo puerto amurallado donde conviven musulmanes, judíos y cristianos. Todavía está fortificada, aunque no vive del intercambio comercial con

Oriente, sino de los turistas que visitan la muralla, admiran un par de cañones y recorren el zoco, que no tiene más de cien años. Apenas el sol se ocultó, el comercio y los restoranes cerraron. En el dormitorio común del hostal, me encontré con que había otro bolso, le pertenecía a un joven alto de origen nórdico que hablaba inglés. La proximidad de la fiesta nos indujo a salir juntos. No había persona en las calles. Resignados a volver al hostal, creímos ver una luz al fondo de un pasaje. Se trataba de un café. Los clientes eran amigos o vecinos y se mostraron gratamente sorprendidos de cruzar la brecha entre el viejo y el nuevo año en compañía de dos desconocidos, que tampoco se conocían entre ellos.

Sobre mi lectura de la introducción del editor y del relato de Tudela, extiendo la última noche del año viejo. Sobre las ruinas de Akko, extiendo el relato que hace Hayoun de lo que Maimónides habría experimentado al llegar a ese puerto nueve siglos antes que yo: Para Maimónides, todo era nuevo en Akko; sin embargo, los paisajes que lo rodeaban le provocaban la impresión de cosas ya conocidas. La flora y la fauna de Israel no solo le eran familiares por la Biblia, sino gracias a la Mishná y al Talmud.

Busco los lugares mencionados por Tudela en el Antiguo Testamento. Extiendo sobre la página mi lectura de las historias bíblicas que tuvieron por escenario los lugares que visitaron Tudela y Maimónides vistos desde mi departamento en Santiago: Grande es el odio que les tienen los curtidores de pieles, quienes vierten sus aguas pestilentes en las calles, frente a las puertas de sus casas y ensucian el recinto de los judíos, ya sean buenos o malos, agravando la injusticia sobre ellos.

Qué sensación más iluminadora me produce esta descripción después del llamado de Moira que acabo de recibir. Cada mañana al sacar la basura, Moira constata que los perros desgarraron las bolsas que los vecinos insisten en depositar en el árbol que está frente a su casa y que ella barre y baldea. Hoy le tocaron el timbre y le gritaron perra judía. Le pregunto qué hizo para provocarlos: Nada, les pedí que dejen sus bolsas de basura en el árbol que está frente a su casa. El problema, le digo, no es el antisemitismo, es la barbarie. Moira corta el teléfono indignada por mi falta de solidaridad.

Extiendo sobre la página mi lectura de la representación que tiene lugar todas las mañanas en el barrio alto de Santiago, añado las lecturas que de un hecho similar hicieron Lévinas, Steiner, Benjamin. Desde las páginas del Antiguo Testamento que me regaló el esposo de Moira vienen a hacerme compañía Débora, Ester, Raquel, Sara, sus negros cabellos largos, las túnicas blancas barriendo el piso, como en las películas de *Tardes de cine* de Canal 13 que veía tirada en la cama mientras Moira del otro lado tejía sus ficciones.

Extiendo sus nombres como extiendo el río Mapocho, el puente Loreto, el bar del primer piso, las amistades que se hacen y deshacen, el solitario nacimiento de la nieta de mi vecina, sus disputas con el marido, el suicidio del hijo menor de mi mejor amiga, el departamento de Dusina 23, los restos de champú y, por entre los velos que me separan del conocimiento que no alcanzo, deslizo una figura que interroga lo que ocurre en los pequeños cuartos –la Facultad de Historia y Filosofía en Chile y en Córdoba, la biblioteca del Centro de Estudios Judaicos, la sastrería de la calle Coquimbo, la casa de Moira, el Escorpión Azul–, donde se miran a los ojos, esa última noche del año, el ser y la perplejidad.

Montenegro

Salimos del Escorpión Azul, aún es de día. El hombre junto al que me siento en la barra me conduce por una empinada escalera cubierta por un linóleo rígido que atraviesa los cuatro pisos de la casa familiar. El primer descanso lo ocupa una cocina y una mesa. Las demás puertas corresponden al baño y a los dormitorios. Mis ojos no encuentran línea recta donde posarse, parece que los muros, el piso y el techo se hubiesen desencajado y, aun sosteniendo la casa, se observaran con descortesía. En el segundo descanso hay otra cocina y una mesa con un mantel de hule como en el casino de la escuela, de la fábrica o de la prisión. En alguna parte corre agua.

El cuarto donde el hombre que volvió de la guerra no puede conciliar el sueño es una celda con una ventana pequeña al fondo. Una cortina de percal lo protege de la indiscreta cercanía de una casa al otro lado de la calle. Tengo la sensación de haber entrado a mi cuarto en la casa de Moira. El hombre pone un cojín contra la pared para apoyar mi espalda. A mí también me gustaba cruzarme en la cama. A la izquierda estaba el escritorio modular de madera blanca y el puf de plástico azul inflable que Moira me trajo la primera vez que viajó a Miami; el baúl de mimbre que pinté de blanco y el equipo de música donde escuchaba el programa de Radio Concierto, «Para los que están solos o se sienten solos», con Peter Frampton, Olivia NewtonJohn. Por la ventana veía la terraza de baldosas negras y blancas; en el jardín había un almendro y por la pandereta de la casa vecina se asomaba la cordillera de los Andes. En esa época no existía polución y, tirada en la cama, con la espalda apoyada en un cojín, fantaseaba con que algún día viajaría muy lejos para vivir

otras cosas, ignoraba qué, pero no estaban incluidas en el paquete familiar.

La cama del hombre tiene un chal escocés de lana. Mientras bebíamos en el bar, alguien entró al cuarto, abrió la cama para invitarlo al sueño y, sobre las sábanas dobladas, puso su pijama planchado. Le pregunto quién las dobla.

–Mi madre.

Ante mi sonrisa, alega que a ella le gusta hacerlo.

–Cuando me case, mi esposa abrirá la cama para mis hijos. ¿No te gustaría hacerlo?

El hombre enciende el equipo de música y un antiguo televisor en blanco y negro como los Antú, sin volumen. Antes de cerrar la puerta tuvo la precaución de dejar del otro lado sus zapatos y los míos. Sobre el mueble de madera donde están el televisor y el equipo de música, la persona que abrió la cama puso una botella con jugo y un vaso limpio. Permanecemos sentados uno al lado del otro, alejados del doblez y del pijama. El hombre se levanta a sacar una cajetilla de cigarros del paquete que hay sobre el mueble.

–Cuando tengo solo una cajetilla, me obsesiona la idea de que los almacenes van a cerrar. Prefiero tener un cartón –me explica.

La persona que abrió la cama y colocó el jarro con jugo en polvo pasó un paño por los libros, los mismos que estaban en los talleres de los emigrantes en calle San Diego y que sus viudas donaron al Centro de Estudios Judaicos, los que trasladé del taller del esposo de Moira a mi biblioteca, los que están en la oficina del académico de la Escuela de Historia que no llegó a la cita, los de la biblioteca de Providencia y del Café Literario, los del departamento de T en Belgrado.

Las imágenes sin sonido del televisor en blanco y negro proyectan las noticias que en el bar únicamente alcanzamos a ver en adelanto. La cara interior de la puerta está tapiada por una gran bandera de la antigua Yugoslavia. En vez de medallas el hombre pegó recortes de periódicos. Me dejo guiar por la fotografía oficial de la reunión en la que el traidor selló la paz, la del criminal de guerra con un grupo de soldados, la del bombardeo de Dubrovnik, la fotografía de la

matanza de civiles en Mostar y la de él mismo, soldado entre los bárbaros.

En *Aspectos de la novela*, E. M. Forster señala que una vida no da para construir una historia, pero si la hacemos caber en una hora y media, tendremos una obra dramática. El hombre que se comprometió delante de la bandera de Yugoslavia a dar la vida por su país, que creyó a su presidente cuando este anunció por cadena nacional que el país estaba en peligro, que luchó en el ejército serbio y en medio de la guerra se dio cuenta de que el presidente había mentido y que estaba participando en un genocidio; el hombre que desertó y abandonó a sus amigos, muchos de los cuales murieron en la línea de fuego, me narra los diez últimos años de su vida. Le toma poco más de hora y media. Desde la cabecera de la cama contemplo la bandera, los recortes, la imagen de un santo. Todos los días, entre la medianoche y las dos de la tarde, el hombre que conocí en la barra del Escorpión Azul contempla al ser humano cometer traición.

Hasta la religión cree en el arrepentimiento, pienso mirando al santo a los ojos. El hombre que perdió el honor dos veces, al combatir y al desertar, me enseña el arrugado papel que acusa su cobardía, la sentencia a pasar ocho años en una celda y el dictamen de la junta médica que lo salvó al atribuirle una locura temporal. No aparecen narradas las visitas que la madre hace diariamente a la celda para abrir la cama donde no duerme la conciencia.

–Vuelve a trabajar como abogado.

–¿Y pido justicia con la mano que empuñé el fusil?

–Podríamos arrendar una casa deshabitada en P y ofrecer alojamiento a los turistas, o abrir un restorán que sirva comida y bebida todo el año, no como hacen aquí.

–Eres buena para esas cosas.

Le cuento que en este viaje aprendí a conocer el principio racional de las cosas, a conservar repollos en agua con sal, a ahorrar dinero para el combustible que usaremos en invierno, a abrir las ventanas y dejar escapar el humo, a regar una tostada con aceite de oliva, a conservar la comida en potes plásticos.

–Yo puedo hacer eso –replica sorprendido–. No es difícil.

–¿Estás seguro?

–Si es lo que quiero, podré hacerlo. ¡Y eso quiero! –exclama.

–Tendrías que llevar solo lo necesario –le digo.

El hombre contempla la bandera, los recortes con las fotografías de los asesinos, la imagen del santo, los dibujos animados en blanco y negro que emiten después de las noticias, la jarra con jugo en polvo, los libros de derecho, filosofía y ética que no volvió a leer desde la guerra. Le hablo de los libros del esposo de Moira, de las estanterías del Café Literario, del jugo de chirimoyas, del bar de abajo, de las peleas de mi vecina y su esposo, del río Mapocho, del Parque Forestal, de mi amiga cuyo hijo se arrojó a la línea férrea después de pasar la tarde sentado en la cuneta de una calle sin que nadie se acercara a escuchar sus dudas. Pero el hombre que pasa las noches en vela contemplando el error del mundo no necesita palabras, sino los compasivos cuidados que proporciona una fe en la que ya no creo.

A la mañana siguiente salgo por la puerta en el muro por donde hace cinco años entré siguiendo al conejo que se escondió detrás de la biografía de Maimónides mientras en la piscina moría ahogado un ratón. Cruzo a pie la frontera hasta Croacia. El destino queda atrás.

Santiago

Fue en la vieja y a la vez nueva biblioteca de Providencia donde encontré la respuesta al dilema en el que me sumergió la *Guía de perplejos*. Cuando terminé la escuela, nunca más volví al edificio. Supuse que la habían trasladado y me despreocupé. Hasta que caminando por el Parque Forestal, a la altura del puente curvo que cruza el Mapocho, donde antes había una casa colonial, encontré una construcción de cemento y vidrio que respondía al pomposo y literal nombre de Café Literario. En la antigua biblioteca no estaba permitido que los lectores se encontraran frente a frente con los libros; se debía llenar una boleta con los datos copiados de una ficha en la que aparecía el título, el nombre del autor, las dimensiones, el número de páginas. La bibliotecaria desaparecía con el papelito y volvía con el libro. Si al menos los hubiesen encerrado en otro cuarto, pero las estanterías estaban a espaldas de las encargadas y era posible verlos, no tocarlos.

La más antigua de las bibliotecarias había estudiado en el Santiago College y lucía un collar de perlas igual al de la madre de Moira. Yo temblaba cada vez que dejaba en el mesón los volúmenes forrados en cuero azul o verde (ni siquiera las portadas era permitido ver) que escogía. La bibliotecaria leía los títulos y, sin decir palabra, separaba algunos. En una ocasión me armé de valor y cuestioné su decisión. Me explicó que algunos títulos no eran aconsejables para alguien de mi edad. Como en las fichas no aparecía la edad que debía tener el lector, cada vez que escogía un libro inapropiado la bibliotecaria tachaba el título de la boleta y me miraba por encima de sus anteojos; a mí no me engañas, pequeña perversa, parecía

decirme. Cuando le conté a Moira y a mi padre –imaginé la escena en la que iban a humillar a la anciana bibliotecaria, quien se veía obligada a disculparse–, se sintieron aliviados de que alguien pusiera una barrera a mi imaginación.

No bien entré al actual Café Literario, me sorprendió que los lectores se pasearan por las estanterías y tomaran libremente los libros. Busqué los títulos que la bibliotecaria del Santiago College me prohibió. Treinta años después continuaban en el mismo lugar: Virginia Woolf en la «WO», Durrell en la «DU», Simone de Beauvoir en la «BE», Jacqueline Susann en la «SU», Gustave Flaubert en la «FL». Junto a los viejos tomos forrados en cuero azul y verde había otros comprados recientemente que exhibían sus portadas sin temor. La actual bibliotecaria era una mujer madura que trabajó como asistente de la anciana. Dejé sobre la mesa *Madame Bovary* y le di mi número de carné. En la computadora apareció una ficha con mi historial de lectura. La mujer no asoció mi nombre con el de la adolescente que un día, en ausencia de la anciana bibliotecaria, le preguntó por qué me prohibían sacar algunos libros, y ella me contestó que ciertos autores ahondaban en sentimientos que podían llegar a ser destructivos para una joven lectora que aún no discernía entre ficción y realidad. Aquella vez le pregunté cuáles eran esos sentimientos. Mencionó el idealismo, el pesimismo, el inconformismo, pero al ingresar a la computadora la ficha del último de los tres volúmenes que yo había escogido, vaciló. Aquella tarde salí de la biblioteca de Providencia con el primer libro que ahondaba en sentimientos que podían llegar a ser destructivos para una joven lectora que aún no discernía entre lo real y lo imaginario.

Acuciada por la novela que no escribía, un día en mi departamento me acerqué a la estantería donde estaba el tercer tomo de la *Guía de perplejos* que me regaló Ortuzio. Solo me había permitido hojearlo a la distancia, advertida por Maimónides de lo que ocurrió con los que leyeron sin la preparación adecuada. Uno de ellos perdió la razón; el segundo, la vista, y el tercero, la voz.

Lo coloqué junto a la computadora, al taco con los compromisos que podría llegar a tener, al teléfono, a la contestadora, al *Diccionario de ideas afines*, a los mapas, a las fotocopias. ¿Entendí la

Guía de perplejos? Admiré la belleza, la justicia, la exactitud del método con el que Maimónides convirtió ante mis ojos los ojos de Dios. Y en vez de leer con incredulidad: Y vio el Señor, como aparece escrito en la Torá, que Dios tiene ojos, leí: se hizo manifiesto. Estas tres palabras tiñeron el libro como el crepúsculo al caer sobre la biblioteca del esposo de Moira en la calle Coquimbo. Y en vez de los pesados muebles de madera que los padres del esposo de Moira compraron en La Vega para alhajar una casa pareada que nunca sería su casa natal; en vez de las herramientas para cortar, hilvanar y coser; en vez del escritorio lleno de cuentas de luz, agua y gas; en vez del sonido cacharriento de la Isaria que anunciaba a Moira y a su casa en el barrio alto, al dar vuelta la página me encontré con que aquel sentimiento, además de destruir, podía restituir a una lectora que no distingue entre lo real y lo imaginario.

Fustat

Quien conoció Fustat no puede dejar de sorprenderse al ver este antiguo puerto del Nilo con sus puertas y casas desmoronándose, las calles sucias y estrechas. Se dice que los soldados necesitaron veinte mil botellas de petróleo para incendiar la ciudad. El ejército no conseguía vencer el asedio del general Almaric y el visir de El Cairo tomó la decisión más drástica de entre las que le propusieron sus consejeros: ordenó desalojar Fustat. No pensó que sus habitantes se negarían a irse. Los esclavos demoraron un día en prender fuego. Cuando Almaric se dio por vencido, el visir y sus hombres se encontraron con que nada había, nada crecía y nada se sostenía.

El único movimiento que altera a la actual Fustat viene del puerto donde desembarcan las telas, joyas, especias y objetos lujosos de los barcos que prosiguen viaje a El Cairo. Este único día de la semana, Fustat se parece a sí misma, y los que no trabajan en el puerto acuden a contemplar el espectáculo. Cuatro horas tarda Mois en ir y venir de Fustat a El Cairo. Tras contraer matrimonio con la hermana de un consejero del visir, este lo nombró su médico personal. Ahora Mois tiene un salario, una casa y una larga fila de pacientes que le esperan al volver de Palacio.

Los sábados, después del servicio religioso, preside un círculo de lectura. Como la asistencia es irregular, el avance se hace lento y la repetición tediosa. Los asistentes no muestran interés por saber qué hay más allá de lo literal. Mois saltea párrafos completos para obligarlos a admitir que no entienden. Como nada ocurre, continúan estudiando durante todos los sábados hasta que, al aproximarse la hora de almuerzo, el efluvio de las cocinas que se empinan sobre la

calle despierta los estómagos adormecidos por las palabras y se ve conminado a buscar un punto en el cual detenerse. Los más hambrientos guardan el Libro sin preocuparse de marcar la página, otros se acercan a solicitar su consejo. Mois ha llegado a pensar que la única razón por la que soportan las dos horas de lectura sabatina es para contarle sus problemas. Se pregunta cómo hacen para permanecer con los oídos cerrados.

–¡Maestro! –escucha.

En la puerta de la sala aparece un joven que se arroja a sus pies, lleva la ropa en desorden y el cabello mojado, de su cuerpo sale un aroma dulzón, como el de Daniel cuando se enrollaba en el cobertor con el pelo húmedo por el sueño. Mois le ordena que se levante, pide a la cocina un cuenco con agua y azúcar. Rafael le dice entre palpitaciones su nombre y que viene de Alejandría.

–¿Cuántos días tardaste? –lo interrumpe Mois.

–Tres.

–Ayúdenme a llevarlo. Necesita descansar.

Rafael abre los ojos, se encuentra tendido en un camastro con una manta de lana sobre sus piernas doloridas. El cuarto es un depósito, hay olor a sebo, a combustible, a granos. Coge un cuenco de agua aromatizada con pétalos de azahar a la usanza cordobesa. Escucha voces de mujeres que vienen del pasillo. Recuerda a su madre y a su hermana, tan lejos de él. Cuando tomó la decisión de huir de Ceuta, alentado por el dictamen que obligaba a los conversos a vestir una capa negra con una señal amarilla, en su mente apareció Mois como único destino. Le bastaron las primeras líneas del Compendio de la Ley para saber que él podía guiarlo por el camino que conduce a la perla que las Escrituras esconden de las mentes simples. ¿Será él digno del mayor de los conocimientos? Conocido en Ceuta por escribir poesía, los escritos filosóficos de Rafael se limitan a la interpretación de un pasaje del Cantar de los Cantares; a pesar de que se atrevió a leer el Cantar con los ojos de Aristóteles, tiene dudas de si fue impropio mirar a la esposa con los ojos del que no es su marido. La posibilidad de una contradicción entre religión y filosofía lo atormenta. A Mois le escribió desde Ceuta. A la carta le sumó su comentario del Cantar de los Cantares y un par de poemas.

En las últimas líneas le rogó que lo aceptara como discípulo. Al no tener respuesta decidió venir hasta su casa. Se pregunta si será correcto salir del cuarto. Espera durante un tiempo prudente y se levanta. Las tablas del piso crujen, nadie aparece. Se para delante de la puerta. Creyendo que está cerrada, golpea y esta se abre. Rafael se disculpa, abochornado. La mujer del filósofo lo invita a unírseles. Nunca imaginó que vería al maestro mordiendo un trozo de carne. Eso aumenta su vergüenza y tartamudea. Intenta escabullirse, la esposa no se lo permite.

–De ninguna manera vas a salir a la calle con el estómago vacío, podrías volver a desvanecerte. Siéntate –lo invita, abandonando su puesto para acercarse al fuego donde hierven las cacerolas.

Rafael se ve obligado a ocupar el lugar de la mujer, quien, al no encontrar carne en la olla, coge la presa de su plato y la pone en el del joven.

–Mi esposo me dijo que viniste de Alejandría en tres jornadas. Si es verdad, estás loco. ¿Buscas enfermarte?

Estimulado por las preguntas de la mujer, Rafael narra las dificultades que tuvo en el viaje, los intentos del guía por timarlo, el abandono, la espera sin comida o agua. Sus palabras, bellamente adornadas, resultan encantadoras para la mujer, no así para Mois, que permanece en silencio. Rafael confía en que le abrirá su despacho para conversar a solas, pero el filósofo se limita a conducirlo a la puerta y lo invita a la lectura del próximo sábado. Rafael no sabe si estar contento. Ambos se mostraron amables y le brindaron numerosas consideraciones tratándose de un desconocido. Hasta podrían acusarlo de ingratitud si no fuese porque en una habitación de esa casa descansa una carta suya donde confiesa su admiración por las ideas del filósofo y le ruega que lo acepte como discípulo.

Rafael supuso que el sábado iba a encontrar al maestro rodeado de aspirantes que buscaban ser introducidos en el conocimiento

profundo de las Escrituras. Lo confunde tanto la ausencia de personas instruidas como el hecho de que el filósofo no va más allá de lo literal. Confía en que, al hallarse a solas, el otro mencionará su comentario del Cantar de los Cantares. No sabe qué decir cuando le reitera la invitación para el sábado siguiente. ¿Es que conociendo sus estudios lo sitúa al mismo nivel que un grupo de lectores sin más instrucción que la religiosa? Cuatro pasos lo separan del exterior, tres, dos, uno. Si su incertidumbre pudiese resistir siete días más.

–Maestro –le dice–, me sorprende que la lectura del sábado se limite al significado literal de los pasajes.

–Si has leído a Nasi como aseguras, sabrás que, mientras para los hombres cultos e instruidos la especulación filosófica es un deber casi religioso, se prohíbe dar los resultados a la masa de incultos.

–Aun cuando las almas simples no estén capacitadas para comprender lo profundo, es nuestro deber advertirles que lo que toman por verdadero es solo apariencia –protesta Rafael.

Cuando el Compendio de la Ley comenzó a circular por Europa, Mois se encontró con que no lo entendían. Nadie aclaró qué parte presentaba dificultades; si el lenguaje, la clasificación, el estilo... A los únicos que el Compendio atrajo desde el comienzo fue a los estudiantes que se acercaron con la intención de convertirse en sus discípulos. Bastaba que les entregase los textos básicos para que no volviesen a aparecer. Mois sospecha que los anima el interés de conseguir un puesto en el extranjero. La persecución dejó a muchas comunidades sin lectores que hicieran de intermediarios entre los fieles y el Libro. Estas agrupaciones ofrecen a los estudiantes un puesto, un salario, una casa y, si además ejercen funciones de rabino, pueden oficiar casamientos, funerales y bar mitzvás.

Ahora que tiene ante él a un joven con genuino deseo de aprender, formado en medicina, religión, filosofía y poesía, ¿por qué vacila? De la carta de Rafael no le impresionaron sus conocimientos o los poemas, exageradamente líricos y sensuales para su gusto, sino su deseo de aprender a leer. ¿Y si su pasión por aprender sobrepasa sus capacidades?

La esposa del filósofo entra inadvertidamente con el almuerzo para ambos. Rafael espera a que el maestro le comunique con

palabras o un gesto que lo acepta como discípulo. Sin un comienzo, cabe la posibilidad de que tampoco exista un fin, entonces, ¿cómo saber cuándo alcanzará el conocimiento más hondo de todos?

Mois deposita cinco libros sobre la mesa.

–Comenzarás por las matemáticas.

–¿Y después de las matemáticas?

–Un hombre de conocimiento no querrá avanzar demasiado aprisa sin realizar los estudios preliminares.

¿Será que mis primeras palabras me condenaron ya?, se pregunta Rafael al cruzar la puerta.

El camino que une El Cairo y Fustat es el único lugar donde Mois puede estar a solas con sus pensamientos; entonces vuelve los ojos hacia la filosofía. Desde que Rafael apareció, no deja de pensar en el Centro de Traductores de Córdoba, en los dedos del profesor de lógica cerrándose alrededor de su brazo y su voz susurrante: Será el fin del misterio.

Por más que Rafael intenta sacar de su mente los pensamientos que no tienen relación con los libros que el filósofo le entrega cada semana, no puede dejar de pensar en la diferencia que existe entre el cordobés y la figura que modeló en su imaginación. No es la primera vez que un autor aparece en una figura esmirriada y al borde de la extinción, pero lo que más le impresiona es el destello agazapado en lo profundo de sus pequeños ojos café. ¿Cómo es que alguien que alcanzó el mayor de los conocimientos carga esa tristeza? ¿Acaso la luz trae dolor y no dicha al que ve? En Ceuta escuchó hablar de maestros que guían al discípulo hasta la primera puerta con el pretexto de que no está capacitado para más. Rafael intenta convencerse de que, si el cordobés lo aceptó, fue porque vio en su comentario y en sus poemas que tiene aptitudes. Entonces,

¿por qué en vez de avanzar lo entretiene en labores triviales? Rafael conoce lo que dicen las Escrituras respecto del peligro de entregar conocimiento a una persona equivocada. ¿Estaré entre los imperfectos? Atormentado por las dudas, le dice al maestro que necesita hablarle a solas.

–El sábado –contesta Mois.

El sábado todavía ignora cómo va a responder a la pregunta que Rafael no tardará en formularle. Piensa en el desaliento que debe haber sentido el Juez cada vez que su hijo mayor le exigía acortar el camino que conduce al conocimiento profundo. Si el Juez le permitió seguir, fue porque comprendió que era digno de ese secreto.

Rafael deposita sobre la mesa los cinco libros de matemáticas ya leídos.

–Ahora vas a introducirte en la geometría y la astronomía –señala Mois, escogiendo otros cinco.

–Llegó a mí el comentario acerca de Ezequiel.

El relato del profeta Ezequiel es uno de los que presenta mayores dificultades para interpretar. Se necesitaría una vida de estudios para acometer un solo pasaje. Mois se pone en alerta: Rafael no debe pensar en esa posibilidad.

–Leer sin estar preparado es como caer a un pozo profundo. Si no tienes los medios para salir, perecerás –le dice.

Rafael guarda los cinco libros en su morral.

–Antes de interpretar es necesario que desarrolles la capacidad de disipar tus dudas. El estudio de las ciencias preparatorias te dará la fortaleza que necesitarás luego. Esa es la razón que me anima a escoger estos libros para ti.

Mois se pregunta si será necesario ponerle una prueba. Hace varios años tuvo la intención de corregir las tablas de Azarquiel, pero sus ocupaciones se lo impidieron. Rafael podría ayudarle.

–¿Conoces las tablas de Azarquiel?

El tono del maestro reabre la esperanza de Rafael.

–No pienses que es tarea fácil. Estudiarás geometría, cálculo, astronomía.

A los cinco libros que Mois escogió antes, añade cinco más. La corrección que Rafael haga de las tablas le permitirá observar de

cerca sus capacidades. Si descubre que no es apto, lo habrá conducido solo a la primera puerta.

Al traspasar las puertas desmoronadas de Fustat a Mois le espera una extensa fila de pacientes que traen sus enfermedades o las de un familiar que no pudo venir. A cada uno le entrega una lista con normas y prohibiciones. Los pacientes se lo agradecen y regresan con un nuevo síntoma. Mois les pregunta si cumplieron con la receta y se sorprenden como niños en falta. Si les pregunta cómo pretenden sanarse si no ejercitan su voluntad, se lo quedan mirando.

Mois recibe noticias de que el Compendio de la Ley comienza a ganar lectores en Francia. Se elogia el hecho de que haya sido capaz de bloquear su imaginación inventiva en pos de aclarar la Ley: un esquema claro y sencillo, sin lugar para las conjeturas. Al fin, alguien rechaza el pensamiento complicado que se pierde en las consecuencias incontrolables de la embriaguez especulativa, rechaza la tendencia hacia lo intrincado, la complejidad y la complicación. El autor elige la vía más corta del pensamiento, evita los saltos arriesgados, el arrebato vertiginoso de las conjeturas sutilísimas.

El único mueble que se salvó de la errancia que comenzó en el sur de España fue el aparador de ébano con incrustaciones de nácar y molduras labradas que llegó a la casa de Córdoba con la dote de la madre de Mois. Mientras ella vivió, en los cajones guardaba trozos de encaje, pieles, joyas, los rizos de Daniel y los de él, guantes, el contrato nupcial. A Mois le gustaba estar presente cuando ella abría el cajón y los objetos familiares aparecían extraños a sus ojos. A su muerte, el Juez comenzó a guardar allí los libros prohibidos a cualquier lector. Cada vez que Mois siente acercarse la tristeza, saca el libro con la cubierta forrada en piel y adornada con orfebrería de plata que le entregó el Juez el día en que prohibieron el judaísmo. En la última página encuentra algunas hojas sueltas, ilegibles, con la

tinta deslavada. Las acerca a su nariz, huelen a sal; las acerca a sus ojos y vienen las olas, los cabos, las jarcias, la tormenta.

Rafael se encuentra con que la casa está más silenciosa que otros días.

Mois le explica que su esposa está indispuesta.

–Aun cuando es pasajero, preferiría quedarme a su lado. Pero me comprometí a viajar a Alejandría para entregar un dictamen en un caso de divorcio. Me pregunto si podrías ir en mi lugar. Te daré los detalles mientras cenamos. Ven, vamos a la cocina a ver qué podemos hacer.

A Rafael lo conmueve que el filósofo piense en su estómago. Generalmente, es su mujer la que se preocupa de alimentarlos cuando llevan muchas horas de encierro.

–¿Te molestaría encender el fuego? Primero debes colocar astillas.

Rafael mira a su alrededor y no encuentra ninguna, le avergüenza preguntar.

–En el patio –se anticipa Mois.

Sigue las instrucciones: las astillas, el papel, los troncos. Le parece que la equivocación acecha sus movimientos. El cordobés vierte el agua hirviendo sobre las verduras, deja caer un chorro de aceite y un puñado de sal. Rafael cree recordar que su madre freía primero los ingredientes. Alrededor de la mesa en la que esperan, se asientan las sombras. Se pregunta si debe hacer ver al maestro la necesidad de encender una vela.

–Hay algo que no consigo entender –comienza a decir.

Cuántas cosas a su edad Mois no entendía. Y ahora, ¿entiende?

–¿Por qué el maestro jamás se refiere al significado profundo de las Escrituras en las reuniones de los sábados?

No es la primera vez que Rafael insinúa que Mois traiciona sus principios. Decide abordarlo desde un punto de vista definitivo.

–Lo más probable es que, cuando lleguemos a una religión íntegramente espiritual, la Ley se vuelva obsoleta –le dice Mois.

–Pero eso es ir más allá de todo lo que se ha dicho –le dice Rafael.

Mois recuerda la tarde anterior al asesinato de Ezra, cuando expresó al rabí su deseo de escribir un comentario sobre las bases éticas y filosóficas, y el sabio le hizo ver que su pueblo necesitaba un acceso directo y claro a la Ley. Doce años tardó en escribir el Compendio. Hace unos días, la máxima autoridad de los judíos, que nombra a los jueces en Europa y África del Norte, cuyo sello está en todos los diplomas, a cuyas disertaciones asisten estudiosos de probada sabiduría y cuyo público nunca desciende de quinientos; a quien atienden sesenta criados y solo usa ropas bordadas con los hilos de oro que solo utiliza el rey, y cuyos aposentos están cubiertos de seda como en Palacio, proclamó que el Compendio está plagado de herejías y errores. De todas partes acusan a Mois de haber traicionado el espíritu de la Ley, de haber borrado los comentarios e interpretaciones de los sabios, de haber omitido los casos, los autores, las fuentes, el método. Lo más doloroso es que la vida del pueblo no mejoró por tener la posibilidad de acceder a una ley clara y simple; sabiendo cómo actuar, prefieren ir en contra de las prescripciones y prohibiciones. Los conversos ya asumieron las costumbres islámicas y en Alejandría nadie respeta la frontera entre rabínicos y caraítas. La mayoría cree que las velas son velas; el pan, pan; las estrellas, estrellas. Si todavía se respetan algunos rituales, es por temor al castigo de Dios. Josefo se hubiese reído. El influjo que los estudiosos atribuyen a los libros fue siempre motivo de burla para él. Un viajero que pasó por el valle de Sekem le contó a Mois que en el lugar ya existen dos colonias de inmigrantes: un grupo trabaja en las minas y el otro cultiva la tierra. Han soportado plagas, sequías y falta de alimentos. Hace poco construyeron un sistema de riego y las cosas marchan mejor, la gente se queda porque no tiene dónde volver. Josefo siempre está fuera y Helena dirige las colonias. El viajero le dio a entender que se retiró a causa de cierto problema que se abstuvo de mencionar. Helena y Josefo no tienen hijos y continúan viviendo en la casa junto al risco, pero lo que sorprendió a Mois fue que el viajero se refirió a Helena como una mujer de piel morena.

–Cada vez que un pensamiento dominó al mundo, nuestro pueblo

protegió sus libros –continúa diciendo Mois a Rafael–. Los sabios limaron las palabras hasta conseguir que se volviesen opacas a los extraños y luminosas para el pueblo del Libro.

¿Acaso la intención del filósofo es fundar una academia?, se pregunta Rafael desconcertado. Mois le ha confiado más que una reflexión, le ha confiado un ideal noble, un compromiso para toda la vida: devolver al pueblo sus bases éticas y filosóficas, ponerlas a la altura del pensamiento científico, crear un diálogo entre dos rostros. Nunca escuchó algo así. Y se lo ha confiado a él, su discípulo. Rafael no sabe cómo se siente; fuera de sí se siente.

En el silencio que sigue Mois tiene la incómoda sensación de que Rafael lo ha malinterpretado. La ausencia de los pacientes que acostumbran a atestar la casa lo llevó a hablar en voz alta. Rafael le pregunta cuándo empezarán, si ha pensado darle la forma de un comentario o un dictamen, qué libros será necesario leer. Mois se siente cansado y sin fuerzas, le promete que hablarán a su regreso

La sirvienta le avisa a Mois que en la puerta espera una familia que caminó dos días río arriba para consultar al médico. El enfermo es el menor de los hermanos, su piel está cubierta de llagas. Mois sospecha que se trata de una enfermedad nerviosa y formula preguntas a la familia para llegar hasta el fondo del mal. Habiéndose formado un cuadro, toma el Libro y se inclina por el relato de Isaac y Rebeca. La primera en quebrarse es la madre. El hijo mayor la mira con desprecio. El menor, angustiado ante el sufrimiento de la mujer, corre a cobijarla.

–Me odia, soy su madre y me odia. Dios es testigo de que actué así por miedo –explica la llorosa mujer a su hijo menor.

–Con estos oídos te escuché decir a una vecina que por culpa de nuestro padre te habías vuelto pobre –acusa a su madre el hijo mayor.

La mujer sufre un acceso de hipo:

–Te lo debiste de haber inventado. ¿Por qué diría yo algo así? ¿Y a

una vecina? Creciste odiándonos, a tu propia familia, no lo niegues. Tengo pruebas, todos estos años he guardado las pruebas de tu odio previendo que lo negarías todo.

A Mois no deja de admirarlo que, habiendo pasado los años, las historias del Libro continúan repitiéndose. Espera a que las emociones se apacigüen para devolverlos a la fábula y a las enseñanzas que la familia puede extraer bajo su guía. Los cuatro se muestran agradecidos por sus consejos y repiten los elogios que escucharon decir sobre él.

Sus pacientes saben que en la mesita octogonal del pasillo hay un cofre de plata donde deben depositar el importe de la consulta. La familia sigue de largo. Podría pasar por alto la omisión, doscientas rupias no afectarán su economía. Está acostumbrado a que sus pacientes se quejen de pobreza. Por ese motivo estableció un margen entre doscientas y quinientas rupias, de acuerdo con el ingreso de cada uno. Por supuesto, la mayoría se contenta con pagar el mínimo. Lo que le irrita de los cuatro que han venido a verle es que no parecen considerar que les prestó un servicio que comprometió su saber y su tiempo.

–La contribución se deposita en el cofre que está sobre la mesita –les señala Mois al pasar.

–¿Contribución? –pregunta el padre.

Mois no tiene por costumbre cobrar a los indigentes, ¿se habrá equivocado? No le pareció leer signos de pobreza en ellos.

–La consulta tiene un costo –señala–, debieron escucharlo de la persona que les habló de mí.

La familia lo mira sorprendida.

–¿Y cuánto es? –pregunta el hijo menor.

–Entre doscientas y quinientas rupias, de acuerdo con sus posibilidades.

–De todas maneras, no podemos pagar quinientas, advierte de inmediato el hijo mayor.

–Como le dije, cada paciente aporta según sus posibilidades.

El padre extrae la bolsa de su túnica.

–Espera, Mehmed –lo detiene la esposa.

Su tono corresponde al de quien no está dispuesto a dejar pasar

una ofensa a su familia.

–Esta norma no es válida solo para mí. La practican todos los doctores de Fustat y Alejandría. Vivo de la medicina, así como el carpintero de las refacciones y el zapatero de...

–Si es así, quiero saber dónde está la receta. Porque usted nos leyó un pasaje del mismo libro que tenemos en casa.

¿La receta?, ¿de qué habla? La afección del joven es causada por la odiosidad encubierta que existe en su familia. Podría haberle recetado ciertas hierbas anestésicas, pero únicamente aliviarán los síntomas, que de todas maneras desaparecerán en algunos días.

–Nuestra madre tiene razón –asevera el menor–. Usted no me recetó.

Están insinuando que Mois pretende timarlos. Sus alabanzas todavía suenan frescas en sus oídos. Cuánto desearía refugiarse en la lectura en vez de perder el tiempo con esta gente.

–Nosotros somos gente de paz –interviene el padre–. Solucionemos esto de buena manera. Usted nos extiende una receta y nosotros le pagamos las doscientas rupias.

Los hermanos depositan los morrales en el suelo, dejando en claro que no van a irse sin la receta. Mois se ve a sí mismo coger un papel y escribir los nombres de las hierbas, especificando los cuidados que deben tener en su aplicación.

La madre se lo arrebata:

–¿Y qué pasa si mi hijo no sana con esto? ¿Tenemos alguna garantía?

¿Qué le contestaría a la mujer la persona que ha ocupado el cuerpo de Mois?

–Señora, esta pomada va a aliviar sus molestias, pero lo que su hijo necesita es un ambiente de respeto y afecto.

–Eso es lo que dice usted.

–Vamos, mujer, ya hemos perdido mucho tiempo y nadie nos lo va a reponer. Deja las monedas en la mesa –le indica el padre a su hijo mayor.

Al regresar por el pasillo, Mois descubre que el joven dejó las rupias fuera del cofre, a la vista de quien pasa.

La columna de perplejos ya está formada nuevamente delante de su casa. Mois escucha el sufrimiento de un profesor al que las consultas ajenas impiden escribir, a una mujer que solo puede comer duraznos, a la esposa que botó los utensilios del sastre cuando este enfermó, a un mozo cuya novia se fue con otro, a un joven que vagabundea por las calles en malas compañías, a un comerciante viajero que descubre a su esposa bebiendo alcohol, a una mujer que engaña a su marido ante sus narices, a una joven que consulta por su amiga que vive en el más completo desamparo, a una anciana que ha descubierto que el estudiante que aloja en su casa engaña a sus padres, a un hombre que se cree rey, a un pintor con dinero que desea vivir en una torre, a un joven que pasa las noches en vela y los días sin luz, alumnos aventajados en ciencias, filosofía y religión que se sienten paralizados por las contradicciones que creen ver entre la palabra nacida de la razón y la palabra divina. En todos los lugares sus ojos se encuentran con el error. El error lo mira y le dice que de nada vale que haya descubierto el camino que conduce a la palabra.

En Alejandría Rafael deslumbra y se deja deslumbrar. Las personalidades rivalizan para invitarlo a sus casas y le plantean toda clase de asuntos, mostrándose ansiosos por conocer su opinión. Él sabe que sus palabras serán interpretadas como si fuesen las del maestro y procura mostrarse reservado. La comunidad se admira de que a sus años tenga profundidad de juicio. Le piden que recite sus poemas y un editor propone reunirlos en un libro. A Rafael se le hace extraña la distancia entre la reserva del maestro y los elogios de los alejandrinos. Debe ser porque ninguno de ellos alcanza la estatura del filósofo. No caerá en la trampa de una satisfacción fácil, sabe cuán lejos está del verdadero conocimiento. Aun así, sus pensamientos asombran, persuaden, conmueven.

Entre los que frecuentan a Rafael está el jefe de la comunidad de Alepo, quien se muestra sorprendido de que el cordobés haya

confiado en un discípulo. Rafael le explica que lleva un año estudiando con él.

–Habrás tenido que leer mucho.

A Rafael le parece que el otro pregunta lo que ya sabe.

–Las lecturas han sido apasionantes, todas ellas –afirma.

–Es un estupendo guía. Y dime, ¿ya te inició en la lectura profunda?

Si no hubiese sido por el encuentro que sostuvieron el día anterior a su partida, donde el maestro le confió el proyecto de escribir juntos una gran obra, Rafael habría tenido que confesar la verdad.

–Comenzaré a mi regreso.

–Como te conté, buscamos un jefe espiritual para nuestra comunidad. Somos una ciudad pequeña, pero los comercios han florecido y queremos formar una casa de estudios, una biblioteca y financiar a estudiosos que lean las Escrituras para que Alepo sea conocido como un gran centro del pensamiento. En un año más te voy a enviar una carta. Si hasta entonces no te has iniciado en la lectura profunda, vendrás a Alepo.

Mois recibe una carta de su amigo y defensor, el rabí de Alejandría:

> La comunidad se rebeló contra el Compendio de la Ley. Todo el pueblo se congregó a la entrada de mi casa y me dijeron: No podemos seguir obedeciéndote, pues permites lo que te place y prohíbes lo que no te gusta. Las tradiciones nos dicen que un hombre manchado no puede orar sin bañarse antes, pero basándote en el Compendio has permitido que recen, asistan a la sinagoga y lean la Torá sin purificarse. El pueblo amenaza con procesarme y se ha quejado a las autoridades de que el Compendio de la Ley no tiene razón. Necesito conocer la fuente en la que te basaste para escribir este dictamen.

No recuerda quién es el autor de la cita, en qué libro la encontró. Para construir ese dictamen recorrió tantos caminos, se detuvo a

contemplar tantos paisajes, conversó con tantos pensadores, bebió de tantas fuentes. Los primeros años recordaba los nombres de los autores, podía decir el lugar preciso que el libro ocupaba en la biblioteca, pero tras la muerte de Daniel el orden se alteró.

Un viajero cordobés le cuenta a Mois que Nasi fue llamado del exilio a la corte en Marruecos. Su traducción de la *Metafísica* será reivindicada y enseñada en todas las madrasas del islam. Y a Mois, ¿lo recordarán como el que borró la tradición literaria de su pueblo; el que cortó la fuente, podó las disquisiciones, los procedimientos, los casos acumulados por siglos? Le viene a la memoria el sonido del Guadalquivir por las mañanas, cuando se dirigía al Centro de Traductores. Vislumbra a un estudiante que permanecía después de que todos se hubieran ido para sacar a escondidas del cajón del corrector jefe las páginas de la *Metafísica* traducida por Nasi; un joven que soñaba con restituir al judaísmo sus bases éticas y filosóficas. Las imágenes desvaídas susurran lo que permanece incumplido.

A su regreso de Alejandría, Rafael percibe un cambio en Mois. Sus respuestas son esquivas y, si insiste en buscar explicaciones que van más allá de la religión, el cordobés critica su exceso de imaginación. El joven tiene la impresión de que en su ausencia hubo un desplazamiento y lo que era digno de elogio se volvió incómodo. ¿Acaso no es la imaginación la tercera cualidad de los profetas? ¿Y si el maestro no ha cambiado? ¿Si es él quien necesita más reconocimiento? Rafael siente vergüenza ante la posibilidad de que el maestro haya olfateado el rastro que dejaron los elogios recibidos en Alejandría.

El despacho se encuentra atestado de libros sobre serpientes, venenos y antídotos.

–¿De verdad no le gustaría volver?

–¿Volver dónde? –pregunta Mois sin levantar la cabeza.

–Alejandría está llena de personas cultas y en todas las casas que visité sostienen conversaciones de temas filosóficos. Aquel a quien mencioné vuestro nombre expresó su respeto y elogió vuestra sabiduría.

Mois no quiere imaginar los lugares por los cuales anduvo su nombre. Rafael es alto y apuesto, corresponde al tipo de jóvenes que seduce a hombres y mujeres. Deben haberlo lisonjeado.

–Me enteré de que en Europa han comenzado a traducir el Compendio –sigue el joven.

Entre los deberes de Mois está escribir un tratado sobre los venenos. Como las mordeduras de serpientes son la principal causa de muerte entre los egipcios, no pudo negarse a la petición del visir. De todas partes le llegan solicitudes para que escriba sobre higiene, alimentación, hierbas, supersticiones; todos los pedidos son urgentes. El único tiempo del que dispone para escribir es el trayecto entre Fustat y Palacio. Cuando vuelve a casa, los pacientes forman una hilera que dobla la calle. Y los sábados por la tarde llega Rafael con sus preguntas.

–¿Usted jamás se ha dejado llevar? –inquiere Rafael.

Mois escucha el acomodo del papel, el corte, el suspiro, el agua, el sol, los pasos presurosos.

–En dos ocasiones.

El rostro del filósofo palidece.

–La primera vez me dejé llevar por la idea de que el mundo existe en función del ser humano y que su fin es el conocimiento. Las personas que carecen de conocimiento vienen a este mundo a servir al sabio que habita una torre de cristal. Esta idea hizo que mi hermano Daniel trabajase en el comercio de piedras preciosas para que yo pudiese estudiar. En uno de sus viajes el barco naufragó y su cuerpo jamás fue hallado. Hasta ese momento creí que las reglas éticas de la religión y de la filosofía entregaban al hombre una libertad de espíritu y una entereza que era capaz de aplacar todas las incertidumbres de la existencia, creí que nada lograría arrancar al

hombre sabio de su equilibrio interior, ni una felicidad inesperada ni una desgracia. Cuando Daniel murió, me dejé llevar por el dolor.

De camino a casa del filósofo, Rafael tiene la sensación de que el amor a la verdad puede llegar a ser aterrador. Por primera vez en el año que llevan estudiando juntos no encuentra a Mois en su casa. La esposa le informa que salió a visitar a un paciente. Está cocinando bullicos para la cena.

–A Mois le encantan, puede comerse cinco de una vez –le cuenta.

La imagen del maestro atiborrándose de bullicos desconcierta a Rafael. El olor que sale del horno lo devuelve a Ceuta. Al menos una vez a la semana su madre y su hermana horneaban. El aroma se escurría hasta la calle donde jugaba con sus primos. El joven recuerda que el maestro mencionó la indisposición de su esposa.

–Fue una molestia pasajera –afirma la mujer–. El bebé se ha portado bien.

Rafael sigue las manos de la mujer al abrazar su vientre. Mois debió ignorar que estaba encinta cuando le pidió que fuese a Alejandría, pero tampoco se lo dijo a su regreso y entonces sí debió de estar enterado. Se pregunta si existe alguna relación entre el hecho de que vaya a ser padre y su cambio de actitud. Rafael sabe que un maestro puede traspasar sus conocimientos a un solo alumno. ¿Ahora que tendrá un hijo se arrepintió de iniciarlo?

–¿Por qué no vas al despacho y nos dejas cocinar a nosotras? –sugiere la mujer creyendo que el joven se aburre.

A Rafael le extraña la presencia del aparador de ébano con incrustaciones de nácar y molduras labradas. Puede que siempre estuviera en el cuarto y si ahora reparó en él se debe a que uno de los cajones permanece abierto. En el interior hay un libro antiguo que nunca antes vio. La cubierta está forrada en piel y adornada con orfebrería de plata. Pasa su mano por la piel, empuja el botón y lo desliza por el ojal. La fecha manuscrita en la primera página le indica que es más antiguo de lo que supuso. Fue copiado en la ciudad de

Madián, debe provenir de la famosa academia. Recuerda haber escuchado a Mois decir que su padre estudió allí con Iakov. Todas las precauciones son pocas al volver la página. Reconoce la letra de su maestro, aquella otra debe corresponder al Juez y... a Iakov. Le atormenta que Mois no haya vuelto a mencionar el proyecto de dotar al pueblo de una base ética y filosófica que le permita encarar el mundo científico. Está convencido de que Mois descubrió que Rafael no tiene las cualidades para recibir el conocimiento profundo, y que teme decírselo para no causarle aflicción. Todos los días se hace el propósito de preguntarle.

La carta de Alepo con el nombramiento de Rafael llega en la fecha prometida junto a una cuantiosa suma de dinero para costear el viaje desde Fustat. La comunidad está dispuesta a financiar una casa de estudios y una biblioteca. A Rafael ya no le atormenta la idea de que le faltan cualidades para recibir la tradición profunda de las Escrituras. Tampoco piensa que Mois actúa de mala fe, ni le causa dolor que omita decirle que lo conducirá solo hasta la primera puerta. La carta de Alepo le hace ver que las cosas acontecen en su posibilidad y en su imposibilidad. Decide contarle a Mois que va a partir. Cuando llega a la casa, el maestro tiene a su pequeño hijo sobre las rodillas. La cabeza rizada apenas sobresale del libro. La esposa zurce en una banca junto a la ventana. El fuego está encendido.

–Qué sorpresa. Ven aquí junto al fuego –lo recibe la esposa. El niño golpea la mesa y emite sonidos ininteligibles.

–Rafael –le enseña Mois–. Ra-fa-el.

El niño estira los brazos para que la esposa lo coja.

–Pobrecito, tiene hambre. Nadie se ha preocupado de alimentar ese cuerpito.

El niño ríe con las cosquillas. Rafael aprovecha que el filósofo tiene las manos libres para tenderle la carta de Alepo.

–Aquí dice que no repararán en gastos, qué bien.

–¿Qué escucho? ¿Ya nos dejas? –interrumpe la esposa con el niño en brazos.

Rafael siente una opresión en el pecho.

–Lo único que me detiene son mis estudios con el maestro, tendré que suspenderlos.

Desvía los ojos para no delatar su esperanza de que el filósofo lo retenga.

–Qué locura –exclama la esposa– desestimar una oportunidad así. Serás un magnífico rabino. Tiempo para estudiar tendrás.

Rafael busca infructuosamente los ojos del maestro. La esposa salva el incómodo silencio.

–Un joven como tú formará una familia, tienes que pensar de qué vivirán.

La sirvienta abre el horno para sacar la hogaza de pan. El niño corre hacia el fuego, el filósofo se levanta y lo reprende. La esposa, más paciente, atiende los movimientos del niño hasta que pasa el peligro.

–Un discípulo no puede avanzar sin un maestro –invoca Rafael.

El día que llegó a la casa de Mois, este le pidió que no lo llamase maestro. Rafael obedeció pensando que era un asunto de modestia. Ahora se da cuenta de que nunca lo aceptó como discípulo. La única referencia está en una carta que envió desde Alejandría y que el otro jamás contestó.

–Te haré una proposición que te resultará conveniente –le señala Mois, poniéndose de pie–. Seguiremos estudiando y me plantearás tus dudas por carta. Me comprometo a que ninguna de ellas quedará sin respuesta y que me explayaré sobre todos los pasajes que parezcan dudosos.

¿Acaso le está diciendo que lo introducirá en la lectura profunda de las Escrituras?

–Bien sabes que a una gran mayoría le basta con obedecer a los rabinos y cumplir el sentido literal, pero unos pocos elegidos tienen la capacidad de confrontar lo que creen con lo que saben. Para llegar a formar parte de estos hombres hay que alcanzar una fe infalible. Escúchame bien, Rafael: una fe irrestricta en que la Ley es divina, pero que necesita ser revelada. Además, debes poseer un

conocimiento acabado de las ciencias. Solo así podrás dejar de experimentar la contradicción entre lo que sabes y lo que crees, y la filosofía y la religión obrarán en un mismo sentido. Me comprometo a explicarte por escrito los pasajes difíciles, las parábolas proféticas y todas las expresiones que se esconden tras lo literal.

Rafael cruza la puerta de la casa con la promesa del maestro en los labios.

Dubrovnik

Las ocho, las nueve de la mañana. Está lloviendo. Un gran mapa a la entrada de la ciudad muestra los lugares destruidos durante el bombardeo. Los achurados indican si la bomba cayó sobre un monumento histórico, una calle, una casa, un cuarto; si destruyó los cimientos, el techo, el techo y los muros o solo los muros. Desde el cuarto del hombre triste de K que desertó de la guerra no fue posible ver los marcos rotos de las ventanas, los fragmentos de vidrio, la pata de la silla, el plato ennegrecido, la lana del colchón. Desde aquí no se alcanza a ver la celda donde pasa las noches en vela el hombre que no puede olvidar la traición.

Fustat. Las puertas de Palacio, las puertas desmoronadas de la ciudad, las puertas de la casa de Mois en Córdoba, los veintidós libros sagrados, la filosofía, el alba. La única esperanza de Mois de sacar a los perplejos de la irresolución es Rafael. Cuando él muera, Rafael podrá iluminar con sus conocimientos a los que persisten inseguros o inciertos, fluctuantes, dudosos, inquietos, temerosos, conturbados, contristados, oprimidos de ánimo y dolidos de corazón. Para que pueda hacerlo deberá transmitirle, como el Juez hizo con él, la verdad oculta en las Escrituras. Tendrá que enseñarle a leer nuevamente. Cuando logre despejar las contradicciones aparentes entre razón y religión, verá desaparecer sus dudas.

La obra en la que está pensando abrirá a millones lo que fue escrito para uno. ¿Acaso no sería un acto de ruindad frente al

hombre perplejo abstenerse de escribir lo que es claro para él, de modo que su muerte signifique la pérdida de su conocimiento?, piensa día y noche mientras lee lo que los libros sagrados dicen y no dicen.

Durante meses Mois camina por la escritura a oscuras y en tinieblas, bajo la escuálida luz de una vela, del exuberante sol y de la pálida luna, hasta que encuentra un resquicio donde aparece una frase poco clara que, conmovida por su inteligencia, le sopla una forma de interpretar los pasajes de la Ley que le permitirán escribir la obra con la que sueña desde que siendo un joven estudiante descubrió la *Metafísica* traducida por Nasi: si se ha de hacer algo por Dios, se puede dejar que la Ley permanezca inoperante. Pues está escrito: todo lo que hagas, hazlo por Dios. Pues está escrito: sacará a Rafael de la perplejidad, Rafael desatará las amarras de los otros.

Split. Las diez, las once. Nieva. No reconozco las calles: ¿Diez de Julio, Coquimbo, Maipú, San Diego? Al final de un pasaje penumbroso creo distinguir una tienda que vende pañuelos bordados, trozos de género, vestidos de terciopelo, un abrigo de astracán, colchones de cuna, almohadas ennegrecidas. En el mostrador atiende un viejo solitario, me cruzo con una joven que camina con una novela en su mano. Una madre, su hija y su nieta salen de una pastelería. Aspiro el aroma de los bullicos de espinacas, papa y quesillo. Desde que llegué aquí, una mano me guía hacia lo que el viaje me tiene reservado.

Fustat. Las puertas de Palacio, las puertas desmoronadas de la ciudad, las puertas de su casa en Córdoba, los veintidós libros sagrados, la filosofía, el alba. Mois se pregunta por qué enigma de las Escrituras será conveniente empezar. La lógica indica que debiera buscar lo más fácil, pero no quiere escribir un libro de acceso directo

y simple, que vaya de menos a más o de la parte al todo. Una luminiscencia atraviesa la ventana y se posa en un libro abierto sobre la mesa. Lee: Y el fuego del Señor se encendió en medio de ellos y comió en la extremidad del campamento. Ciertamente se trata de un enigma, por cuanto Dios no come. Busca en otros libros, otros pasajes, otras oraciones donde aparezca la palabra «comió»: Y la tierra de vuestros enemigos os comerá. Seréis devorados por la espada. No es posible comprender estas dos frases de forma literal, ni la tierra ni la espada pueden comer. Son comidos y devorados los hombres que no pueden defenderse. ¿Y cuáles de entre todos los hombres son esos? Los que no han comido de la sabiduría.

No hay tiempo que perder, enviará la carta a Rafael. ¿Y si a alguien distinto se le ocurre abrirla? ¿Si jamás llega a Alepo? ¿Si creen que hay algo de valor y la roban? Los ladrones pueden pensar que se trata de papeles valiosos. Un comerciante en libros se lo confirmaría. ¿Y si Rafael, dominado por un entusiasmo excesivo, confía el contenido a una persona que no está preparada para acceder al significado profundo? ¿Y si este conocimiento llega al profesor que culpa a los demás de no poder escribir, a la mujer que tiene cerrado su estómago, al sastre que no acepta su enfermedad, al mozo que no supo retener a su novia, a la madre del joven que vagabundea en malas compañías, al comerciante que deja sola a su esposa, al esposo que no quiere dejar partir a la mujer que ya no lo ama, a la joven que tiene preocupada a su amiga, al estudiante que engaña a sus padres, al falso rey, al falso pintor, al joven que no puede perdonar, a los alumnos aventajados en ciencias, filosofía y religión que se sienten paralizados por las contradicciones que creen ver entre la palabra nacida de la razón y la palabra divina?

Split. Las doce. Doblo el mapa y lo guardo, atravieso una plaza, me cruzo con grupos de universitarios. Parecen aliviados de haber abandonado el estudio para salir al mundo, y desaparecen en un bar que vende cervezas de litro como en el barrio universitario de

República, en Santiago. La mano invisible me conduce hasta un edificio neoclásico de impresionante fachada que confundo con un hospital, que confundo con una oficina pública. Las letras esculpidas en la piedra me advierten de que estoy ante la Facultad de Derecho de Split, donde estudió el hombre junto al que me senté en la barra del Escorpión Azul, hasta que abandoné la ciudad por la puerta abierta en el muro. De la escala de mármol paso a un espacioso vestíbulo. En las paredes hay anuncios que no comprendo. Las baldosas son blancas y negras como la terraza de la casa donde ya no viven Moira y su esposo. Desde los escalones que conducen al segundo piso y las salas de clases, contemplo el lugar al que el hombre acudió diariamente antes de que lo enviaran a cumplir con su palabra. La escalera que subió y bajó, la oscura pieza donde sacó fotocopias, los avisos que publican las notas que lo hicieron pasar de curso, la secretaria que no quiso ayudarle a retirar su diploma. Desde aquí no se alcanza a distinguir el cuarto donde el hombre y yo pasamos la noche en vela ante la palabra que hubimos de cumplir y no cumplimos.

Fustat. Las puertas de Palacio, las puertas desmoronadas de la ciudad, las puertas de su casa en Córdoba, los veintidós libros sagrados, la filosofía, el alba. La primera carta a Rafael continúa sobre la mesa. Si hasta ahora nadie malinterpretó las Escrituras, se debe a que un lector recibe el secreto directamente en sus oídos de un maestro que lo escogió como único discípulo. La posibilidad de que un error manche las Escrituras –porque en la escritura no es posible el error, solo en la lectura existe el error– atormenta a Mois día y noche. No puede permitir que sea su mano la que pase de largo y cometa el primer error en la historia del Libro. Habiendo desplegado la verdad, se ve compelido a ocultarla, enfrentado al penoso trabajo de velar todo aquello que reveló. Lo hace utilizando medias palabras, palabras ambiguas y mal escritas, exponiendo sus ideas sin orden ni lógica, esparcidas y mezcladas con otros temas,

de modo que la verdad no quede a la vista. Cuando cree haber concluido, advierte que esos recursos despistarán a quien carece de conocimientos, pero no a quien tiene estudios básicos de filosofía. Es necesario que vuelva sus descubrimientos ininteligibles también para ellos. Se aboca al penoso trabajo de llamar la atención sobre una palabra cuando en realidad habla de otra, construye las más rebuscadas explicaciones, se expresa de manera elíptica, confunde versículos, varía la ortografía, procura que sus frases sean oscuras, comete errores que podrían atribuirse al copista, juega con el doble sentido. Mientras más dificultad presenta una idea, más concisa es la explicación que brinda. Cuando cree haber concluido, advierte que esos recursos despistarán a los lectores con conocimientos superficiales, pero no a quienes llevan cinco o diez años estudiando las Escrituras y las ciencias y, a pesar de esto, no han alcanzado la perfección. Es necesario que vuelva sus descubrimientos ininteligibles también para ellos. Se embarca en el penoso trabajo de crear contradicciones aparentes entre dos términos, fingir que adopta una opinión cuando únicamente la explica, construir relaciones dudosas entre los párrafos y abonar el terreno de sobreentendidos. Cuando cree haber concluido, advierte que esos recursos despistarán a los lectores con conocimientos filosóficos y científicos, pero no al que posee imaginación y carece de ética. Es necesario que vuelva sus descubrimientos ininteligibles también para ellos. Durante los siguientes diez años se dedica a construir sobre los enigmas revelados y vueltos a velar, nuevos enigmas, alegorías, metáforas, homonimias, parábolas y elipsis. Las fisuras se hacen ínfimas y comienza a faltarle la salud. Cuando finalmente cree haber clausurado todas las cerraduras, lo aquejan pavorosas pesadillas en las que aparece un resquicio invisible a sus ojos, a través del cual un lector imperfecto vislumbrará la entrada al canal que conduce hacia lo que la escritura oculta.

Split. La una, las dos. Apenas entro reconozco que se trata de un

bar de clientela fija. Entre ellos hay un anciano estrafalario que perdió la cordura. Como los de su generación ya murieron o permanecen postrados, viene aquí y conversa con un adulto que de niño acompañaba a su padre y que ahora trae al bar a su esposa y a su hijo. El anciano ha reconocido a uno de ellos y, a pesar de las advertencias de los demás clientes, se acerca. Su primera intervención produce una corriente de incertidumbre respecto a cómo tomará las bromas el que ha crecido. Al ver que sonríe, todos ríen.

El hijo del hombre que vino aquí con su padre debe de tener once o doce años. Es flaco y largo, de tez suave y pelo negro. Cada vez que lleva la cuchara de sopa a su boca aprovecha para mirar al loco sin que este lo note: aquel hombre de aspecto y modos tan distintos a su familia y a quien su padre regala un jarro de vino despierta su fascinación e incredulidad. Perdido en sus ensoñaciones, advierte que su padre y su amigo casi terminaron la carne, la salsa y las patatas, y él no ha conseguido bajar la mitad de su risotto. Lanza una mirada de alerta a su madre, quien nunca está conforme con su plato y termina comiéndose el suyo. La mujer increpa al dueño del local por su plato demasiado pequeño y el camarero le lleva una ración de ñoquis extra. El niño toma la gaseosa a pequeños sorbos mientras escucha al loco conversar con su padre, como si la ciudad, los amigos, el paisaje no hubiesen cambiado desde la infancia. El niño confía en que el líquido hará bajar el arroz atascado en su estómago y podrá seguir comiendo, pero debe rendirse a que la cuchara de su madre se entrometa en su plato a vista y paciencia de los hombres del bar.

El padre paga la cuenta y estrecha la mano del loco. Su madre y el amigo le hacen un gesto con la cabeza. El niño aprovecha la sombra que proyecta su padre para guarecerse de la mirada escrutadora del loco, pero a este le basta una ojeada para fijar en su memoria la fisonomía del niño, que en algunos años más acudirá al bar, le pagará un jarro de vino y escuchará el sonido de la infancia.

Fustat. Las puertas de Palacio, las puertas desmoronadas de la ciudad, las puertas de su casa en Córdoba, los veintidós libros sagrados, la filosofía, el alba. Mois escribe la última carta, sabiendo que nunca se la enviará a Rafael. Esa no la guardará en el aparador de ébano con incrustaciones de nácar que trajo su madre con su dote y donde en vida guardaba encajes, pieles, joyas, sus guantes, sus rizos y los de Daniel, para evitar que su esposa u otra persona la encuentre. Mois contempla todas las puertas que ha cerrado en las cartas anteriores. En esta última, en vez de recortar, borrar, podar o arrancar, abre, amplía, hincha, fermenta, rebalsa. Una corriente de aire se lleva las contradicciones, los pliegues, las fracturas, los sesgos desaparecen. Como por arte de magia, el espacio entre las palabras escritas en tinta negra se expande y lo que un lector simple tomaría por vacío se inunda de palabras escritas en tinta blanca que reprochan con dulzura su tardanza. Mois escucha los latidos soterrados que percibía cuando su corazón se atrevió a leer lo que no aparecía en la página, las palabras que siendo joven despertaron su imaginación y que fustigó por desmesuradas. Los enigmas que intentó resolver por medio de la lógica aristotélica en la adultez se muestran ahora bajo un coqueto velo, coqueto porque ambos saben que no será obstáculo entre ellos. Palabra por palabra se abren las cerraduras y lo que permaneció velado por siglos asoma al papel. Mois ve en el Libro el cielo y la tierra como eran antes de escribirse.

Split. Las tres, las cuatro. El silencio hace parecer que el tiempo tiene vedada la entrada a esta iglesia. Tres mujeres rezan arrodilladas ante una pintura y salen. El techo de madera brilla demasiado para ser original. Resulta fácil recortarlo y quedarse con los muros de piedra contra el cielo. Aparece una religiosa, sus ojos acusadores reflejan a una mujer que dejó de ser joven y permanece recostada en forma displicente contra una columna con las manos en los bolsillos del pantalón. La impudicia de la mujer que no se parece en nada a la religiosa me hace sonreír. La religiosa avanza hacia el altar principal, acompañada por un extraño sonido metálico. Se detiene ante un candelabro y reemplaza el cirio usado por uno nuevo. Vuelvo a escuchar el sonido de piezas metálicas que chocan. La mujer quita los cirios de todos los candelabros. Si tienen la

costumbre de iluminar la iglesia, alguien tiene la responsabilidad de cambiarlos. La religiosa desaparece tras una pequeña puerta ubicada en un altar secundario. Debe de haber ido a guardar los cabos de vela que retiró. Me pregunto qué harán con la cera sobrante.

El gesto de sentarme no mejora la impresión que la religiosa tiene de mí. Cuando vuelve intenta hacerme comprender con un gesto que allí no se va a mirar. Cierra la puerta de la sacristía y, a pesar de que solo estamos las dos, toma la precaución de girar la llave dos veces. Como no me muevo, me enseña la llave y la hace girar en el aire. La dejo ejecutar la mímica hasta que, cansada de la incomprensión, apunta con el dedo la puerta de salida. El sonido de sus pasos, seguido por el misterioso entrechocar, me acompaña hasta la mitad de la nave. Tras cerciorarse de que saldré, continúa cerrando las puertas interiores de la iglesia. La llave gira dos veces en cada cerradura.

Al salir a la calle me recibe un viento tan frío como nunca antes sentí. Mi anfitriona mencionó la existencia de un viento proveniente de Moscú que se presenta solo una vez al año. El hálito ha barrido el misterio del cielo y en la tierra las cosas aparecen con una brutal claridad. La mujer desanuda la cadena que lleva atada a la cintura, de donde cuelgan las llaves de la religión que sus pasos hacían entrechocar. Guarda el manojo en su bolso y coge un bidón plástico azul como los que se utilizan para comprar parafina en las estaciones de servicio en Chile. El viento hace aletear su fe, levanta su hábito, y muestra sus zapatos marrones de caña alta y punta cuadrada, iguales a los míos.

Fustat. Rafael, rabino de Alepo y poeta reputado en Oriente, preocupado por el incremento de perplejos que diariamente le consultan desde los cuatro puntos cardinales, decide viajar a Fustat para convencer a la viuda de Mois de que le permita revisar los papeles del filósofo muerto.

En el aparador de ébano encuentra todas las cartas que, antes de

partir a Alepo, el cordobés prometió enviarle y que Rafael esperó durante años hasta que un mensajero le trajo la noticia de su fallecimiento. Reconoce los trazos que tantas veces el filósofo superpuso a los suyos, señalando para su vergüenza faltas, excesos, lirismos, imprecisiones, la afable silueta de las letras, sus inclinaciones, sus honduras. Se abalanza sobre la primera carta, se detiene, la deja atrás, va a la siguiente, se detiene, la voltea. La luz se desliza inadvertidamente por las paredes, el techo, el suelo, y escapa por la puerta que hasta el último día Mois veló para él. Rafael asoma su cabeza a la opacidad. De sus labios brotan las palabras que, puestas a prueba por los libros que le cedía el maestro, invocaron tantas veces la claridad. Pero la sabiduría que buscó desde los dieciséis años, cuando abandonó a su familia y su tierra natal con la convicción de que allí solo quedaba obedecer, convencimiento que lo llevó a abordar un barco y sobrevivir a una tormenta para arrojarse a los pies del único ser que podía sacarlo de la perplejidad, se llena de lágrimas. Las lágrimas se desmoronan sobre las letras, conmueven a las palabras, no las abren.

Split. Las cinco, las seis. En el único café abierto de la estación, la camarera lee por segunda vez la ajada revista que pasó por las manos del hombre que sacó el puzle, de la mujer que leyó el horóscopo y de la que copió una receta de cocina. Se trata de una hermosa joven que se mueve por el lugar con mortal aburrimiento. Me cuenta que estudió Turismo, pero en invierno no hay trabajo y con suerte se encuentra un puesto de camarera. Su desprecio por el lugar me lleva a preguntarle por qué no se ha marchado.

–Todos dicen lo mismo, pero me siento tan apegada al niño. Nadie va a ayudar a mi hijo como yo.

En el periódico encuentro un reportaje sobre las ciudades de K y P. Los herederos de los marinos que detuvieron la invasión turca están vendiendo los palacios a actores norteamericanos, Demi Moore ya compró uno y vienen por más.

La camarera señala la fotografía de la ciudad amurallada donde está el Escorpión Azul.

–El padre de mi niño es de ahí. Después que nació el bebé, dejó de trabajar. Cuando le pregunté qué íbamos a comer, dijo que ya nos arreglaríamos, que estaba aburrido de trabajar para otros, que la vida no consiste en ganar dinero para comprar comodidades y así enriquecer a alguien más. Comenzó a pasar día y noche en el bar hablando de lo que no estaba dispuesto a hacer. Vendió todo lo que había en nuestra casa, hasta la ropita del niño. Cuando no pudo conseguir más dinero, volvió a la casa de sus padres. A ellos les da lo mismo si trabaja o bebe, no les importa si su nieto pasa hambre. A él tampoco le interesa el niño. Solo aparece para pedir dinero y continuar bebiendo.

A pesar de que el pasaje aéreo señala un día y una hora de regreso a Chile, siento que no es posible remontar las palabras que fui colocando para llegar hasta aquí: el cuesco que la profesora mantenía en su mano durante la conferencia, los restos de champú en el baño, el camino que me condujo al castillo y el que me condujo a la muralla.

La camarera me pregunta de qué lugar estoy llegando. Le hablo de los cinco años que llevo visitando los cuartos donde se miran a los ojos el ser y la perplejidad. Mi relato dura quince minutos.

–Te voy a dar un consejo –dice poniendo sus manos sobre las mías–, no repitas a nadie lo que me acabas de contar. Escúchame bien: jamás lo escribas o terminarás creyendo que él es real.

Las siete. En el cielo, la primera estrella.

Ilustración: © Lukas Rimsky

Primera edición: noviembre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© Cynthia Rimsky, 2009, 2026
© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433952653

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es